

LOS TRAFICANTES DE NAUFRAGIOS

Robert Louis Stevenson

TRADUCCIÓN: Rafael González

TITULO ORIGINAL:

THE WRECKER

© DE LA TRADUCCIÓN: RAFAEL GONZÁLEZ

© VALDEMAR [ENOKIA S.L.]

GRAN VÍA N° 69 r 4º /408

28013 MADRID

TELÉFONO Y FAX: (91) 542 88 97

ISBN:84-7707-107-4

DEPÓSITO LEGAL: M-26022-1994

PRINTED IN SPAIN

1. — NAUFRAGIO DEL «NUBE VOLANTE»

Cuando entraba aquella mañana en la oficina del Montana-Bloc, encontré a mi amigo y socio Pinkerton abstraído en la lectura del *Monitor*, el diario mejor informado de San Francisco en cuestión de finanzas.

—Querido Loudon —me dijo, levantando la cabeza—, siempre afirmas que hago mal matando dos pájaros de un tiro. ¿Por qué? Creo que si uno ve un dólar en el suelo debe agacharse a recogerlo. ¿Te parece una estupidez?

—En principio, no —contesté, preguntándome para mis adentros adonde quería ir a parar.

—Pues bien, acabo de descubrir un montón considerable de dólares encima de una roca perdida en medio del Pacífico. Quizá sea interesante el negocio.

—Pero ¿no vas a dejarnos en paz nunca con tus empresas? ¿No fue suficiente con tu falso coñac *Trece Estrellas*, tu *Vade Mecum del Anunciante* tus *Excursiones Campestres Semanales*, tu segadora-gavilladora, tu Academia de Pesca con Caña, tus especulaciones inmobiliarias de Depew, tus compras de buques náufragos y bajeles sentenciados que después te dedicas a reparar a medias para enviarlos otra vez al mar bajo pabellón extranjero y con nombre nuevo?

—Conviene saber hacer trabajar el dinero, chico, y no dejar que un solo dólar se enmohezca. Un negocio llama a otro. Mientras tanto, escucha este artículo que acaba de caer en mis manos.

Y empezó a leer con mucho énfasis, como si se tratara de un poema:

NAUFRAGIO DEL BERGANTÍN INGLÉS NUBE VOLANTE

El aviso británico Tempestad fondeó ayer en el puerto. Lleva a bordo al capitán Trent y cuatro hombres de la tripulación del bergantín de doscientas toneladas Nube Volante, de Londres, que naufragó el 12 de febrero último junto a las islas Midway. El Tempestad los salvó al día siguiente.

Hace dos años que el Nube Volante recorría los mares de Extremo Oriente. El capitán Trent había salido de Hong-Kong rumbo a San Francisco el 8 de diciembre, con un cargamento bastante heterogéneo de arroz, sedas, té y porcelana China, tasado todo ello en diez mil dólares, valor cubierto en su totalidad por un seguro. Durante los primeros días del viaje el libro de a bordo sólo menciona buenas jornadas de brisa, calma y algunos chubascos.

Pero, ya a los 28 grados de latitud Norte y 177 grados de longitud Oeste, empezó el mar a picarse. Engañado por el piloto del Pacífico Norte, de Hoyt, que señalaba la existencia de un depósito de carbón en las islas Midway, el capitán puso proa hacia las mismas. No encontró allí sino una especie de banco de arena, rodeado de corales, la mayor parte de ellos sumergidos. Había muchas aves alrededor y buena pesca bajo el oleaje, pero ni asomo de combustible. No podía obtenerse agua más que escarbando en el suelo, y era salada.

Después de anclar a una profundidad de veinticinco metros sobre un buen lecho —

fondo de arena y corales— el navío quedó bloqueado por la calma chicha durante siete días, a lo largo de los cuales sufrió mucho su tripulación a causa de la falta de agua potable. Hasta el anochecer del día 12 no comenzó a levantarse una ligera brisa a ráfagas, por el N—NE. A pesar de la hora, el capitán quiso levar anclas.

Cuando el buque se esforzaba por salir a mar abierto, el viento refrescó cada vez más; giro al N y luego al N—NO. y arrastró al bergantín sobre la arena, donde encalló hacia las 5 h. 45'. John Wallen, finlandés, y Holdorsen, sueco, perecieron cuando intentaban botar una barca al agua; ninguno de los dos sabía nadar. Negras nubes tornaban la oscuridad casi completa, mientras los bramidos del mar, al chocar con los arrecifes, ahogaban todos los demás rumores.

Poco después, al caer, un mástil rompió el brazo a otro marinero, John Brown. El barco brincaba encabritado sobre los corales, y luego unas olas enormes le hicieron arrojarle por encima del obstáculo. Fue a encallar en la arena, tumbado sobre babor, con la proa más baja que la popa. El choque debió de producirle graves desperfectos, pues hacía agua por delante. El arroz puede considerarse perdido, pero la parte más preciosa de la carga se encontraba, por fortuna, en la cala posterior. El capitán Trent estaba preparando su ballenera para hacerse a la mar, pero la providencial llegada del aviso de guerra inglés vino a sacarle del apuro.

Supervivientes: Jacob Trent, capitán, de Hull (Inglaterra); Elias Goddedall, segundo, de Christiansand (Suecia); Ah Wing, cocinero, de Sana (China); John Brown, de Glasgow (Escocia); John Hardy, de Londres (Inglaterra). El Nube Volante, construido hace diez años, se sacará hoy a pública subasta, en su estado actual, en la sala de remates de la Cámara de Comercio, a beneficio de la compañía aseguradora, a las diez de la mañana.

ÚLTIMAS NOTICIAS.— A última hora de la tarde uno de nuestros reporteros se ha entrevistado con el teniente de navío Sebright, del Tempestad, en el Hotel Occidental. Como estaba muy ocupado, el valiente oficial se limitó a confirmar en todos sus extremos la declaración del capitán Trent. Añadió que el Nube Volante se halla volcado en buena posición. De no sobrevenir, caso muy improbable, un violento huracán del NO, los restos del naufragio pueden resistir en buen estado hasta el próximo invierno.

—¿Qué opinas de esto? —preguntó Pinkerton, dando por terminada la lectura.

—Me parece muy claro —contesté—. No obstante, la narración resulta inexacta en un punto: el cocinero no es chino, sino canaca¹. Ayer, en el bar de *Tom el Negro* encontré a los náufragos, excepto al segundo, Goddedaal. Vi al capitán Trent y le oí referir la catástrofe. Bebía de firme y se me antojó muy inquieto. Mira, ahí los tienes.

Y le mostré mi álbum de apuntes. Pink examinó con falsa admiración el dibujo que había hecho yo de los náufragos aprovechando mi paso por el bar de Tom. Se destacaba la figura esquiva del capitán Trent, y a un lado los rasgos exóticos del canaca, a quien reproduce llevando en la mano una jaula con un canario dentro, un pájaro al cual prodigaba infinitos cuidados y protegía como si se tratara de un rico tesoro.

1 Indígena de Tahití y otras islas de Oceanía.

—Estoy pidiéndote tu opinión.

—Importa saber si el negocio vale la pena...

—¿Que si vale la pena? —gritó Pinkerton—. ¿No has reparado en lo que este oficial inglés dice acerca de la posición del buque? ¿No te has fijado en la carga, valorada en diez mil dólares? En este momento puedes encontrar las goletas que quieras. Para llegar a esa isla conseguiremos una por doscientos cincuenta dólares al mes. Estos son los gastos. ¡Podremos ganar un trescientos por ciento, chico! Si no llamas negocio a eso...

—Olvidas —advertí— que el mismo capitán confiesa que el arroz esta estropeado.

—Sí, Loudon —afirmó Jim—; pero del arroz se prescinde como de puro lastre. Me interesan más el té y la seda. Todo lo que necesitamos averiguar claramente es el valor exacto de estos dos artículos, y el examen de la hoja de embarque nos informará de ello en un abrir y cerrar de ojos. He avisado al Lloyd, y el capitán ha de acudir allí dentro de una hora. Después de esto, conoceré ese bergantín como si lo hubiera construido yo mismo. Además, no tienes idea de lo que puede sacarse de un naufragio como éste; cosas que se venden bien, chico: cobre, plomo, cordajes, áncoras, cadenas... hasta vajilla.

—Bueno. Pero creo que vas demasiado deprisa. Antes de desarmar el *Nube Volante* es necesario comprarlo. ¿Cuánto puede valer?

—¡Cien dólares! —respondió Pinkerton con aplastante seguridad.

—¿Cómo diablos puedes adivinar el resultado de la subasta?

—No lo adivino. Lo sé. Querido, en muchos aspectos reconozco tu superioridad, pero en cuestión de negocios no compites conmigo. ¿Quién compró los restos del *James L. Moody* por doscientos cincuenta dólares en una época en que los botes valían ya cuatro veces esa suma? ¡Jim! ¿Por qué? Porque mi nombre figuraba a la cabeza en la lista de la Banda Negra. Por turno me correspondía la adjudicación, y esta vez vuelve a tocarme el turno. Soy yo quien marca el precio, quien lo disminuye a causa de la distancia que hay que recorrer desde aquí hasta las islas Midway. ¡Ni sombra de oposición! Haré lo que quiera.

—¿Qué misterio es ése? Jamás supuse que las ventas en subasta fueran tan turbias. Me gustaría verlo.

Jim protestó con gran indignación:

—¡Hombre, todo se hace a la luz del día! Cualquiera puede asistir a una subasta. Sólo que no hay forma de pujar contra nosotros, los de la Banda Negra. Quien se arriesgue, quedará bloqueado. Nuestra asociación nos sostiene. Podemos pujar más alto que nadie. Hay dos millones de dólares respaldándonos. Aunque un buen señor lograra comprar por encima de nuestro precio, nunca podría hacer el menor negocio en esta bendita ciudad de San Francisco. Las goletas, los buzos, los marinos, cuanto necesitase para trabajar, se pondrían desde luego por las nubes.

—Bueno, dime: ¿cómo conseguiste meterte en esa banda? No naciste en ella. De algún modo has tenido que entrar.

—Me di cuenta del asunto. Vi las ventajas que brindaba. Entonces empecé por estudiar el raqueo, el negocio de los naufragios. Cuando me consideré bastante «empapado», fui al encuentro de Douglas B. Longhurst, el gran Manítu o mandamás, en su misma guarida. Hablé con él. Le demostré cómo conocía el sistema, y luego le dije de buenas a primeras:

«¿Me admiten en la banda o prefiere usted que organice otra?» Reflexionó durante quince minutos, al cabo de los cuales cantó: «Pink, querido amigo, le inscribiré.» Y eso fue todo. No es tan difícil como te imaginas. Así me hice con el *James L. Moody*. De la misma manera me haré con el *Nube Volante*.

Triunfante y magnánimo, miró su reloj, me citó a la salida de la Cámara de Comercio y corrió a interrogar al capitán y su hoja de embarque. Yo terminé de fumar mi cigarrillo, dichoso de pensar que pronto se acabarían aquellas excursiones familiares de placer que tenía por misión dirigir todos los domingos, para mayor provecho de nuestra sociedad, Jim Pinkerton-Loudon Dodd.

A la hora fijada me vi con Pinkerton. Apretaba los labios, erguía la cabeza más que de ordinario y fruncía el ceño sobre sus ojos grises, lo mismo que un hombre penetrado de grandes propósitos.

—Bien, muchacho —declaró—; el asunto podría ir mejor, aunque también podría ir peor. Ese Trent me parece un hombre recto y franco, como no se encuentra uno entre mil. En cuanto ha conocido mi propósito de emprender el negocio, me ha informado al detalle de todo lo referente a la carga de arroz. Sólo quedaban tres sacos indemnes: una verdadera lástima. Me sentía un poco defraudado al principio, pero el examen del acta me confortó. Hay por lo menos cinco mil dólares en sedas, té y aceite de coco almacenados detrás del entrepuesto, en completa seguridad. La cubierta de cobre del bergantín se repuso un año atrás. En el pozo hay casi trescientos metros de cadena para ancla. No se trata de un gran descubrimiento, pero podemos sacar un bonito beneficio. Me inclino a correr el riesgo.

Eran cerca de las diez. Nos dirigimos a la sala de remates. Por importante que nos pareciera, la adjudicación del *Nube Volante* había atraído escaso público. Alrededor del tasador se agolpaban una veintena de curiosos como mucho.

Detrás de ellos distinguí la silueta del capitán Trent, preocupado sin duda como verdadero marino por la suerte de su querido y viejo barco. Vistiendo un traje nuevo que no le sentaba nada bien, con los bolsillos atestados de papelotes, no me pareció muy de acuerdo con lo que Pinkerton me había contado de su aspecto. Realmente parecía haber tenido un aire de franqueza, pero en aquellos momentos su rostro estaba enrojecido, sobreexcitado, y su mirada furtiva expresaba de continuo esa extraña inquietud que ya me llamó la atención cuando le vi entre sus hombres, en el café. Ignorante de mi vigilancia, se mordía las uñas, clavaba los ojos en el suelo para alzarlos de repente, alertados, avizores y llenos de temor, sobre quienes pasaban por delante de él.

Empezó la venta. Durante un momento el tasador entonó un canto de sirena para describir el bergantín que se adjudicaba: airoas líneas, cubierta nueva, materiales de calidad, tres excelentes lanchas; un negocio digno de disputarse. Y ni por un segundo vaciló aquel esforzado tasador en enunciar sumas de dinero; no, no vaciló, y lo declaró francamente: el dichoso mortal a cuyo favor se adjudicaran aquellos restos, se embolsaría completo el precio en que estaba valorado el cargamento.

Ante tan confidencial aserto, algún ventrílocuo de buen humor hizo resonar por encima de la cabeza del orador un magnífico «kikirikí» que hizo echarse a reír a todo el mundo, incluso al elocuente comisario. Pero éste, rápidamente, recobró su seriedad para vocear, al tiempo que dirigía una socarrona ojeada a Jim Pinkerton:

—Vamos, señores, ¿quién sugiere un precio?... La ocasión no es de las que se presentan a

diario... ¿Nadie ofrece nada?

—Cien dólares —propuso Pinkerton en tono desenvuelto.

—¡Cien dólares! ¡El señor Pinkerton ofrece cien dólares! —continuó el tasador—. Cien dólares. ¿Quién da mas? Cien dólares. ¿Sólo cien dólares?

El tasador dedicaba su serenata al buque náufrago. Entre tanto yo iba observando con atención, y con un sentimiento que oscilaba entre la simpatía y el asombro, la innegable emoción del capitán Trent, cuando una puja inesperada nos hizo estremecer.

—¡Y cincuenta! —aventuró una voz incisiva.

Pinkerton, los circunstantes, el subastador, todos, en fin, bien al tanto de los transparentes misterios de la Banda Negra, permanecieron mudos durante unos instantes.

—Disculpen —insinuó el vendedor—. Me parece que alguien ha mejorado la puja.

—He dicho: y cincuenta —reiteró la voz.

Procedía de un hombrecillo flaco y enclenque, especie de desecho de la humanidad, que con su pelliza gris y llena de manchas, su gesto desarticulado y ausente, parecía hablar como en sueños. Cabría compararle a un gnomo orgulloso de su alta función transitoriamente asumida, aunque trémulo al mismo tiempo ante la idea de verse perdido. Era un personaje singular que parecía emerger de los bajos fondos de la *Comedia Humana*.

Pinkerton lanzó sobre el intruso una mirada totalmente desprovista de simpatía. Arrancó una hoja de su cuaderno, garrapateó en ella una nota a lápiz, llamó con una seña al recadero más próximo y le entregó la misiva, indicándole:

—Para el señor Longhurst.

Un instante después regresaba el botones a toda prisa. Una vez informado, Jim se volvió hacia el tasador:

—¡Doscientos dólares! —anunció.

—¡Y cincuenta! —pujó el contrincante.

—Esto empieza a calentarse —susurré al oído de Jim.

—Sí, esa comadreja es atrevida —dijo mi amigo—. Hay que bajarle los humos. Luego discutiremos el caso con Longhurst... ¡Trescientos dólares!

—¡Y cincuenta! —devolvió el eco.

Mi vista se posó otra vez en el capitán Trent. Ahora estaba de color púrpura, con la frente llena de arrugas. Desabrochada, su chaqueta nueva colgaba de cualquier modo. Su pañuelo de seda subía sin cesar hasta las sienes, cogido por una mano temblorosa, mientras sus ojos llameaban frenéticos. La inquietud persistía en él, pero se diría que teñida de esperanza. Jim, en voz muy baja, me confió:

—No comprendo nada. Aquí hay gato encerrado.

Añadió cien dólares y el otro ofreció cincuenta más. Bordeaban los mil dólares cuando llegó Longhurst. Le reconocí por su aspecto corpulento, por el cuchicheo que acogió su entrada, y por el pequeño signo de inteligencia con que saludó al tasador. Jim le puso al

corriente de los hechos. El jefe supremo limitó sus instrucciones a no pasar de los cinco mil dólares a cargo de la caja común. Si el otro «apretaba» todavía, después de esa cantidad, ¡todo para él!

—Pero ¿quién es ese tipo? —inquirió Jim.

—Acabo de mandar a Billy que se entere.

Al punto recibía Longhurst un billete doblado, transmitido hasta él de mano en mano. Jim lo recorrió a su vez enseguida y me lo pasó. Leí: «Harry D. Bellairs, abogado, que defendió a la perdida Varden, expulsado dos veces del foro.»

—¡Tiene gracia! —exclamó Longhurst—. ¿Quién ha podido hacerse representar por tal abogado? Ninguna persona decente, por supuesto. Pruebe a asustarle un poco, Pink... ¡Ah! ¿El señor Dodd, su socio?... Encantado de conocerle, caballero...

Y el gran hombre se retiró.

—¡Qué tipo! —comentó Jim—. Un metro ochenta, y además, cien kilos, todo de buena educación. ¡Culto de pies a cabeza!

La subasta seguía estancada; pero, a raíz de salir Longhurst, el tasador creyó oportuno adelantar un peón.

—¿Qué, señor Pinkerton? ¿Nos dormimos, pues? ¿Visto y oído? ¿Nadie dice nada?

—Hace dos horas que he dicho: y cincuenta —gruñó Bellairs.

Jim se decidió a darle el susto, como le había aconsejado Douglas B. Longhurst:

—¡Dos mil dólares!

—¡Y cincuenta! —subió Bellairs, siempre sin titubear.

Hubo un estremecimiento entre los curiosos. Trent palidecía y perdía aliento.

—Insiste —recomendé a mi amigo—. Trent desfallece.

—¡Tres mil!

—¡Y cincuenta!

La marcha de las pujas volvió a tomar el ritmo inicial: cien dólares... y cincuenta; cien dólares... y cincuenta... Bellairs se cerraba a la banda, se hinchaba, perfectamente seguro del éxito final. Trent había cambiado una vez más de color a la segunda puja de mil dólares, y el alivio que experimentó con la contestación de Bellairs fue bien evidente y sincero. Saqué de ello la conclusión de que ambos estaban ligados a los mismos intereses, aun cuando no se hubieran convenido mutuamente. Un segundo descubrimiento vino a reforzar mis sospechas apenas mi mirada encontró por casualidad la del marino: sus ojos, brillantes de emoción, se apagaron de súbito. Procuraba a todas luces, por lo visto, disimular el interés que tenía en la contienda. Jim estaba en lo cierto: allí había gato encerrado.

¿Así pues, era de presumir que a pesar de todo los restos del buque naufrago valiesen mucho más de lo que creíamos? Esta idea vino a iluminarme en el momento de acercarnos al límite fijado por Longhurst: cinco mil dólares. Un minuto más y sería ya demasiado tarde. Esta vez me tocó a mí arrancar una hoja del cuaderno y escribir precipitadamente a Jim Pinkerton, invadido por la vanidad de creerme dueño de la situación: «¡Adelante!

Arriesgo todo lo que poseo.»

La lectura del billete pareció dejar estupefacto a Jim. Me buscó con una mirada, que se iluminó de pronto. Se volvió al tasador y pujó de nuevo.

—...y cincuenta —dijo una vez más el monótono Bellairs.

En el exterior había corrido el rumor de que en la sala de remates estaba desarrollándose una batalla magnífica. En torno a nosotros se apiñaba una verdadera multitud. Cuando Jim hubo lanzado la puja de diez mil dólares, suma que representaba la máxima estimación del valor del buque naufrago, y cuando hubo añadido Bellairs su eterno «... y cincuenta», la emoción fue general.

Jim gritó: «¡Diez mil cien!», y su gesto me advirtió que había adivinado o creído adivinar la clave del enigma. Me envió otra nota:

«Nave procedente de China. ¡Opio!»

No podía ser más que esto. Ningún barco dejaba las costas de China sin llevarse cuidadosamente escondida una provisión más o menos abundante del costoso veneno. Era, sin duda alguna, un tesoro de este género lo que daba tanto valor al *Nube Volante* para Bellairs, o para su representado. Pero ¿cuánto había? Estábamos jugando a ciegas por nuestra parte. Trent y Bellairs lo sabían. No teníamos más que guiarnos por sus propios pasos.

Jim y yo perdíamos la cabeza. Longhurst había vuelto, y por medio de negaciones con la cabeza, amenazas con el dedo o repetidas notas, invitaba a mi amigo a abandonar la partida. Pero Pinkerton, con los ojos centelleantes, no quería escuchar nada que significara soltar la presa. Y las pujas subían cada vez más. Ahora era Bellairs quien subía. Y Jim quien añadía los cincuenta. La excitación crecía en la sala. Nuestra idea se había extendido. Alrededor de nosotros oí murmurar la palabra opio. Habíamos rebasado los veinte mil dólares cuando Bellairs pareció dudar y garrapateó también una nota. Supuse que la haría entregar al capitán Trent; pero, para mi gran sorpresa, cuando volvió el rostro hacia los asistentes, no hizo la menor señal de advertir la presencia del oficial mercante. Oí que llamaba:

—¡Un recadero! ¡Envíenme un recadero, por favor!

Alguien le envió un mozo, que partió a toda prisa, sin detenerse ante el capitán. Escribí a Jim que el adversario estaba pidiendo instrucciones a su representado. Me contestó:

«Nada de instrucciones. ¡Dinero! Creo que ahora es el momento, o nunca.»

Hice un gesto de aquiescencia, y de un solo golpe, Pinkerton pujó unos tres mil dólares.

—¡Treinta mil! —gritó.

—¡Treinta y cinco mil! —opuso con energía Bellairs, después de unos segundos de vacilación.

—¡Cuarenta mil! —prosiguió Pinkerton.

Hubo una larga pausa. El martillo del tasador iba a golpear la mesa, cuando Bellairs se decidió:

—¡Cuarenta mil *cinco* dólares!

Poco a poco las puestas subieron a cincuenta mil. A Pinkerton le costaba ya grandes esfuerzos pronunciar las suyas. Bellairs pidió al tasador un tiempo de tregua:

—Represento a alguien con quien tendría necesidad de consultar, y...

—¡Nada de eso! —negó con rudeza el tasador—. He venido aquí a vender estos restos, y si usted no sube la puja, los adjudicaré por cincuenta mil...

—¡Piense bien lo que hace! —objetó el picapleitos—. Aquí trabaja usted por cuenta de los aseguradores, y no para el señor Longhurst. No son tales irregularidades las que le asustan a usted, por cierto. Antes ha interrumpido la subasta a fin de permitir a ese señor hacer una consulta a sus representados.

—Y no reclamó usted entonces... Vamos, señores ¿una oferta? ¿Nadie? ¿Cincuenta mil dólares por los restos del *Nube Volante* ?... ¿Cincuenta mil... cincuenta mil?... ¡Adjudicado!

Cayó el martillo. Creí salir de un sueño.

—¡Dios mío! —suspiré—. ¿Cómo vamos a pagar?

—Supongo que mi crédito me lo permitirá: pero nos va a costar trabajo obtener esa suma. Hazme un cheque por todo el importe de tu haber en banca y yo me las arreglaré como pueda. ¡Rápido! Nos veremos en el *Occidental* dentro de una hora.

Extendí mi cheque, y confieso que apenas reconocí mi propia firma. Jim me arrebató el papel y escapó. De Trent, ni la sombra. En cuanto a Bellairs, discutía vehementemente con el tasador y los subordinados de tan digno funcionario público.

A la salida de la Cámara de Comercio vi al mensajero de Bellairs, que regresaba a galope tendido. ¡Habíamos ganado la carrera del *Nube Volante* por el grosor de un cabello!.

2. — UNA TRIPULACIÓN QUE DESAPARECE

Los empleados del *Hotel Occidental* que me conocían bastante, me habían hecho sentar dentro de su oficina, cuando atisé de pronto a nuestro amigo Harry D. Bellairs, que correteaba por el vestíbulo y se dirigía hacia una cabina telefónica.

Por un impulso instintivo, irresistible, me lancé en su persecución, y así conseguí escuchar esa cosa tan estúpida que es la mitad de una conversación por teléfono, de cuyos interlocutores sólo se oye a uno:

—Central 129—91... ¡Ah! ¡Es usted!... Bueno... Desastre total... Sí, tres minutos, quizá... Sí, sí... La culpa es de su cifra tope... Lo lamento mucho... No... ¡Oh! ¡No pude hacer más!... Ni más, ni menos... Tengo todos los motivos para suponerlo... Pinkerton, *Montana* —*Bloc*... Sí, sí... Muy bien, señor... Como usted guste.

Colgó, dio media vuelta para marcharse y se topó de bruces conmigo. Al verme levantó los brazos al cielo y se encogió, se acoquinó, como si temiera un ataque. Después me dijo tembloroso:

—El socio del señor Pinkerton, ¿no? Me satisface felicitarle por su éxito, caballero.

Después se encorvó con oficioso saludo y desapareció.

Entonces, impelido por no sé qué idea, cometí el acto más absurdo que pudo acudir a mi mente. Sin duda Bellairs acababa de hablar con su representado. Ignoraba yo el nombre de este personaje, pero no su número de teléfono. Por tanto, si al momento pedía tal número, era lógico suponer que el hombre en cuestión volvería al aparato, iba, pues, a divertirme un rato a costa de mi propio dinero. Llamé.

—Central, 129—91.

La telefonista de la central repitió el número, luego oí un chasquido y una voz amable de hombre, con ligero acento inglés, que preguntaba:

—¿Es usted otra vez, señor Bellairs?

—¡Psché!... —respondí—. Sólo una pregunta, si hace el favor: ¿por qué se obstinaba usted tanto en comprar los restos del *Nube Volante* ?

Ninguna réplica. Colgaron con precipitación. El hombre había eludido mi impertinente pregunta. Por mi parte, me bastó consultar la guía para enterarme de que el 129—91 correspondía al número 924 de la calle de la Misión, pensión de la señora Kane. ¿Qué podía hacer sino presentarme allí y renovar mi pregunta hablando con la misma persona? Tal debía ser, pensé, mi plan de campaña.

Volví a ocupar mi asiento detrás del mostrador, aunque con la certeza de que el misterio acababa de complicarse más por la intervención de un nuevo elemento oscuramente sospechoso. Una tercera imagen se instalaba en mi cerebro, entre la de los restos del naufragio bajo el cielo salpicado de aves marinas y la del capitán Trent, secándose el sudor que empapaba sus rojas cejas: la de un desconocido, con la oreja pegada al teléfono, palideciendo como un muerto al escuchar el enunciado de una simple pregunta.

El reloj del vestíbulo dio unas campanadas. Hacía ya hora y media que Pinkerton había partido a la conquista del dinero. ¡Media hora de retraso! Este hecho adquiriría singular

significación para un hombre que, como yo, conocía la asombrosa actividad mercantil de mi amigo y sus inflexibles costumbres de puntualidad. Había dejado casi pasar la hora del almuerzo, ¡y bien sabía Dios si tenía yo hambre! Pero la prudencia exigía que me mantuviera firme y con perfecto aplomo físico para emprender cualquier tarea que, de un momento a otro, pudiera recaer sobre mí, o quizá sólo para soportar el golpe de una mala noticia. Me senté a la mesa y pedí una sopa, unas ostras y media botella de champaña.

De repente vi llegar a mi amigo. Venía descompuesto y como envejecido. No quiso oír hablar siquiera de comida, y no aceptó sino una taza de té.

—¿Qué, estamos perdidos? —indagué con el estremecimiento de alguien que se ahoga.

—No —contestó—. Conseguí el dinero, Loudon, pero justo. No habría podido encontrar cien dólares más en todo San Francisco. La gente se muestra reacia al préstamo. El mismo Longhurst se ha vuelto en contra mía. Me ha dicho que en negocios no se juega al póquer.

—Tienes el dinero —le dije—, y es todo lo que nos hacía falta.

—Loudon —repuso—, he conseguido esos dólares a costa de empeñar mis propias carnes. Si proseguimos con este asunto, es necesario que recuperemos todo dentro de noventa días, ni uno más... ¡ni uno más! ¿Lo oyes bien? Tú te ocuparás del naufragio, mientras yo me quedo aquí para dar la cara a los golpes que nos asestarán los acreedores. Pero te aseguro que preferiría partir. En fin, tú te arreglarás. Es indispensable que la goleta, con el botín conseguido por los restos, esté de regreso antes de tres meses. De no ser así, no dudes que nos hundiremos.

—Te juro, Jim —declaré—, que haré todo lo posible. Me defenderé a dentelladas. Por mi culpa te ves metido en este apuro, y voy a sacarte de él, aunque me juegue el pellejo. Pero, ¿qué quieres decir con tu «si proseguimos con este asunto»? Me parece que no nos queda otro remedio.

—A eso iba. En general, no creo que el dinero esté mal empleado. Sin embargo, lo que me fastidia es el vencimiento a noventa días y el estado en que estos préstamos han dejado a nuestro crédito. He llegado hasta la mendicidad, ya ves... No importa; esperaba que podrías desembarazarte de ese opio poco a poco, de isla en isla. Habría sido más provechoso y menos arriesgado. Pero, dadas las circunstancias en que nos encontramos, no podrás hacer más que marcharte derecho a Honolulu y vender el total de una vez. Te pondré en contacto con un tipo que conozco allí y que se dedica al tráfico. Saldrá a tu encuentro en una ballenera, tomará la mercancía y te entregará el dinero... ¡Y si te he visto, no me acuerdo!

Era necesario haber sufrido lo que acababa de sufrir para decidirme a favor del contrabando, y sobre todo, ¡el del opio! Fuese como fuese, me resigné a ello en silencio, sin protestar, aunque no sin pena.

—Supón —insinué— que el opio está escondido de tal forma que no llegue jamás a echarle mano...

—En ese caso permanecerás en la isla hasta que el bergantín quede reducido a astillas, y aun así cogerás toda la madera y la rascarás con tu navaja. La droga está entre los restos: tienes que encontrarla. Pero esto no es todo: en previsión de cualquier eventualidad, lo primero que he hecho, contra mi otra idea, ha sido asegurarme una goleta para ir a la isla: la *Norah—Creina*, de sesenta y cuatro toneladas, lo bastante fuerte para lo que vamos a hacer, y por cierto, la nave más rápida de su tonelaje que puede encontrarse en el puerto.

Por doscientos dólares al contado, más la manutención y los salarios de la tripulación —o sea, otros doscientos dólares—, cuatrocientos en suma —una gota de agua en una tinaja—, dispondremos de ella durante tres meses.

—Bueno, bueno. Pero ¿y la otra idea?

—Pues bien: Estarás de acuerdo conmigo en que Bellairs estaba de todo punto decidido a llevar las pujas más lejos, previa autorización de su cliente. Comprendí adonde quería ir a parar.

—¿Y qué?

—Que si Bellairs y su compadre quieren comprarme la explotación, con un beneficio razonable, por supuesto, me avendré a ello.

Un súbito terror se apoderó de mí. ¿No habría roto yo mismo probablemente aquella cuerda con mi pueril y estúpida jugarreta? La vergüenza me cerró la boca, y a partir de aquel momento sólo pude proferir vaguedades. No mencioné ni palabra de mi encuentro con Bellairs, ni del descubrimiento de las señas de la calle de la Misión.

—Me imagino —presumí— que a Bellairs le habían indicado cincuenta mil dólares como cifra redonda, pero, quizá, al mismo tiempo, como puja tope. Así pues, para cubrir los desembolsos a que nos hemos comprometido, tanto por los préstamos como por la goleta, nos será indispensable una suma mucho mayor.

—Bellairs llegará hasta sesenta mil, quizá hasta cien mil si sabemos manejarle. ¿Has visto cómo iba la subasta hacia el final?

—Sí, sí. Con todo, deberíamos enterarnos de si estaba de acuerdo con su cliente.

—Si no —dijo mi amigo gravemente—, sería mejor contentarnos con los cincuenta mil y sufragar las pérdidas del exceso. Hemos ido demasiado lejos. Esos cincuenta mil dólares pueden costarnos sesenta mil. Con cuatro meses por delante todavía tendríamos tiempo para resarcirnos mediante tu energía y tu habilidad. Pero ¡tres meses nada más! No nos ilusionemos. Seamos juiciosos y vayamos a ver al picapleitos, que será lo mejor.

Hubo una nueva lucha en mi espíritu. ¿Debía o no decirle que conocía las señas de la calle de la Misión? No, era demasiado tarde. A mi primer tapujo iba a añadir otro... Continué callado. Telefoneamos, pues, a Bellairs. Nos respondieron que estaba en casa y hacia allí nos encaminamos.

Al final de la ciudad, ya en las afueras, nos encontramos por fin frente a un barracón de aspecto pretencioso, adosado al cual había una escalera exterior, en cuya pilastra de arranque había una placa de cobre con esta inscripción:

HARRY D. BELLAIRS, ABOGADO

Consultas de 9 a 6

Al final de la escalera se abría una puerta.

—Entremos —propuso Pinkerton, y nos vimos en una sala limpia, extraordinariamente vacía. Contra una de las paredes se apoyaba un viejo secreter, y frente a él se erguía la

única silla visible en aquel lugar, de lo que cabía deducir que el abogado, sentado durante sus horas de consulta, dejaba a sus clientes de pie. Una balda de madera contenía varios libros, y no se veía nada más. En el otro extremo del cuarto, una puerta guarnecida de rojo comunicaba con el interior del piso.

A fuerza de toses fingidas y taconeos logramos al fin hacer salir a Bellairs. Según lo que parecía ser una costumbre, se mostró sumamente prudente, como si se dispusiera a repeler un ataque a mano armada. Al reconocer a sus visitantes pareció recobrarse, para caer al punto en un verdadero acceso de cortesía.

—¡Oh! —exclamó con voz chillona—. ¿El señor Pinkerton y su socio? Un segundo, tengan la bondad, iré por unas sillas.

—No hace falta —objetó Jim—. No disponemos de tiempo. Se trata de negocios, señor Bellairs. Usted sabe que esta mañana he comprado los restos del *Nube Volante*.

Bellairs asintió con un movimiento de cabeza.

—Los he comprado —concretó Jim—, a un precio superior al valor real de la carga...

—Y de pronto cambia usted de idea y quiere volverse atrás. Contaba ya con algo parecido —concluyó el leguleyo—. No he de ocultarle, señor Pinkerton, que mi cliente está disgustado por lo alto de la puja. Usted y yo nos hemos excedido un poco. Le seré franco: sé que trato con un hombre de mundo, y si usted no tiene inconveniente en que yo lo enmiende todo, mi cliente se ocupará de todo de modo que usted no pierda... —consultó nuestras caras con ojos escrutadores— de modo que usted no pierda nada.

Jim replicó con una habilidad y una sangre fría maravillosa:

—Hila usted muy fino, señor Bellairs. Los restos son míos, ¿no?, y sé que contienen cosas de valor. Deseo conservarlos. Sólo que, mediante ciertos informes, puedo ahorrarme algunos gastos. Estoy dispuesto a corresponder. ¿Tengo que tratar con usted o directamente con su cliente?... Si usted consiente darme esos informes, dígame su precio. Pago al contado... Entendámonos: en cheques efectivos al regreso de la goleta, si tales informes son veraces. Claro que no compro a ciegas.

Por un instante pude distinguir el brillo de una luz en el rostro del abogado, pero el conato de sonrisa se apagó lastimosamente al escuchar aquella condición restrictiva.

—Entiendo que ustedes saben más que yo acerca de estos restos —reconoció—. Todo lo que puedo decirles es que, como encargado de comprar el buque, hice cuanto pude sin que me acompañara el éxito.

—Entonces, ¿quiere usted indicarme el nombre y la dirección de su cliente? —pidió Jim.

—No me creo con derecho alguno para ello —arguyó el rastrero abogado con una indescriptible expresión de malicia—; pero no pongo reparo en sondear a ese caballero según la intención de ustedes, si tienen la bondad de explicarme lo que hay que exigirle.

—Muy bien —aprobo Jim, poniéndose otra vez el sombrero—. Eso es hablar claro... Escuche, señor Bellairs. Usted y yo somos hombres de negocios y tenemos prisa. Voy a decirle ahora mismo mi última palabra.

Pero le interrumpí:

—Basta, Pinkerton. Yo conozco esas señas: calle de la Misión, 924.

No sabía decir cuál de los dos hombres se quedó más atónito.

—¿Por qué no me lo has comunicado antes, Loudon? —dijo mi amigo.

—No me has preguntado nada —murmuré, sintiendo cómo asomaba el rubor a mis mejillas.

Desconcertado por completo, Bellairs apenas escuchó lo que expuse, tanta era la prisa que tenía por desembarazarse de nosotros.

—Desde el momento en que ustedes conocen la dirección del señor Dickson —manifestó—, no veo ya ningún motivo para retenerlos.

No sé a ciencia cierta lo que pasaba por la mente de Jim Pinkerton. En cuanto a mí, sentía una angustia mortal al salir del antro de aquella araña corrupta y bajar la escalera exterior. Presa de intensa emoción, estaba dispuesto a confesar todas mis torpezas tan pronto como mi amigo formulara la menor pregunta. Hasta habría llorado. Pero no me preguntó nada.

—¡Deprisa! ¡Pronto, un coche! —dijo, corriendo hasta la próxima parada—. No tenemos tiempo que perder.

Esperaba en todo caso una pregunta a propósito de mis reticencias. Pero ¡nada! Evidentemente, Jim quería evitar tema tan desagradable, y casi me enojaron sus temores. Ya en el coche, no pude más:

—¿No te interesa saber por qué no te he comunicado esta dirección?

—No —dijo tímidamente—; pero, en efecto, me gustaría...

Esta timidez me causó la misma impresión que un desaire. Sin poder evitarlo, monté en cólera.

—No preguntes nada. Es algo que no puedo revelarte.

Apenas pronuncié estas palabras, habría dado cualquier cosa por anularlas. Todavía sufrí más cuando, golpeándome afectuosamente la mano, Jim replicó:

—Muy bien, chico. No hablemos más. Ya sé que siempre tienes razón.

Insistir estaba muy por encima de mis fuerzas, y en mi fuero interno prometí dejarme hacer picadillo antes que tolerar que Pinkerton perdiera un solo dólar en aquel loco negocio. Entre tanto, llegábamos a nuestro destino.

—¿El señor Dickson? —dijo la portera—. Se ha marchado.

—¿Adonde?

—No sé nada, señores. Apenas le conocía. Llegó anoche. A mediodía alguien le ha llamado por teléfono y ha dejado la casa al momento. Me pareció muy nervioso. Supuse que le habrían comunicado alguna muerte repentina.

El corazón me dio un vuelco. Era mi estúpida broma lo que le había hecho huir. Pero ¿por qué?

—¿Podría usted describírmelo, señora? —inquiría Pinkerton cuando volví en mí.

—Completamente afeitado —respondió la pésima observadora, a quien fue imposible ya arrancar más detalles.

—Llévenos hasta el bar más cercano—ordenó Pinkerton al cochero.

Preguntamos por teléfono a la compañía de navegación del Pacífico cuándo partía el paquebote para China. Nos informaron que el *Ciudad de Pekín* había soltado amarras a la una y media de la tarde.

—¡Eso es! —dedujo Jim—. No pierde el tiempo, y se nos adelanta hacia la isla Midway.

No estaba yo tan convencido de ello. Intervenían otros elementos desconocidos por Pinkerton —el terror del capitán Trent, por ejemplo—, y me inclinaba a creer que el tal Dickson había emprendido simplemente la fuga tras escuchar mi pregunta.

—¡Vayamos a ver la lista de pasajeros! —sugerí.

—¡Bah! Dickson es un nombre tan vulgar... y además, puede habérselo cambiado.

Aquí volvió a trabajar mi intuición: algo así como el negativo de una observación inconscientemente recogida mientras estaba yo absorto en otros pensamientos, se reveló en mi memoria con singular precisión. Era lo que había visto al descender la escalera exterior de la casa de Bellairs: una calle fangosa por donde traqueteaban los carruajes, y al otro lado de la calle, un chinito con una canasta encima de la cabeza, cruzado frente a un figón que ostentaba en lo alto, y con grandes letras doradas, el nombre de *Dickson*.

—Tienes razón —dije—, se lo habrá cambiado, aunque, por otra parte, no creo que Dickson sea su verdadero nombre. Lo ha tomado de una tienda que hay enfrente de la casa de Bellairs.

—Bueno... pero no estamos seguros...

—Entonces, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Convendría que fuésemos a la goleta, donde nos espera nuestro capitán, pues le telefoneé para que acudiera allí con toda rapidez. No obstante, mejor será que veamos lo que podemos sonsacarle a ese tal capitán Trent, del *Nube Volante*.

—¿Dónde encontrarle?

—En el Consulado Británico, hombre.

En el Consulado nos dijeron que el capitán Trent se había hospedado en el hostel *Buena Moza*, casa no muy aristocrática, donde fuimos recibidos por un robusto criado que mascaba un mondadientes, con la mirada perdida a una milla de nosotros:

—¿El capitán Trent, por favor?

—Se ha ido.

—¿Adonde?

—No lo sé.

—¿Cuándo volverá?

El mascador de palillos alzó con majestad sus atléticos hombros, dio media vuelta como un soldado, y ya no vimos más que sus anchas espaldas.

Ignoro lo que hubiese acontecido, pues Jim se exasperaba a ojos vistas, si la aparición de un segundo criado no hubiera venido a ahorrarnos lamentables incidentes.

—¡Pero si es el señor Loudon Dodd, de las Excursiones Campestres Semanales! ¡Cuánto me alegro de verle, caballero! ¿Puedo hacer algo por ustedes?

«Un auténtico filón», pensé.

—¡Ah! ¿El capitán Trent, el del naufragio? Se ha marchado hacia mediodía. En cuanto al canaca, ha embarcado en el *Ciudad de Pekín*. Yo he expedido su maleta. Estaban todos alojados aquí; encontrarán sus nombres en el registro. Mientras, voy a informarme de algo más.

Cogí el libro y leí, en gruesa y torpe escritura, estos nombres hartos conocidos: Trent, Brown, Hardy y (en vez de Ah Wing) Jos Amalou.

—Jim —dije—, ¿traes por casualidad el periódico que relataba el naufragio del *Nube Volante*?

—Creo que sí; no me ha abandonado en todo el día.

Recorrí el artículo.

—¡Ya está! —exclamé—. Éste es el nombre: Elias Goddedaal, segundo. ¿Por qué en ninguna parte hemos visto a ese Goddedaal? En el bar de *Tom el Negro* no había más que cuatro, y ninguno de ellos tenía aspecto de segundo.

En ese momento el criado vino con su «libro de a bordo», como quien dice.

—Por lo que veo —dijo—, el capitán vino con un carro en el cual hizo cargar tres maletas y unas alforjas grandes. Nuestro mozo ha ayudado a los marineros, pero ellos mismos guiaban el carro, y supone que habrán bajado hacia el muelle de *Barbary*. Era cosa de la una.

—Todavía tenían tiempo de tomar el *Ciudad de Pekín* —observó Jim—. ¿Cuántos eran?

—Tres, más el canaca.

—¿Y Goddedaal, el segundo?

—Nunca lo hemos visto, señor Dodd.

—¿No ha oído por ahí dónde podría estar?

—No. ¿Es que tienen algún motivo particular para preocuparse por esos individuos?

Le dije que después de haber comprado los restos del naufragio, veníamos a interrogar a la tripulación, y que nos contrariaba mucho no ver a sus integrantes. Se empezaba a formar un corrillo alrededor de nosotros en el vestíbulo, pues el naufragio interesaba sobremanera al público. Un hombre con aspecto de marino opinó:

—Para mí, el segundo no se ha marchado. Está enfermo. Durante la travesía a bordo del *Tempestad* no salió de la cama, según me han dicho.

Jim me tiró de la manga.

—Volvamos al Consulado.

Pero nadie sabía allí nada de Goddedaal. El médico del *Tempestad* había certificado que estaba muy enfermo, de modo que aquel misterioso segundo sólo había tenido que limitarse a enviar sus papeles a las autoridades marítimas, absteniéndose de comparecer en persona ante ellas.

Desde el Consulado podíamos hablar telefónicamente con el buque de guerra inglés. A petición mía, el empleado se informó y regresó diciendo:

—Lo lamento, pero el señor Goddedaal ha abandonado el buque y nadie sabe dónde se encuentra.

De pronto tuve una idea:

—¿Paga el Consulado el pasaje a los que desean repatriarse?

—Si lo piden —fue la respuesta—. A veces no piden nada, pero esta mañana hemos pagado el pasaje de un canaca para Honolulu, y por lo que decía el capitán Trent, creo que los otros regresarán juntos a sus casas.

—Pero ¿ustedes han pagado algo por ellos?

—Aún no.

—¿Y si yo le dijera que ya se han marchado?

—Pensaría que se equivoca.

—¿Me permite utilizar su teléfono? —dijo Pinkerton.

Concedido el permiso, le oí pedir comunicación con la imprenta que solía tirar nuestros prospectos publicitarios. Esto fue todo, porque me puse a reflexionar sobre la posibilidad de obtener una muestra de la escritura del capitán Trent, cosa que me fue sugerida por el recuerdo del libro de registro del decrepito mesón. Requerí para ello al empleado consular, y me contestó que el oficial mercante no podía escribir por haberse herido la mano poco antes del naufragio del bergantín, hasta el punto de que las últimas líneas del libro de a bordo habían sido redactadas por el segundo, limitándose Trent a firmar con la mano izquierda.

—No nos queda ya nada que hacer aquí —dijo Pinkerton al regresar del teléfono—. Vamos a la goleta, y mañana por la noche habré echado el guante a Goddedaal, o no me llamo Pinkerton.

—¿Qué estuviste haciendo? —le pregunté.

—Ya lo sabrás antes de acostarte. A la goleta.

Pero al acercarnos al buque no pudimos descubrir desde el muelle el menor signo de actividad a bordo de la *Norah Creina*. Pinkerton palideció. Sus labios se apretaron y saltó sobre la goleta.

—¿Dónde está el capitán de esta maldita bañera?

Por la puerta de la cocina asomó una cabeza. Era el hocico del cocinero, que respondió mascando tabaco a toda máquina:

—Está comiendo.

En el comedor encontramos a un coloso medio dormido y sentado ante lo que parecía una sustanciosa colación. A la vista de Pinkerton, con el sombrero calado, los brazos cruzados sobre el pecho y las mandíbulas firmes, una expresión de descontento invadió su plácido rostro:

—¡Vaya! —observó Jim—. ¿A eso le llama usted despachar con prontitud?

—¿Quién es usted? —indagó el capitán.

—Soy el señor Pinkerton —vociferó mi amigo, como si ese nombre hubiera sido un «ábrete sésamo».

—Sea quien sea —respondió el otro—, no es usted muy cortés.

A pesar de todo, algún efecto surtió la cosa en él, porque se levantó y alegó:

—Todos tenemos que comer, señor Pinkerton.

—¿Dónde está su segundo? —preguntó el armador de ocasión.

—En la ciudad.

—¡En la ciudad! ¿Y esta carga, que ni siquiera ha empezado a desembarcar? ¿Quiere usted que le diga lo que es? Es un farsante, y si no fuera porque no tengo ganas de ensuciarme los zapatos, a usted y a su comida los echaba por la borda a puntapiés. A partir de esta noche aquí habrá un capitán de verdad y marineros de verdad para trabajar a sus órdenes. En cuanto a usted, coja sus malditos bártulos y lárguese con ellos. ¿Entendido?

—Me iré cuando me parezca, o sea, mañana por la mañana —gritó el capitán mientras nos alejábamos.

Pinkerton se deshizo en quejas y lamentaciones:

—A fe mía, hoy el mundo está patas arriba. Primero, ese Bellairs; luego, ese criado de la fonda, y después ese deshollinador de capitán. ¿Cómo encontrar otro?

—Sube al coche —le dije, y grité al cochero—: Al bar de *Tom el Negro*.

Nos apeamos allí. En el reservado vimos a Johnson, un patrón con quien había charlado a veces. En aquel preciso momento estaba bailando con no mucha ligereza en compañía de un camarada, al son de una armónica tocada por un traficante de los mares del Sur. Algunos parroquianos asistían a tal solemnidad con gravedad religiosa. Cuando el músico perdió el aliento, se interrumpió la danza a mitad de un compás. Los bailarines cesaron a su vez, echando una mirada circular en demanda de aplausos.

Johnson era un hombretón casi pelirrojo, de tipo escandinavo, pero con el paso del tiempo había perdido su nacionalidad, su patronímico y hasta su lengua materna. Pensaba en inglés y lo hablaba correctamente, aunque con cierto acento extranjero.

—Que me llamen marino de agua dulce —exclamó—, pero no me digan que no sé bailar.

Al oír esto se comprende que me creyera desde luego en el caso de tener que felicitar a Johnson por su elegancia coreográfica. Se sentó a nuestro lado. Entonces cambié bruscamente de tema y le pregunté de sopetón si quería llevarme a las islas Midway.

—¿Yo? —protestó—. ¡Sirvo para eso tanto como para edificar catedrales! Mi trabajo es de patrón. Pero como capitán puedo proporcionarles a Arty Nares, un marino como no hay muchos, pueden creerlo.

Pinkerton conocía al candidato propuesto por Johnson. Convino en que era, realmente, el navegante más listo de San Francisco. Johnson prometió traérselo a la mañana siguiente, antes de las seis. En vista de esto, y una vez consultado, *Tom el Negro*, el dueño del establecimiento, nos prometió encontrar cuatro marineros cabales, y cosa todavía más extraordinaria, nos los garantizó en estado de sobriedad.

Era noche cerrada ya cuando salimos de *Tom el Negro*. Las calles centelleaban con luces de todas clases y faroles eléctricos. Pagamos nuestro carruaje y nos fuimos cogidos del brazo a cenar a *El Perro de Aguas*.

Por el camino observé, a la luz de un farol, a un fijador de carteles que se disponían a pegar un anuncio en la pared. Detuve a Pinkerton el tiempo necesario para ver cómo el hombre desdoblaba el papel, y he aquí lo que leí:

¡¡¡DOSCIENTOS DÓLARES DE RECOMPENSA!!!

Oficiales y marinos del bergantín náufrago

NUBE VOLANTE: Presentaos o escribid mañana martes,

día 12, a la oficina de Jim Pinkerton, Montana-Bloc.

Recibiréis ¡¡¡DOSCIENTOS DÓLARES DE RECOMPENSA!!!

—Veo que no han perdido el tiempo —dijo Jim—. Pero ahora verás lo sustancioso de mi idea: sabiendo que Goddedaal está enfermo, he mandado enviar un ejemplar de este anuncio a todos los hospitales, y luego a todos los médicos, uno por uno, y a todos los boticarios de San Francisco. Como agentes de publicidad que somos, comprenderás que estos impresos no van a costarnos muy caros.

Aun así, no dejaba de ser una extravagancia y se lo censuré con prudencia.

—¡Bah! —dijo—. Poco importan unos dólares más o menos, dado el punto a que hemos llegado. ¡Hasta dentro de tres meses no nos toca rascarnos los bolsillos!

Continuamos nuestro camino. En *El Perro de Aguas* engullíamos nuestra cena, demorándonos silenciosamente en ella, cuando Pinkerton, que se sentía animado por una tercera copa de champaña, aclaró la garganta, y con un aire de perro faldero vapuleado y un tono de emoción en su voz, se decidió a decir:

—Loudon, a propósito de eso a que me has prohibido aludir, quisiera sólo saber si tienes algo que reprocharme.

—¡Pinkerton!... —exclamé conmovido.

—No, no; deja que te diga dos palabras, nada más que dos palabras. Sé apreciar tu delicadeza, aunque no pueda imitarte. Escucha: creía, en realidad, que saldríamos mejor del paso. Cuando he visto lo restringido que está el crédito, cuando he visto a un hombre como Longhurst desentenderse, he empezado a desesperar y quizá entonces haya podido cometer algún error. No cabe duda de que otros en mi lugar se habrían defendido mejor, pero te doy mi palabra de que hice cuanto pude.

—Mi pobre Jim —afirmé—, jamás dudé de ti. ¿Crees que no he comprendido los esfuerzos que has tenido que hacer? Durante todo el día no he cesado de admirar tu energía y tus increíbles recursos. Este negocio...

—¡Ni una palabra más! No quiero oír nada más.

—La verdad es, Jim, que debería contestarte algo, pero no me atrevo. Estoy avergonzado.

—¡Avergonzado! ¡No pronuncies nunca esa palabra, ni siquiera en broma!

Obedecí de buena gana, y hasta desvié la conversación:

—Lo que me fastidia —agregué, suspirando—, es que no podré ser tu padrino de boda, al tener que marcharme tan pronto.

—Ya no puedo casarme —y, como un eco, devolvió mi suspiro—, y debo explicárselo a mí novia. Esto me llena de desolación, porque siento que no debía de haberme lanzado a fondo. Estoy sin un centavo.

—Es culpa mía, Jim; díselo claramente.

—No es cierto, muchacho. Me dejé llevar igual que tú. Pero creo que ya es hora de que vaya a hablar de eso con Mamie.

Partió valerosamente para tan dura palinodia², y yo volví a nuestro despacho. ¡En qué lío me había metido! ¡Y menuda tarea la que me esperaba!

¡Ah, si no se hubiera tratado tanto de los intereses de Jim como de los míos, con qué ganas habría dado marcha atrás... tanto me repugnaba ese contrabando de opio! Pero el bueno y simple de Jim no iba tan lejos. Él y su fortuna, así como su tan deseada boda, dependían de nuestro éxito. No tuve más remedio que anteponer los intereses de mi amigo a los de toda Polinesia. Tal vez era una moral demasiado individualista, pero así suele ser la de la verdadera amistad.

Por otra parte, mi curiosidad corría pareja con mi inquietud. Deseaba ardientemente conocer la última palabra de aquella historia, por qué el capitán Trent me había parecido tan asustado, y por qué el cliente de Bellairs había huido a raíz de mi inocente pregunta.

Me perdía en hipótesis que iban revelándose erróneas sucesivamente. Por fortuna, el misterio estimulaba mi valor.

2 Retracción pública de lo que se había dicho.

3. — CADA CUAL SIGUE SU CAMINO

Me acosté triste y triste me levanté, bajo el peso de no sabía aún qué catástrofe, físicamente fatigado, con la cabeza aturdida. Al fin recobré el equilibrio al oír estremecerse la puerta bajo el impulso de reiterados aldabonazos. Entonces se normalizaron mis pensamientos: me acordé de la subasta, del naufragio, de Goddedaal, etcétera, de las emociones de la víspera y de todo lo que tenía que hacer aquel día. Todo ello me causó el mismo efecto que un toque de clarín al amanecer de un día de batalla. En un segundo salté de la cama. Cruzando el despacho donde dormía profundamente Pinkerton, corrí a abrir en camisa de noche.

Sonriente, entró primero Johnson. Luego, con el sombrero calado hasta los ojos y con el cigarro en la boca, fue el capitán Nares quien me saludó con un cabezazo muy sumario. Detrás de él, ocupando sendos peldaños de la escalera, un puñado de marineros, la nueva tripulación de la *Norah Creina*, pulía la pared con la espalda y los codos. Hice pasar a los dos oficiales al despacho y sacudí a Pinkerton para despertarlo. Se sentó.

—Jim —dije—, éste es el capitán Nares. Capitán, el señor Pinkerton.

Segundo cabezazo de Nares, que nos examinaba atentamente.

—¡Ah! ¿El capitán Nares? —dijo Jim—. Buenos días, capitán. Encantado de conocerle. Le indicaré su misión: llevar la *Norah Creina* a una de las islas Midway, mondar unos restos de naufragio que encontrará allí y regresar aquí a escape, después de una escala en Honolulu, ¿comprendido?

—En principio, la cosa está bien —gruñó Nares—; pero hay dos o tres pequeños detalles que conviene dejar bien sentados. Ante todo, sea yo u otro, alguien debe hacerse cargo del trabajo. Por eso, le aconsejo que mande a Johnson a bordo con la tripulación a fin de poner orden en el aparejo y prepararlo todo para zarpar. Nuestros mozos deben de estar todavía en ayunas —añadió con un aire de profundo hastío—, y no conviene dejarlos así.

Se hizo como quería, y cuando nos quedamos solos los tres, Nares prosiguió:

—¿Qué es esto? ¿Qué significan esos carteles? Todo el puerto habla de ellos. Y me fastidia un poco. Algunos líos de navegación sobrevenidos últimamente me obligan a pasar inadvertido de momento. Por eso, sea lo que sea, si es que debo asumir el mando del barco, quiero saber a qué voy.

Entonces Pinkerton le narró toda la historia con aquel entusiasmo creciente que le era natural. Sin descubrirse, Nares tomó asiento para escuchar, siempre frunciendo el ceño y refunfuñando. Pero el brillo de sus ojos traicionaba el interés que iba inspirándole el asunto.

—Comprenda usted —añadió Pinkerton—, que lo más probable es que Trent llegue a toda prisa a Honolulu y flete una goleta para pasar a la isla... ¡Ahora entra usted en juego! Los restos son míos, los he pagado. Usted los guardará, aunque haya necesidad de pelear. Con todo, si no está usted de vuelta dentro de noventa días, haré una de las quiebras más estrepitosas que jamás se han visto en la costa del Pacífico. Es una cuestión de vida o muerte para el señor Dodd y para mí. Le conozco a usted por su reputación: es el hombre que necesito, señor Nares.

—Ya entiendo —concluyó el capitán, mirando la ceniza de su cigarro—; cuanto más pronto partamos, mejor.

—¡Eso mismo! ¡Ya decía yo que es usted el hombre que me conviene!

—Espere —repuso Nares—, Me han hablado de un sobrecargo.

—Sí. Será el señor Dodd, aquí presente, mi socio.

—Eso no me seduce. En todos los barcos en que he navegado ha bastado siempre con el capitán.

—¡Ah! —gimió Pink—. ¡Qué mal le han informado! Compréndalo bien. Se trata de una operación comercial. Usted es excelente en cuanto al aspecto marítimo, pero para el comercio necesito un comerciante. Usted dirigirá todo el trabajo a bordo y en la isla, y su autoridad será plena y absoluta, pero todo ha de ser a satisfacción del señor Dodd, porque es el que paga.

—Siempre he dado satisfacción —dijo Nares, sonrojándose un poco.

—Y la dará una vez más. Lo leo en su cara: tiene usted carácter y dignidad, y sigue el camino recto. Es lo que hace falta.

Nares opuso todavía algunas objeciones, pero poco a poco se ablandó, aceptó mi control, siempre que fuese puramente comercial, y el vanidoso Pinkerton supo halagar con tanta habilidad el amor propio, no menos quisquilloso del capitán, que éste, ya del todo tranquilo, acabó por aceptar un mando del cual estaba necesitado, aunque sin duda le pareciera demasiado banal para su valor profesional.

—Jim —dije cuando se hubo marchado—, este hombre no me gusta.

—Te equivocas —contestó mi amigo—. Es el tipo de marino americano, bravo como un león, lleno de recursos y sin bajezas frente al armador. Es un hombre notable.

—Sí, por su brutalidad en alta mar.

—Di lo que quieras; es una suerte para nosotros contar con él. Le confiaría la vida de mi novia.

—Por cierto, ya que hablamos de Mamie, todavía no me has contado lo que pasó entre vosotros anoche.

—¡Ah! —exclamó con entusiasmo, interrumpiendo la operación de enfilear la segunda pernera de su pantalón—; es el espíritu más valiente que jamás puso Dios en la tierra. Ayer no te desperté, pues sabía que estabas cansado, y por tanto no pude ponerte al corriente. Pero verás: cuando le dije que deberíamos aplazar nuestra boda, me preguntó si estaba cansado de ella, ¡pobrecilla! Entonces le expliqué que es muy posible que tenga que declararme en quiebra, y que, por otra parte, tú no estarías aquí para apadrinarme. Enseguida me contestó que todo era muy sencillo de arreglar: puesto que la amo, era preciso que nos casáramos mañana —es decir, hoy—, y así tú podrás cumplir con tu misión antes de partir. Y añadió: «En caso de que os arruinéis, ¡todavía tendréis más necesidad de mí!» ¡Qué suerte tengo! Tú, yo y Mamie somos tres hebras de una sola cuerda. ¡Oh! ¡Te quiere tanto! ¡Te encuentra tan distinguido! ¡Te considera tan buen amigo!... Ha estado trabajando hasta las tres de la madrugada para coser su traje de novia. ¡Tanta prisa por casarse conmigo!... Casi no puedo creerlo. Parece un cuento de hadas. ¿Qué he hecho yo para merecer tanta dicha?

Así, inocentemente locuaz, iba derramando el contenido sobrante de su corazón. De vez en cuando, bajo toda aquella palabrería, descubría algunos destellos de lo que sería su nuevo plan de vida. Hoy se celebraría la boda. Comeríamos en la fonda de Frank. Por la tarde visita a la *Norah Creina*, y luego nos separaríamos. Jim se iría con su mujer y yo me lanzaría a mi aventura marítima.

¡Qué triste me parecía el tiempo! Un cielo de plomo. Hasta ese momento nunca había encontrado San Francisco tan negro, tan decrepito ni tan lúgubre. Sin embargo, durante mis idas de acá para allá, en el puerto y en las calles donde se agolpaba el gentío, una agradable música cantaba dentro de mi corazón, al pensar en la dicha de mi socio y amigo.

Pero ¡cuántas prisas y cuánto ajeteo! El aprovisionamiento del buque, las formalidades administrativas, los papeleos... Cada vez que volvía a verla, la *Norah Creina* me parecía más pequeña, y, debido a las prisas, en un desorden más lamentable. A un lado, sobre el muelle, había montones de cuerdas, cajas, botes de hojalata, barriletes de dinamita, herramientas. Daba la impresión de que todo aquello no podría caber nunca en una nave tan minúscula. En mangas de camisa, Johnson, con los ojos brillantes, se multiplicaba por todas partes.

Abajo examiné con antipatía la especie de cajón que durante un montón de días iba a ser mi madriguera. Las paredes estaban amarillentas y húmedas; el piso, negro y grasiento. Andábamos sobre paja, sobre periódicos viejos, sobre desechos de cajas de embalaje. Pendiente de un clavo, había un calendario—anuncio, adornado con un termómetro y ofrecido «con los mejores deseos» de un fabricante de whisky. ¿Cómo suponer que una semana después iba yo a encontrar aquel cuchitril agradable, claro, ventilado y hasta espacioso?

El comisario del puerto estaba allí, arreglando con el capitán las formalidades reglamentarias concernientes a la tripulación. Azorados y rutinarios, aquellos hombres fijaban estúpidamente la vista en el techo y luego en el suelo; no sabían qué hacer, buscaban dónde escupir y no osaban hacerlo. Contraste admirable: el cocinero chino esperaba con toda tranquilidad, lleno de dignidad, hidalgo de los mares.

Y asistí a esa farsa grotesca, instituida por la paternal administración de los Estados Unidos, para la protección de unos adultos considerados como niños atrasados (los marinos) en su trato con los más desalmados bribones (armadores y oficiales). Tantas

veces como marinos había, leyeron y releieron la misma página, con una voz uniformemente precipitada, gruñona e ininteligible. A ratos, por ejemplo, entendí que no hay que blasfemar cuando se dan órdenes, ni llevar cuchillos enfundados, etcétera, etcétera.

Cada vez que terminaba, el comisario respiraba profundamente, y recobraba su voz natural para ordenar:

—Ahora muchacho, firma aquí, si sabes.

Luego el comisario anotaba las señas particulares del hombre, mientras el capitán, repitiendo las viejas chanzas de uso tradicional en la marina americana, hacía comentarios:

—Cabellos azules, ojos encarnados, nariz de un metro sesenta y cinco...

Y así sucesivamente. Cuando hubo terminado con los hombres, el comisario se cercioró de si se encontraba a bordo el botiquín reglamentario. Estaba, pero el capitán no ocultó que tenía mucha más confianza en ciertos remedios empíricos, venerados por los marineros, y que de tales mejunjes echaría mano para aliviar los sufrimientos de su tripulación. Y he aquí cómo se eluden las tutelares leyes establecidas por los gobiernos.

Pero esta pintoresca escena no representaba más que un incidente cualquiera dentro de una jornada de trabajo febril, pues no es cosa de juego poner una goleta a punto de zarpar, improvisando al mismo tiempo una boda durante el espacio que media entre la aurora y el ocaso. Jim y yo corrimos de una parte a otra en todos los sentidos. A menudo, en mitad de un lío, nos echábamos a reír o nos daban ganas de llorar. Íbamos de casa de la modista al barco bromeando casi, y luego la vista de nuestros anuncios callejeros nos recordaban nuestra desesperada situación.

No obstante, encontré tiempo para elegir —con mejor o peor gusto— una joya para Mamie, que la recibió con mucho más entusiasmo del que merecía. Al anochecer, ella y Jim fueron unidos en matrimonio por un viejo pastor en nuestra oficina. ¿Cómo describir la transfiguración de mi pobre Jim?

Al final de la ceremonia llevó aparte al ministro, y no sé lo que le dijo, pero tuve la impresión de que lamentaba su indignidad, pues conforme iba hablando lloraba. Muy emocionado, el sacerdote parecía consolarle. Cogí al vuelo esta frase:

—Le aseguro, señor Pinkerton, que no son tan numerosos los que podrían decir otro tanto...

De lo cual deduje que mi bravo amigo había templado su humildad con un poco de jactancia. El pastor felicitó a Mamie por recibir tan buen marido y aseguró que pocas veces había tenido ocasión de casar a una pareja tan simpática. En aquel momento, como una paloma que descendiera sobre los elegidos, llegó una tarjeta de Douglas B. Longhurst, acompañada de cuatro docenas de botellas de excelente champaña.

Fue descorchada una botella. Nuestra secretaria, que actuó como dama de honor, se mostró encantada de mojar sus labios en el espumoso líquido, y yo, vaso en mano, ofrecí un brindis a los nuevos esposos. Luego fuimos a casa de Frank otra vez para cenar, y después un coche nos condujo hasta la *Norah Creina*.

—¡Oh, qué hermoso barquichuelo! —gritó Mamie a la vista de la goleta—. ¡Tiene que ser usted muy valiente, señor Dodd, para ir tan lejos por el océano en esa cascara de nuez!

Por lo visto, gané en su estima. En cuanto al hermoso barquichuelo, ofrecía una detestable imagen de confusión. Sus habitantes destilaban cansancio y mal humor. El cocinero se dedicaba a ordenar latas de conserva que los cuatro hombres de la tripulación, sudorosos y enfurruñados, se pasaban de mano en mano después de extraerlas de la caja.

Johnson dormitaba al borde de la mesa, y en su catre, el capitán, con hosco semblante, mascaba y fumaba su cigarro. Refunfuñó:

—Mejor habrían hecho no viniendo. No podemos interrumpir el trabajo. Un barco a punto de levar anclas no es un lugar de paseo, y su visita sólo sirve para distraer a mis hombres.

Estuve a punto de darle cumplida y agria contestación, pero Jim, acostumbrado a ello, como a tantas otras cosas propias del negocio, se apresuró a limar asperezas:

—Ya sé que estorbamos, capitán —dijo—, y que la jornada ha sido dura. Pero deseábamos beber un trago de champaña en su compañía para celebrar mi boda y la partida de Loudon, es decir, del señor Dodd.

—¡Oh! —murmuró el capitán—. Media hora más o menos... —y dirigiéndose a los marinos—: Eh, vosotros, descansad un momento. Quizá eso os despabile un poco para terminar antes el trabajo. Johnson, vea si puede encontrar una silla para la señora.

El tono era digno del lenguaje. Pero cuando Mamie posó en él los dulces rayos de sus ojos, explicándole que era el único capitán de velero que conocía, y cuando expresó su admiración por la bravura de las gentes de mar, las cosas se arreglaron un poco. Hizo la inestimable concesión de excusarse por las necesidades de su cargo:

—Es que toda esta estiba³ no se hace sola... Y además, han venido dos periodistas, pretextando una información. He tenido que amenazarles con lo primero que encontré a mano. Luego un pastor quería que le lleváramos a Raiatea. Le enseñé la punta de mi zapato, tan nervioso me ponía su presencia...

Mientras hablaba de esta manera burlona y arrogante, noté que Jim le observaba con suma atención. Entonces me hizo salir al entrepuente y me dijo en voz muy baja:

—Ese hombre preferiría que le salieran canas antes que soltar su presa, pero se moriría antes que aceptar un consejo. Si te apoyas en él, nos llevará a la victoria. No suelo equivocarme con la gente, Loudon.

La visita al comedor, tan mal iniciada, iba tomando mejor cariz gracias a la sedante influencia del vino espumoso y de la joven esposa. Hasta nos reímos. Mamie, elegantísima con su vestido y su sombrero, era como una reina en medio de una corte algo ruda. El propio capitán, prendado, me pidió que esbozara un croquis de la escena. Confieso que me esforcé, sobre todo, en reproducir fielmente los rasgos de la amable soberana. Un éxito:

—¡Pero si es encantador! —exclamó ella.

Y todavía seguía hablando del dibujo cuando acompañábamos a los nuevos esposos hasta el coche, de modo que nuestra despedida se abrevió entre una tempestad de risas. Se alejaron. Sus formas se perdieron en la oscuridad, el ruido de sus pasos se apagó progresivamente a lo largo del muelle, y después de un día entero de actividad y emociones, me quedé completamente solo.

3 Colocación conveniente de los pesos de un buque, y en especial de su carga.

Acodado en el puente, interrogaba al cielo, cuando el recuerdo del *Ciudad de Pekín* irrumpió bruscamente en mi cerebro. Vi al paquebote hendiendo las olas a trece nudos por hora, con rumbo a Honolulu, transportando al maldito Trent... y quizá también al misterioso Goddedall. La sangre se me heló. ¿Podría una goleta dar caza a un vapor?

—¡No te detengas! —me dije—. ¡No tendrá mucha ventaja!

Poco a poco, la actividad de los hombres se amortiguó en el interior de la nave, y yo no cesaba de soñar. De pronto, un ruido de voces dando órdenes y el rechinar de las guindalezas⁴ por encima de la batayola⁵ me hicieron volver en mí. La goleta estaba en marcha. A través de las brumosas tinieblas vi al remolcador que nos llevaba, echando grandes bocanadas de humo, entre los reflejos de sus luces de posición. Oí cómo batía las aguas de la bahía. La ciudad iluminada desfilaba sobre las colinas, y dominando un brazo de escollera distinguí una silueta solitaria e inmóvil en la sombra.

Si no mis ojos, al menos mi corazón me hizo reconocer a mi buen amigo Jim. Tuvimos tiempo de cambiar un grito y un gesto de adiós en esta segunda separación... Esta vez era yo el argonauta. Nuestros papeles se habían invertido. Ahora llevaba yo los negocios, asumiendo la responsabilidad de su estrategia y su ejecución, aunque me fuese en ello la vida. Él no tendría más trabajo que consultar el calendario y esperar, vigilante, la próxima cosecha.

Me había convertido en hombre de negocios y de acción. Jim había llevado a buen término mi educación de realizador y me sentía muy orgulloso. La sangre aventurera de los yanquis bullía en mis venas, mientras las levas subían a los mástiles y la *Norah Creina* empezaba su largo y solitario viaje hacia los restos del buque náufrago.

4 Cabo de 12 a 25 cm de mena, de tres o cuatro cordones corchados de derecha a izquierda y de 100 o más brazas de largo, que se usa a bordo y en tierra.

5 Barandilla, fija o levadiza, hecha de madera, que, encajada en los candeleros, se colocaba sobre las bordas del buque para sostener los empalmetados (defensas contra la posible fusilería enemiga).

4. — LA «NORAH CREINA»

¡Cómo me gusta recordar la dulce monotonía de un viaje a través del Pacífico, cuando los alisios soplan con regularidad y el buque boga día tras día libremente bajo montañas de nubes! Toda clase de escenas vienen a distraer al pasajero: el arponeo de un delfín desde lo alto del bauprés, la reanudación de la guerra santa contra los tiburones, la silueta del cocinero amasando el pan sobre el panel de la escotilla, los marinos trepando por el aparejo para tomar un rizo ante la proximidad de una ráfaga, y el delicioso alivio que se siente después de la borrasca...

Pero, sobre todo, había una cosa que me encantaba: el aire siempre dulce y vivificante, fresco como una mejilla sana. Tan tibia y uniforme temperatura producía en mí una especie de cambio molecular. Mi organismo se suavizaba en aquellas soleadas regiones, ¡y con qué pena pensaba yo en aquellas otras que había dejado atrás, a las que se llamaba templadas! Semejantes sensaciones no escapaban a la observación del capitán Nares...

Dos años de esta vida le quitan a un hombre todas las ganas de hacer algo. Cuando uno ha vivido en estos parajes, ya no puede ser dichoso en otra parte. He visto algunos tipos que, apenas divisaron estas regiones, encallaron en ellas y ya no las abandonaron sino con los pies por delante.

Sí, esas islas polinésicas tienen un atractivo irresistible. Me atraían ya cuando aún no había puesto los pies en ellas. Además, el mar que las baña es otro hechizo. Dondequiera que soplen los alisios, no hay lugar más delicioso que el puente de una goleta. Si no fuese por mi ansiedad hacia el objetivo perseguido, estimaría aquel viaje como las mejores vacaciones de mi vida.

Recordaba mis tiempos de artista en el barrio latino de París, y como me sentía repleto de actividad, mi lápiz no cesaba de traducir mis impresiones. Al mismo tiempo me complacía en estudiar al capitán Nares, que tan mal efecto me había producido al principio de conocernos, y que en lo sucesivo iba a ser mi amigo.

Al principio me había comportado quizá con excesivo disgusto ante lo que me parecían sus brutalidades, con excesivo enojo también ante su variable humor, y con excesiva cautela ante su vanidad, considerándole como una especie de cruz en mi existencia. Pero, poco a poco, en sus raras horas de amabilidad, cuando renunciaba momentáneamente a sus defectos, fue ocupando sin darme cuenta un lugar en mi afecto, a medida que iba apreciándole con mayor justicia y con mejor juicio.

Hijo de una buena familia del Este, había tenido de muy joven un carácter indomable, y aun cuando había empezado sus estudios secundarios, huyó de la casa paterna para embarcarse, sin otra razón para huir que la de no terminar pareciéndose demasiado a sus padres. Los sufrimientos y malos tratos que tuvo que aguantar como grumete en el curso de un primer viaje le habían afirmado y endurecido todavía más. Desertó al poco tiempo en un puerto de América del Sur, se ganó la vida merced a su inteligencia, aunque la suerte le hiciese caer con frecuencia en manos de ladrones que le despojaban inicualemente.

Una anciana señora, en cuyo huerto hizo más de un estrago, le había recogido y cuidado, y después, cuando abrazó definitivamente la carrera de marino, le daba hospitalidad al regreso de cada viaje, dejándole al morir cuanto poseía; pero no tardó el futuro capitán en perder la mayor parte de aquel dinero en el juego.

Podría tener entonces treinta años. Era un hombre vigoroso, vivo, activo, con cabellos color cáñamo, frente baja, completamente afeitado, y mandíbulas prominentes. Cantaba muy bien y tocaba el acordeón. Buen observador, y razonador conciso, mostraba cuando le venía en gana verdadera elegancia de ideas y modales. Un instante después volvía a ser el bruto de peor especie que podía encontrarse en los siete mares.

Su rudeza de lenguaje, sus sarcasmos despiadados, su manía de pillar siempre a los demás en falta, bastarían para amotinar un presidio. Por ejemplo, supongamos que el timonel hubiera desviado el rumbo: un diluvio de injurias y de amenazas caía de inmediato sobre el infeliz.

—¡Maldita jeta de carnero holandés! ¿Cuántas patadas te hacen falta para seguir el rumbo?

Un marinero estaba holgazaneando a popa, y el capitán le interpelaba con una exageración de cortesía:

—Señor Daniels ¿osaré suplicarle que me quite usted los estorbos de la toldilla? Permítame que le diga que no deseo encontrar por aquí más basura de su clase. Ruéguele al segundo que le busque trabajo, o si no, se lo brindaré yo, que le voy a dejar tendido por una semana.

Y como conocía a fondo a su gente, daba a cada pulla y a cada injuria el alcance justo. Pero las lanzaba con ademán tan amenazador, y apoyadas con una mirada tan ferozmente cruel, que temblando de miedo el desgraciado cedía. A menudo tales retiradas no impedían la violencia, muy débil, empero, porque la víctima tenía las manos tan bien atadas por la ley que, una vez administrada la paliza, no le quedaba más remedio que levantarse a toda velocidad y esconderse. En suma, el antiguo grumete, el antiguo sufrelotodo, no dejaba de tomarse buen desquite.

Por mi parte, aunque indignado, jamás protesté en público por temor a armar un motín, pero en privado no podía dominarme y censuraba al capitán, procurando atacarle por su punto flaco, si puede considerarse así su ardiente patriotismo.

—Vamos, capitán, ¿son éstas maneras de tratar a marinos americanos? No es propio de un americano tratar a los hombres como perros.

—¿Americanos? —dijo él, arisco—. ¿Llama usted americanos a esa chusma procedente de no se sabe dónde? En catorce años de mar, durante todos mis viajes, hechos salvo uno bajo pabellón americano, no he encontrado sobre cubierta un solo marinero americano. En otro tiempo sí los hubo. Pero eso ya pertenece al pasado. Usted no sabe de qué habla. ¡Quisiera verle a usted después de catorce meses, con la responsabilidad de todas las vidas de a bordo, pasearse por el puente esperando que un cuchillo lanzado al vuelo venga a partirle el espinazo al salir de su cabina, o que un saquillo de arena le caiga encima de la nuca mientras inspecciona los botes, o que le empujen por la abertura de la escotilla y le echen al sollado⁶! ¡Ya vería si esta idea le estimula la fraternidad cristiana! ¡No, querido señor,

6 Cada uno de los pisos o cubiertas inferiores del buque, donde se suelen instalar alojamientos y compartimentos para víveres o armas.

no hay otro medio de mandar a una tripulación más que el terror!

—¡Vamos, capitán, en todo hay clases! Usted conoce la mala reputación de los barcos americanos. Si los salarios no fuesen tan elevados y la comida de tan buena calidad, no se encontraría ni un solo hombre para embarcarse. Preferirían un barco inglés, con su alimentación detestable y todos sus inconvenientes.

—¡Pues sí que son blandos los ingleses!... ¡Oh! Ya se que aun así los hay exquisitos, como aquel capitán de la *María*, a bordo de la cual fui hasta Melbourne, que prefirió pagarme tres meses de sueldo antes que reembarcarme, todo porque la forma en que hacía ejecutar sus órdenes le producía ataques cardíacos. «Hijo mío —me dijo— a este precio no resulta usted caro. Es usted un marinero de primer orden, sin duda alguna, pero también es el hombre más antipático con quien he viajado bajo una vela.»

¡Singulares referencias sobre uno mismo! Obraba con la más abominable arbitrariedad. No obstante, al hablar hacía justicia a todos y a sí mismo sin asomo de parcialidad. Jamás he visto a un hombre tan extrañamente constituido, razonando con una rectitud y una equidad perfectas, pero supeditando al mismo tiempo sus acciones al imperio de los nervios.

No he conocido otro más valiente. De modo natural acudía antes que nadie al encuentro del peligro, que le servía de verdadero tónico. Había que verle luchar hasta el último aliento contra la tempestad, cuando toda la tripulación de nuestra mísera cascara de nuez, incluyéndome a mí mismo, se creía perdida y abandonada. Sin embargo, aquél que gozara de su confianza sabía que en plena lucha, dirigida con admirable energía, tenía el alma sumida en sombríos presentimientos, y que la ansiedad más cruel le torturaba al pensar en la seguridad de sus hombres. Después de habernos salvado gracias a su habilidad, me confiaba sus pensamientos:

—Estoy seguro de que nadie a bordo habría resistido como lo han hecho los marineros si por un momento hubiesen dudado de mi condición de lobo de mar.

A continuación se quejaba y suspiraba por llegar al final de aquella detestable travesía. Detallaba todos los peligros de aquel maldito aparejo y citaba multitud de navíos que habían zarpado para no volver jamás, lo cual le metía a uno la muerte en el alma.

—¡Bah! No sé por qué nos apegamos tanto a la vida. Un buen agujero en el agua es todo lo que necesito.

En los momentos en que los marinos suelen sentirse optimistas, él no sabía cantar más que en tono menor; pero nos faltaba todavía un ejemplo de la constancia sombría y decidida de aquel hombre. La mañana del decimoséptimo día, cuando subí a cubierta, encontré la embarcación navegando con todas las velas rizadas y corriendo como un diablo sobre un mar particularmente malo... Nos acercábamos a la isla Midway. Yo no pensaba sino en el término de nuestro viaje. La *Norah Creina* iba firme sobre su rumbo, y nos había transportado a una velocidad media de ocho a nueve nudos. No podía menos que estar satisfecho.

No sé qué singular apariencia del oleaje y del cielo me llamó de pronto la atención. Nunca me había parecido tan pequeña la goleta, ni más atentos sus hombres a los indicios del tiempo que se avecinaba. Como era corriente en sus días de mal humor, Nares ni siquiera respondió a mi saludo matinal. También él parecía entregado a las observaciones meteorológicas. Otro signo aún peor: Johnson en persona manejaba el timón con una

aplicación poco corriente, teniendo que agarrarse fuertemente a la rueda con demasiada frecuencia. De cuando en cuando echaba tras sí vivas ojeadas, como las de un animal en fuga. Hundía por instinto la cabeza entre sus hombros, como quien espera un golpe. Era evidente que las cosas no iban bien.

No sé qué hubiese dado por una respuesta a las preguntas que me asediaban, pero no osaba formularlas por temor a verme invitado a limitarme a mis funciones de sobrecargo y hasta a confinarme al fondo de la nave. Me contenté con esperar a que el capitán tuviera a bien hablar el primero. Ocurrió antes de lo que esperaba, cuando nos llamó el chino para el desayuno. Nos sentamos cada cual a un lado de la estrecha mesa.

—Señor Dodd —advirtió Nares con una extraña mirada—: el mar se descompone cada vez más. El barómetro brinca a ojos vista, y el viento no cesa de refrescar. Nada de esto me da buena espina. La cuestión es que, si continúa con este rumbo, no sé cómo acabará. Puede echársenos encima una tormenta que nos arroje sobre cualquier arrecife. Suponiendo que escapemos, estaremos en la isla Midway mañana por la tarde, y hasta, caso de no poder fondear en la bahía, podríamos abrigarnos a sotavento. A usted corresponde decidir si quiere ver al capitán Trent adelantársele, o aceptar el riesgo que acabo de indicarle. Recibí instrucciones de mandar esta nave a su satisfacción, por tanto es el sobrecargo quien decide.

Dijo todo esto con una risita irónica, bastante molesta. Contesté sin rodeos:

—Capitán, más vale arriesgarse que ir a pique. Prosigamos la misma ruta.

Me saltaba el corazón en el pecho al tomar tan capital decisión. Pero, al mismo tiempo, me sentí orgulloso de ella.

—Entendido —replicó Nares—: es muy sencillo.

Y ya no se ocupó más que del desayuno, no sin renegar, según su costumbre, y desear el momento en que regresáramos otra vez a San Francisco. Cuando volvimos a subir a cubierta sustituyó a Johnson y tomó la barra. Parecía que para este delicado menester no podía contarse más que con ellos dos. Me quedé cerca de él, aterrado y a la vez contento de mí mismo. La tempestad se desencadenaba por encima de nuestras cabezas, y a ratos lanzaba, al chocar contra el aparejo, un largo aullido que me hacía temblar de pies a cabeza. El mar nos perseguía, despiadado, dando enormes saltos y barriendo la cubierta de punta a punta. Cuando una embarcación corre a la empopada⁷, existe gran peligro de que naufrague en plena marcha. Hubo que cerrar todas las escotillas. Nares refunfuñaba:

—¡Todo esto por los dólares del señor Pinkerton! Más de un camarada se ahogará por culpa de patronos como su amigo. ¿Un barco o dos? ¡Bah!... Está asegurado, sin duda... Por un lado, la vida de un puñado de marinos; por otro, unos miles de dólares...

Estas palabras me incomodaban un poco. Me sentía a las puertas del Tribunal Eterno, y sabía que la empresa que estaba a punto de costarme la vida no iba a contar mucho en mi favor.

—Tanto peor —pensé—. Lo hago por ti, viejo Jim.

A las once recogieron un tercer rizo de la vela mayor, y yo me refugié en mi camarote. Pasé tumbado en mi camastro el resto del día y la noche siguiente, mientras la pobre

⁷ Navegación hecha con viento duro por la popa.

Norah Crema gemía, crujía y penaba, sin detenerse en sus brincos de agonía. Hasta cerca del amanecer no salí de nuevo a cubierta. Nunca había pasado horas tan lúgubres. Nares y Johnson se relevaban en el timón. El que descansaba, bajaba al cuadro, y su primer cuidado era interrogar al barómetro. Si se trataba de Johnson, tomaba un bocado del aparador y se lo engullía de pie, bien apoyado entre la mesa y la pared. Algunas veces me dedicaba dos palabras:

—¡Qué porquería de nochecita de todos los diablos! ¿Eh, señor Dodd? Ni tiempo de ponerse el pijama le queda a uno.

Dichas estas palabras, se echaba en su camastro y dormía como un plomo durante sus dos horas de descanso. Pero Nares ni dormía ni comía. Me hablaba:

—Bien, hijo mío; ya está usted a ciento cuatro millas de la isla. Damos todo lo que tenemos debajo de la piel. Llegaremos mañana a las cuatro de la tarde, si es que no nos vamos a pique.

Después encendía un cigarro y se envolvía en una espesa nube de humo. Según supe después, el hombre estaba encantado porque el viento soplaba para nosotros en la mejor dirección, y se daba cuenta de que, en vez de lanzarnos a la zona peligrosa, la *Norah Creina* se alejaba de ella cada vez más. Pero la verdad es que no parecía risueño...

El día despuntó con siniestro brillo. El mar, cada vez peor, y el viento, cada vez más violento, se encarnizaban infatigablemente con nosotros. Yo estaba sobre cubierta, sofocado de terror; las piernas no me sostenían. El corazón se me oprimía cuando una nueva montaña de espuma venía a precipitarse, desplomándose en avalancha contra nuestra popa, mientras torrentes de agua se me arremolinaban en torno a los tobillos. Sólo tenía un deseo: disimular el miedo que me retorció las entrañas, y permanecer digno.

Almorzamos a pesar del mal tiempo. Por la tarde sentimos la horrenda monotonía del peligro. Cada vez más sombrío e irritado, el capitán tenía en sus ojos un reflejo homicida. No habría dado un penique por el desdichado que se atreviese a desobedecerle. Luego, le oí murmurar:

—¡Dos grados a babor, adelante!

Al punto se apoderó del timón, y Johnson osó encaramarse al aparejo. Le seguí con la mirada, observando cómo se pegaba a los obenques⁸, apuntalándose al flechaste⁹. Después trepó hasta la gavia¹⁰, sin temor a las espantosas sacudidas, y con un brazo se agarró al tope del mástil. Interrogó el horizonte, por el suroeste, con una mano encima de los ojos; luego se deslizó hacia abajo. Volvió junto a Nares, asintió con la cabeza, y jadeante y con el rostro surcado por regueros de sudor, tomó de nuevo posesión del timón, donde reanudó sus ciclópeos esfuerzos, sonriente a pesar del cansancio. Poco después bajó a la cámara para subir en seguida provisto de un par de gemelos, con ayuda de los cuales escudriñó la lejanía. Gradualmente empecé a distinguir un paraje donde el mar parecía aún más alborotado, mientras se hacía más claro a mi oído un estrépito de rompientes. El capitán me prestó su catalejo y con grandes esfuerzos acabé por divisar lo que habíamos venido a

8 Cada uno de los cabos gruesos que sujetan la cabeza de un palo o de un mastelero a la mesa de guarnición o a la cofa correspondiente.

9 Cada uno de los cordeles horizontales que, ligados a los obenques, como a medio metro de distancia entre sí y en toda la extensión de jarcias mayores y de gavia, sirven de escalones a la marinería para subir a ejecutar las maniobras en lo alto de los palos.

10 Vela que se coloca en el mastelero mayor de las naves, la cual da nombre a este, a su verga, etc.

buscar desde tan lejos, el espectáculo cuya vista habíamos pagado tan caro: los mástiles de un bergantín se perfilaban sobre el fondo del firmamento.

Pero no distinguía ninguna señal de tierra. El buque náufrago se mantenía entre mar y cielo. Con todo, a medida que nos aproximábamos, vi que se encontraba defendido contra el asalto de las olas por una barrera de rompientes, por encima de la cual flotaba como una espesa humareda de niebla. Al cabo de media hora estábamos a corta distancia de la isla, cuyo contorno costeamos hasta su extremo opuesto, donde el mar se encontraba más calmado.

5. — LA ISLA Y EL BUQUE NÁUFRAGO

La alegría de la tripulación se leía en sus rudos semblantes. En la rueda, Johnson sonreía a sus anchas, mientras Nares estudiaba el mapa de la isla. A proa, los marineros discutían, apuntando con sus gestos hacia los rompientes. Habíamos escapado de un gran peligro, y la vista de aquel pequeño terreno era un verdadero alivio. Curiosa coincidencia: apenas nos habíamos puesto al abrigo, el viento amainó sensiblemente.

En realidad, yo no hice sino cambiar de inquietud, convencido de que Trent se me había adelantado. Trepé al arbolaje y me puse a examinar minuciosamente el anillo de corales, así como la laguna azul que quedaba encerrada dentro. Los dos islotes se ofrecían a mi vista, bajos, cubiertos de matorrales, cruzados por anchos pasillos de arena y separados por un estrecho canal. En lo alto, una nube de aves marinas revoloteaba y graznaba, como un vértice de vida alada que volaba infatigable de un lado a otro, recordándome lo que había leído en otro tiempo sobre convulsiones de nebulosas.

A un lado, el *Nube Volante* yacía en su última morada, con todo el velamen bien plegado, salvo la mayor, hecha jirones bajo la enseña británica. Hacia ella iba despacio la *Norah Creina*, pequeño buitre que llegaba a sus costados para roerle los huesos. Pero no descubría rastro alguno de presencia o trabajo humanos: ni sombra de goleta hawaiana cargada de hombres armados, ni un simple penacho de humo a cuyo rescoldo las gentes de Trent hubieran asado unas aves marinas con que alimentarse. En resumen, parecía indudable que habíamos llegado los primeros, por lo cual exhalé un hondo suspiro de alivio.

Entre tanto, obedeciendo las órdenes del capitán, que para ver mejor había trepado al aparejo, hicimos nuestra entrada en el lago. Se evitaron todos los peligros, y a la primera campanada del cuarto de las cuatro echábamos el ancla a nueve metros de profundidad. Mientras se ponía un poco de orden en la nave, yo pataleaba de impaciencia, andaba de acá para allá, como quien tiene dolor de muelas. La relativa falta de movimiento en las aguas de la laguna me exasperó a más no poder, igual que la lentitud de los hombres, muertos de cansancio después de todos los esfuerzos que les había exigido la tempestad. Por fin, en compañía de Nares y dos marineros, pude descender a una lancha y bogar hacia el *Nube Volante*.

—Este pobre bergantín da pena —observó el capitán—. ¡Vamos! Un poco de aceite en los brazos, muchachos, y esta noche quedáis en libertad para correr una juerga en tierra.

Fue una excelente broma que nos hizo reír a carcajadas. Aunque de poco calado, el *Nube Volante* era tres veces mayor que nuestra *Norah Creina*, y cuando llegamos a su borda, nos impresionó con sus proporciones casi gigantescas.

Al pasar por debajo de la popa pudimos leer estas palabras en el casco:

NUBE VOLANTE

HULL

A estribor colgaban dos metros de escala de cuerda, por donde trepamos a bordo. La nave

era espaciosa, con la popa tres pies más elevada que la cubierta, y un castillo de proa relativamente pequeño, donde estaban el alojamiento de la tripulación y la cocina. Había una lancha encima de la camareta¹¹, y otras dos descansaban a los lados, sobre sendos codales¹². Pintada de blanco tanto por fuera como por dentro, se veía toda ella tapizada con una capa de guano¹³ depositado allí poco a poco por los innumerables pájaros que graznaban y remolineaban a través del aparejo.

La desbandada de las aves nos hizo retroceder cuando quisimos adentrarnos. No tenían un aspecto muy pacífico con sus ganchudos picos. Las había tan grandes como águilas. Medio sepultados en la inmundicia, barriletes de carne en conserva y latas para el agua sembraban de obstáculos la cubierta, como si los hombres de Trent los hubiesen dispuesto así para la travesía en ballenera hasta Honolulu, cuando vieron que la *Tempestad* llegaba en su socorro.

Con una especie de reticencia rayana en el asco, Nares y yo descendimos por la escalera de la cámara. Reinaba allí una absoluta oscuridad, pues los pájaros habían cegado los cristales superiores y un enjambre de moscas runruneaba sin cesar, apartándose a nuestro paso. ¿Cómo habían encontrado aquellos parásitos de la mesa del hombre el camino de la isla perdida? No cabía duda de que habían sido llevadas allí por alguna embarcación, y no precisamente la víspera, pues se habían multiplicado extraordinariamente.

Un revoltijo de ropas, libros e instrumentos náuticos cubría parte del suelo. Parecía el montón que se obtendría revolviendo de arriba abajo varios cofres de marinero después de una larga travesía.

Había ropa interior deteriorada, extraños pijamas, trajes enteros en todos los estados de uso, impermeables, pomos de perfume, camisas bordadas, libros, cigarros, pipas, cartuchos de tabaco, llaves, una pistola enmohecida, todo un surtido de curiosidades exóticas de pacotilla, tales como bronce de Benarés, búcaros y pinturas de China, cada pieza al parecer destinada a alguien «de casa», tal vez Hull, de donde era oriundo Trent, igual que el navío.

Luego nuestra atención se concentró sobre la mesa, aún a medio «quitar», como al final de una comida. Había un trozo de mermelada, posos de café en las tazas, inidentificables restos de comida, pan, tostadas, una lata abierta de leche condensada. El rojizo mantel estaba manchado en el sitio correspondiente al capitán: una ancha sombra de color marrón —café, sin duda— lo atravesaba. El extremo opuesto había sido levantado, y sobre la madera descansaban todavía un tintero y una pluma. Alrededor había taburetes en desorden, como si, una vez terminada la colación, cada cual se hubiera puesto a sus anchas para charlar. Uno de los taburetes aparecía roto.

—¡Vaya! —exclamó Nares—, estaba poniendo al día el libro de a bordo. Como siempre, el naufragio les sorprendió sin estar en regla. Todo muy inglés: ¡mermelada y tostadas para el «viejo»! ¡Ah, valientes marranos! Vea qué suciedad.

Estas críticas me entristecían y me torturaban. No las encontraba justas. Aquella cámara en desorden evocaba en mi espíritu, a pesar de mí mismo, la idea de una confusa tragedia. Quise regresar a cubierta.

11 Cámara de los buques pequeños.

12 Madero atravesado horizontalmente entre las dos jambas de un vano para evitar que se muevan o se desplomen.

13 Excremento de aves marinas.

—Sí —confirmó Nares—, experimenta una impresión de soledad que da escalofríos. Pero antes de sufrir, convendría encontrar el código de señales. Querría izar una que dijese «encontrado en abandono» o algo así. El capitán Trent puede echársenos encima de un momento a otro.

—¿No existe para estos casos alguna expresión establecida? —pregunté.

—¡A fe mía —contestó Nares meneando la cabeza—, no tengo idea de lo que emplearía un buen segundo contraamaestre y timonel! Eso supera mi ciencia. Pero, ¿qué me dice usted de P Q H, que significa: *«Comuniquen a mis armadores que el buque sigue bien»*?

—Me parece un poco prematuro —indiqué—, aunque quizá haga rabiar a Trent. P Q H me gusta.

Encontramos los banderines de señales perfectamente alineados en un pequeño armario. Nares separó los que necesitaba para la expresión de su fórmula y le seguí a cubierta. Caía la tarde.

—¿Quieres dejar eso, pedazo de imbécil? —gritó el capitán a un marinero que bebía agua de un depósito—. Está corrompida.

—Usted perdone, capitán —replicó el hombre—; pero está buena.

—Vamos a ver.

Nares tomó el cazo y se lo llevó a los labios.

—Pues es verdad... Al fin y al cabo, puede haberse corrompido y después regenerado. En otro tiempo vi algo semejante en un crucero de altura que solía doblar el cabo de Hornos.

Algo en su entonación me llevó a observarle más de cerca. Se mantenía sobre la punta de los pies y lanzaba miradas alrededor, como un hombre intrigado.

—No cree usted en lo que dice —insinué.

—Sí, sí, no hay nada imposible... Es otra cosa lo que me intriga.

Acto seguido, llamó a un hombre y le mandó izar en la cumbre del palo mayor la bandera americana, mientras los pabellones del código de señales irían escalonados en el palo de mesana.

Las barras de la bomba fueron colocadas y puestas en acción. Algunos golpes de palanca hicieron brotar sobre cubierta fétidos torrentes de líquido que trazaron oscuros regueros en la capa viscosa de guano. Inclinado sobre la batayola, Nares examinaba con atención la salida del agua bombeada.

—¿Qué diablos está usted buscando? —interrogué. —Le diré... Pero eso no es todo. ¿Ve usted aquellos botes? Hay tres, uno sobre la camareta y dos sobre los codales. Bien. Entonces, ¿dónde está el que Trent botó al agua cuando los dos marineros se ahogaron? —Debió de subirlo otra vez a bordo, supongo. —De acuerdo, si me dice usted por qué. —Podía haber un cuarto bote.

—En efecto —dijo Nares—. Quizá estuviera colocado sobre la galeota de la escotilla. Pero no le veo ninguna utilidad, a menos que estuviera destinado a los paseos del capitán, para tocar el acordeón a la luz de la luna.

El agua continuaba ascendiendo por la manga, y pensé que de aquel modo podíamos seguir

bombeando hasta la consumación de los siglos.

—Estamos extrayendo el agua de la laguna. ¿No dijo el capitán Trent que la nave hacía agua por la proa?

—¡Ah! ¿Eso dijo? —musitó Nares con gran frialdad; pero en aquel preciso instante una especie de burbujeo que ascendió por la manga nos anunció que el contenido de la cala se estaba agotando—. ¿Qué le parece eso, señor Dodd?

Había pronunciado estas últimas palabras en voz baja y sin abandonar la batayola. Añadió:

—Este bergantín está tan encallado como nuestra *Norah Creina*. Ya me lo figuré antes de poner los pies encima.

—Entonces, ¿qué caso hay que hacer a Trent y su historia?

—Ni mucho ni poco. No sé si se trata de un embustero o de un zorro viejo. Sólo le diré una cosa, y es que he naufragado varias veces y por tanto hablo con conocimiento de causa: cuando esta nave varó en la costa, cuando aún no se había hundido en la arena, habrían bastado siete u ocho horas de trabajo para sacarla de aquí. Cualquier novato se lo confirmará. ¡Eso es!

Me limité a soltar una exclamación de sorpresa. Nares prosiguió:

—¿Por qué no desencalló Trent su barco? ¿Por qué prefirió comprarlo de nuevo a un precio fabuloso en la subasta de San Francisco, cuando le era perfectamente factible llevar el bergantín a puerto por sus propios medios?

—Quizá no se enteró de su gran valor hasta después de haberlo abandonado —insinué.

—¡Ah, ya me gustaría conocer ese gran valor! —murmuró el capitán—. Pero no quiero desanimarle. He sudado la gota gorda para llegar hasta aquí, y ahora que hemos llegado cumpliré con mi deber lo mejor posible. Esté usted tranquilo: no tendrá queja de mí.

Su acento amistoso inspiraba confianza. Llevado de un impulso de cordialidad, le estreché la mano. E igualmente cordial, concluyó:

—Todo marchará bien, hombre. Somos un par de buenos amigos y no dejaré de jugarle el pellejo, si es necesario. Vamos a cenar...

Después de cenar, llevados por esa curiosidad indolente propia de las gentes de mar, descendimos una vez más al gran islote, a la luz de un espléndido claro de luna. Una playa de arena lo rodeaba por todas partes. En el centro había un macizo de matorrales donde hacían sus nidos las aves marinas. Después de un intento de cruzar aquel macizo, en el curso del cual se tambalearon los nidos y crujieron los huevos aplastados bajo nuestros pies, mientras innumerables alas nos golpeaban el rostro y ganchudos picos nos amenazaban los ojos, bordeamos el contorno del islote por la playa, renunciando a cruzarlo.

Los marineros se dedicaron a coger huevos y dejaron de seguirnos. Continuamos Nares y yo recorriendo la ribera sembrada de pequeños restos de naufragio, hasta llegar al extremo opuesto al sitio donde habíamos desembarcado. A unos ochocientos metros veíamos balancearse la goleta sujeta por sus anclas. Un gran revuelo de pájaros indicaba, a cuatrocientos metros de la playa, el lugar donde los marineros recogían los huevos, aunque la maleza nos impedía distinguirlos. De pronto sobre una lengua de arena que se adentraba en la espesura, divisamos una ballenera varada en seco que descansaba sobre la quilla.

—¿Qué es esto? —exclamó Nares, agachándose a la sombra de los arbustos.

—¡Trent! —sugerí, con el corazón alborotado.

—Somos unos incautos al bajar a tierra sin armas. Pero hay que saber a qué atenerse.

Su voz, lo mismo que la súbita palidez de su rostro, traducía una fuerte emoción. Cogió su pito de mando, y con él entre los dientes se dirigió a la embarcación, oteando los alrededores. Pero ni una hoja se movió. Al examinarla de cerca, la ballenera nos reveló que su abandono se remontaba ya a largo tiempo atrás. Era una lancha de seis metros, de tipo ordinario, provista de remos y cuñas. Dos o tres barriletes se remojaban en el agua que llenaba el fondo. Uno de ellos, que debió de haber recibido un golpe de taladro, esparcía una fetidez espantosa. Todos llevaban la misma etiqueta de fabricación neozelandesa que los barriles de vaca estofada encontrados sobre la cubierta del barco náufrago.

—Es lo que buscábamos —dije a Nares—. Uno de sus problemas resuelto.

—¡Hum! —gruñó.

Probó el agua estancada en el fondo de la ballenera.

—¡Dulce! —dictaminó—. Es agua de lluvia.

—¿Entonces?

—El misterio se oscurece. Una cuarta embarcación era completamente inútil al *Nube Volante*, y esta clase de ballenera le sienta igual que un par de pendientes a un cerdo. Es de las que suelen utilizar los traficantes costeros para ir a tierra cuando fondean en las islas.

Conforme hablaba, jugaba sin querer con el cabo de cuerda que colgaba a proa de la ballenera. Bruscamente, se detuvo, examinando el extremo de la cuerda.

—¡Ah! —exclamó—; este cabo ha sido cortado de un hachazo. Un marinero jamás se olvida de hacer un nudo al extremo de una cuerda. Conviene que nuestros hombres no vean esto. Por prudencia, voy a arreglarlo.

—Pero, ¿qué significa todo esto? —Significa, señor Dodd, que ese Trent es un farsante. Empiezo a creer que la aventura del *Nube Volante* fue mucho más movida de lo que parece indicar el cuento de ese capitán.

6. — LA CÁMARA DEL «NUBE VOLANTE»

A la mañana siguiente, cuando aún no había salido el sol, volvíamos a encontrarnos sobre la cubierta del buque náufrago, Nares y yo, Johnson y los marineros. Llevábamos con nosotros una docena de hachas nuevas para quebrantar la maciza estructura del navío y abandonarnos apasionadamente a ese instinto de destrucción y a ese gusto por la caza que tan arraigados están en el corazón del hombre. Demoler, como cosa de juego, ¡qué hermoso placer! Y no era, por cierto, un juguete lo que íbamos a desmontar, sino un bajel de alto bordo; no íbamos en busca de una bagatela, sino de un verdadero tesoro.

Después de baldear la cubierta, levantamos la gran escotilla. La bodega estaba llena de arroz embalado en banastas o sacos al modo chino. Johnson y los hombres empezaron por sacar la carga, mientras Nares y yo, tras extender una vela encima de la cubierta, registrábamos los camarotes. Impacientes por acabar, poníamos en nuestra tarea un desordenado ardor. Hoy aquella primera jornada de trabajo se me representa como una pesadilla de fatiga, de calor, de prisa, y como un indescriptible ajetreo. El sudor nos corría a chorros por la cara. Era una continua fuga de ratones, mientras un hedor sofocante subía de la bodega, donde el agua se había corrompido: el ensordecedor ruido de las hachas que golpeaban con estrépito, y el crujido de la madera al romperse...

Por lo pronto, nos pusimos a desembarazar las cabinas y a formar junto al timón un repugnante montón de trajes, calzado, objetos personales, vajilla, alimentos podridos, latas de carne en conserva; en una palabra, todos los estorbos transportables de la cámara. Luego le tocó el turno a los aposentos del capitán, situados a estribor. Los cobertores nos sirvieron como canastas para llevar libros, instrumentos y el guardarropa entero.

A gatas en el suelo, Nares curioseaba debajo de la cama, viendo recompensado su esfuerzo con numerosas cajas de cigarros de Manila. Abrí alguna de estas cajas y corté la punta de varios cigarros, pero en vano. ¡Ni el menor rastro de opio!

—Bien, ¿qué me dice usted de esto? —dijo de repente el capitán, mostrándome una fuerte caja de hierro amarrada al tabique por medio de una cadena con un candado—. ¡Caramba! Sí que es raro.

No articuló estas palabras con acento de triunfo, como el que henchía mi pecho, sino con positiva sorpresa. Cuatro hachazos le bastaron para hacer saltar el candado y abrir la caja. ¿Esperaba yo ver brillar diamantes por valor de un millón? Lo cierto es que sentía cómo ardían mis mejillas y cómo mi corazón latía a toda velocidad. Pero no vimos, de momento, más que un legajo de papeles bien clasificados y un talonario de cheques.

Me disponía a revolverlo todo cuando Nares me detuvo la mano y procedió metódicamente al examen de los papeles, que en seguida volvió a poner en orden. Luego levantó el compartimento superior, y en el fondo descubrió una caja de cigarros atada con un cordel y cuatro envoltorios de lienzo. La caja contenía libras esterlinas en oro. En cuanto a los talegos de tela, estaban llenos de monedas de plata. Nares empezó a contarlas y comentó:

—Es la caja de a bordo.

—¡La caja de a bordo! —repetí—. ¿El dinero que tenía Trent para sus transacciones? ¿Y está aquí el libro de cheques que le permitía girar sobre sus armadores? ¿Y ha dejado todo esto, tan necesario para él?

—Por lo visto —dijo lacónicamente Nares.

Bien contado todo, había allí trescientas libras esterlinas, diecinueve de ellas en plata. Volvimos a colocar el total en el fondo del cofre.

—Señor Dodd —indicó Nares—, usted no ve claro. El dinero le atrae, pero a mí me atraen los papeles. ¿Sabe usted que a bordo de una nave el capitán tiene la responsabilidad del dinero líquido, paga anticipos a los hombres, ingresa el precio del transporte de las mercancías y el de los pasajeros, y puede emitir papel en los puertos donde toca? Es el apoderado de sus patronos. Así pues, le aseguro, un capitán olvidaría antes su chaqueta que estas cosas, que dan fe de su actuación. He sabido de hombres que se ahogaron por salvar sus papeles, testimonios de honor. ¡Y resulta que ese Trent, cuando nada le apresuraba, pues no tenía otro trabajo que transbordarlo todo al buque inglés, se deja sus papeles en el barco que abandona! A pesar de que el hecho salta a la vista, no puedo menos de declararlo imposible.

Nuestro almuerzo sobre cubierta no fue sino un largo silencio. Cada uno de nosotros se esforzaba por aclarar el enigma y descubrir su solución. En cuanto a mí, no consideraba nada exterior. Mi cerebro era como una pizarra sobre la cual iba garrapateando sucesivas hipótesis para compararlas en seguida con los elementos deductivos de que disponía. En esta fuerte tensión de espíritu, la escena de la taberna de *Tom el Negro* volvió a mi mente, y de pronto me acordé del canaca.

—Hay un detalle —observé— que quisiera poner en claro: la personalidad de aquel canaca que acompañaba al capitán Trent y a quien los periódicos pretendían hacer pasar por chino. He de encontrar su cofre y ver lo que hay dentro.

—Muy bien, señor Dodd —aprobo Nares—. Eso me permitirá reposar un rato más. Todavía estoy rendido.

Corrí a la cocina, donde penetré sin dificultad, pues nuestros hombres habían expulsado a los pájaros. Estaba todavía más sucia que el resto del barco. Al instante, en el rincón más apartado, distinguí un cofre bastante bueno de madera de alcanfor, del tipo que tanto gusta a marineros y chinos. Lo aparté y lo forcé con ayuda de un hacha.

Metí las dos manos dentro, igual que hacen los aduaneros. Por un momento registré entre la tela y la madera, luego sentí el crujido de la seda y extraje varias fajas del tal tejido, cubiertas de caracteres ilegibles, que reconocí al instante como una especie de adorno o amuleto que a menudo se ve suspendido en las camas de los chinos de clase baja. El asunto estaba claro: el cocinero del *Nube Volante* había sido un chino, tanto más cierto cuanto que encontré, por añadidura, trajes a la moda china, una discordante guitarra de tres cuerdas de idéntica procedencia, un pañuelo de seda lleno de raíces de hierbas, sin duda medicinales, y todos los utensilios propios de un fumador de opio, con una buena provisión de la droga.

Vistas las circunstancias, ¿quién era Jos Amalou? Quizá hubiera robado aquel cofre antes de embarcar con nombre falso en el bergantín, circunstancia posible, como cualquier otra en semejante embrollo. Pero, en definitiva, esta hipótesis no aclaraba nada. Al contrario: las cosas se ensombrecían más. ¿Por qué había dejado aquel cofre en su lugar, cuando todos los demás se encontraban revueltos, descompuestos, vacíos o, por lo menos, tirados en mitad de los pasillos? ¿De dónde había sacado Jos Amalou un segundo cofre, aquel con el cual había partido para Honolulu?...

—Bueno, ¿cómo le ha ido *a usted*?, —preguntó el capitán, a quien encontré inclinado sobre el montón de trastos traído de las cabinas.

Su acento, su expresión animada, la manera como había acentuado el *usted*, me indicaron que no había sido yo el único en hacer descubrimientos. Anuncié el mío. No pareció conmoverse mucho, y me contestó:

—¡Ah! ¿De veras? Ahora eche usted un vistazo por aquí y declárese derrotado.

De un fuerte manotazo abrió ante mis ojos, sobre cubierta, dos diarios que sólo distinguí vagamente, dada mi preocupación por Amalou. Nares insistió:

—Mire bien, señor Dodd. ¿No ve usted el título: *Sydney Morning Herald* ¡Y la fecha: 26 de noviembre! Es decir, trece días después de la aparición de estos números en Nueva Gales del Sur, este mismo navío, que está bajo nuestros pies, levaba anclas para zarpar de China. ¿Cómo demonios pudo el *Sydney Morning Herald* llegar a Hong—Kong en trece días? Trent no hizo escala ni comunicó con ningún barco hasta el momento de dejar este lugar. No pudo, por tanto, comprar estos diarios sino en Hong—Kong o aquí: ahora, escoja usted, hijo mío.

Se dejó caer sobre el montón de ropa, como un hombre hartado de la vida y sus complicaciones.

—¿Dónde los ha encontrado? —inquirí—. ¿En esta cartera negra?

—Sí, pero no encontrará nada más que un lápiz con mina de plomo y un cuchillo muy raro que no sé para qué sirve.

Examiné el contenido de la cartera: mi curiosidad quedó recompensada.

—A cada cual lo suyo, capitán —le dije—. Usted es marino, y en lo que se refiere al mar me ha explicado un sin fin de cosas que habrían sido letra muerta para mí. Pero yo soy pintor, y escuche ahora algo que resulta más extraño que todo lo demás: este cuchillo es una espátula. El lápiz es un Windsor & Newton BBB. ¡Una espátula y un lápiz BBB a bordo de este bergantín errante! ¡Vaya! Y el lápiz ha sido afilado por un artista, no para escribir, sino para dibujar. Nadie escribiría con esta punta de alfiler. ¿Cómo ha llegado aquí ese artista desde Sidney?

Tras de una pausa, continué:

—Capitán, hay no sé qué de diabólico bajo esta historia del bergantín. Con su gran experiencia de hombre de mar, ¿qué imagina usted? ¿Fraude? ¿Piratería? ¿Cuales pueden ser los móviles y las explicaciones de semejante asunto?

—Señor Dodd —respondió Nares—, con razón habla usted de mi experiencia, y efectivamente conozco un buen número de procedimientos que permiten a un capitán desaprensivo estafar más o menos a sus armadores. Hay muchos, aunque no tantos como se imagina, y a la postre ninguno de ellos concuerda con lo que podemos saber o sospechar de los hechos y hazañas de Trent. Todo esto no tiene el menor sentido, ni pies ni cabeza. Es una especie de pesadilla estúpida. Nada más patente que la vida y la marcha de un barco; nada puede ser menos disimulado. Un buque es un capital, es una propiedad. Los puertos están llenos de funcionarios dispuestos a meter en la cárcel al capitán que no ande derecho, que no sea tan limpio como un dólar nuevo. El Lloyd, la Oficina Veritas, etcétera, vigilan todos los rincones del océano. Y están las agencias de aduanas. Imagínese usted a

un hombre de tierra adentro con cien detectives pisándole los talones.

—Pero, ¿y navegando?

—No me haga usted reír. No se puede permanecer por tiempo indefinido en el mar. Siempre se acaba por tocar en algún puerto. No, todo este asunto es absurdo. Si tiene alguna significación, no hay en el mundo un Edipo capaz de dar con la clave del enigma. Trabajemos. Acaso las hachas y los taladros sean más penetrantes que nosotros.

Reanudamos nuestras pesquisas. Pero, por aquel día, habían terminado los hallazgos. Regresamos a la goleta con lo más selecto de nuestro botín: libros, instrumentos, papeles, sedas, curiosidades. Finalizada la cena, mientras Johnson jugaba una gran partida de póquer entre su mano derecha y su mano izquierda, Nares y yo nos pusimos a examinar nuestros descubrimientos uno por uno.

En primer lugar, los libros: novelas de Miss Braddon, historias policíacas, un tomo de teatro de Shakespeare. El resto lo constituían libros de navegación; pero, con extrema sorpresa, no vimos entre ellos la *Guía del Navegante del Pacífico—Norte*, de Hoyt, cuyas indicaciones erróneas, según declaración del capitán Trent, le habían llevado a la isla.

—¡Éste es otro motivo de meditación! —exclamé—. ¡Es para volverse loco!

—Pero yo tengo esa guía —dijo el capitán—. Veamos qué dice al respecto.

Fue a buscar el libro a la cabecera de su cama. La guía indicaba con claridad que la *Pacific Mail Company* estaba instalando un depósito de carbón en la isla, y que poseía ya en ella una agencia.

—Cabe preguntarse —murmuró el capitán— dónde se informa esa gente. Esto es más falso que las promesas de una campaña electoral.

—En fin —dije—, éste es su Hoyt. Me gustaría saber qué ha pasado con el de Trent.

—Se lo llevó consigo —dedujo Nares con sorna—. Olvida su caja, sus libros y sus cheques, pero no su Hoyt, cuando ya no tiene otro trabajo que viajar como pasajero en el *Tempestad*,... ¡Claro! Algo debía llevarse para no despertar sospechas a bordo del buque salvador.

Recogí otra guía, editada mucho más recientemente por el almirantazgo inglés. Este libro, en muy mal estado, que parecía ser hojeado con frecuencia, daba sobre la isla indicaciones veraces.

—Advierta usted —dije mostrando el párrafo a Nares—, que todos los Hoyt del mundo no habrían podido equivocar a Trent, porque tenía al alcance de la mano estos informes recientes, provenientes de una publicación oficial cuyo texto conocía sin duda.

—¡Rayos, pues es verdad! —gritó Nares—. Ya puede uno forjar historias con todo cuidado; siempre hay un detalle que se escapa. Ahí se coge uno los dedos.

A continuación, intentamos conocer mejor el carácter de Trent, mediante un atento escrutinio de sus papeles.

Tales búsquedas no dieron fruto. Tuvimos que reconocer al poco rato que el patrón del *Nube Volante* era un hombre ordenado. Todos sus papeles importantes estaban etiquetados, cuidadosamente dispuestos dentro de sobres. Su gusto por la sociedad y el hecho de reunirse con amigos se hacía palpable en más de una ocasión; pero, por otra

parte, se revelaba muy sobrio y alejado de excesos. Además de la correspondencia mercantil, sólo encontramos una carta de carácter íntimo, firmada por Hannah Trent, que contenía una urgente petición de dinero en un momento de apuro pecuniario. Este documento, sin fecha ni lugar de origen, no había sido clasificado, y no sé qué voz secreta me dijo que había quedado sin respuesta.

En resumen, encontramos pocas cartas en todo el navío. Pero, como compensación, las fotografías eran muy numerosas, y reproducían figuras de mujeres jóvenes, hermosas y honestas, señoras ancianas, niños, todo lo cual no significaba nada para nosotros. Sin embargo, quedó probado cómo nunca hay que desfallecer en una investigación, y cómo cada detalle debe ser estudiado a fondo, pues un examen de esta clase nos condujo al más trascendental de nuestros descubrimientos.

—Estos mamarrachos no tienen caras muy simpáticas, señor Dodd —opinó el capitán, entregándome una fotografía que acaba de contemplar con atención.

—¿Quiénes? —indagué bostezando, pues la jornada había sido laboriosa y estaba tan cansado que ya me tentaba el rumbo de la cama.

—Pues Trent y compañía —concretó—. Vea qué cuadro histórico. Nos presenta a toda la banda.

Esta noticia no excitó mucho mi curiosidad. Había visto al capitán Trent en carne y hueso, y no me acuciaba el deseo de verlo otra vez. Con desgana puse la fotografía más cerca de la luz. Representaba la cubierta del bergantín, vista desde popa. Todos sus tripulantes formaban un grupo alrededor de los oficiales, de pie sobre la toldilla. Abajo, una leyenda indicaba: *El bergantín «Nube Volante» en Rangón*, y al lado había una fecha. Encima de cada cabeza aparecía el nombre del personaje a quien correspondía, escrito con sumo cuidado.

Luego, mientras continuaba mirando maquinalmente la fotografía, me dio un vuelco el corazón. El velo del cansancio y del sueño se descorrió de súbito ante mis ojos, según se disipa la niebla. ¡Tenía en la mano la fotografía de una cuadrilla de desconocidos! El nombre de J. Trent, arriba y en el centro de la foto, se refería a un señor bajito, muy delgado, de cejas fruncidas, barba cana, chaqueta y pantalón blancos, una flor en el ojal, el mentón erguido con gesto de superioridad y las mandíbulas apretadas y resueltas. Tenía algo de marino y mucho de golondrina, y era tan seco y tan amanerado que se confundiría con el predicador de alguna rígida secta puritana. ¡Pero ni por asomo era el capitán Trent, de San Francisco!

Todos los marineros resultaban nuevos para mí. Incontestablemente chino, el cocinero quedaba algo aparte, sobre los peldaños de la toldilla. Pero la imagen que por encima de todas atrajo mi curiosidad fue la designada bajo la leyenda *E. Goddedaal, segundo*. Este hombre, a quien aún no había visto, se me antojaba la clave de todo el misterio, y examiné sus rasgos con toda la minuciosidad de un detective en funciones. Era de alta estatura, al parecer, rubio, casi albino, como los descendientes de los vikingos. Sus cabellos despeinados, rizados, se agolpaban en bucles alrededor de la cabeza, y dos enormes patillas brotaban de sus mejillas, como los colmillos de un singular animal. Estos atributos viriles y la actitud casi de reto que afectaba concordaban mucho con su expresión. El conjunto componía un personaje violento e intrépido, con algo de afeminamiento. Este hombre sería terrible al montar en cólera, y acaso también sentimental y de llanto fácil.

Por un instante medité sobre mi descubrimiento, preguntándome cómo exponerlo para lograr el máximo efecto dramático en el capitán. Entonces me acordé de mi álbum de apuntes. Corrí a buscarlo y tendiendo a Nares las dos imágenes tan dispares de aquellos dos grupos de una «misma» tripulación, le dije:

—Nares, usted sabe en qué condiciones había visto por primera vez al capitán Trent, en el bar de *Tom el Negro*—, de San Francisco, y cómo le acompañaba un canaca portador de un canario enjaulado; usted sabe qué terror mortal leí en su cara durante la subasta. También sabe usted que me pareció tan sorprendido como cualquier otro espectador de aquella subasta ante los formidables precios que no dejaban de subir. Bien: he aquí al hombre que vi entonces, con sus subordinados.

Le presenté junto a mi dibujo la foto del presunto Trent, y añadí:

—Encuéntreme una de estas caras en la fotografía y le quedará muy reconocido.

Nares comparó las dos imágenes en silencio, y acabó por manifestar:

—Amigo, esto me alivia un poco. El horizonte se aclara, aunque vagamente. Hubiéramos debido prever algo así, a juzgar por esta cantidad de cofres... No quiero hacer ninguna hipótesis precisa, pero aquí hay algo muy embrollado.

—Huele a piratería, ¿no?

—Creo que no somos usted ni yo lo bastante fuertes para ponerle nombre a eso.

7. — LA CARGA DEL «NUBE VOLANTE»

Para percatarse del trabajo que faltaba por hacer, importa considerar que el castillo de proa estaba todo obstruido por un heterogéneo montón de desperdicios —trajes, instrumentos, libros, latas de conserva, etcétera—, la bodega casi llena de arroz, y el entrepuente atestado de té y sedas. Por lo pronto, se imponía sacar todo esto del buque. Pero ello sólo implicaba parte de nuestra tarea. Todos los departamentos, los tabiques de los camarotes, las cuadernas del casco podían disimular el escondrijo del tesoro. Así pues, era indispensable demoler la mayor parte del casco, así como una buena porción de la tablazón interna y del acabado; había que sondear el resto igual que un médico ausculta el pecho de un enfermo. En cuanto una pieza del costillaje devolvía un sonido sospechoso, las hachas entraban en ella una y otra vez, hasta cerciorarnos.

Era un trabajo brutal, extenuante e insufrible, por cierto. Día tras día abríamos un camino más profundo en el esqueleto del *Nube Volante*, pero la noche nos encontraba siempre lejos del fruto de nuestros devastadores esfuerzos. Estas repetidas decepciones no debilitaban mi coraje, pero ya sentía flaquear mi confianza.

En cuanto a Nares, cada día estaba más sombrío y taciturno. Por las noches, después de la cena, pasábamos juntos una hora en la cámara. Apenas cruzábamos palabra de vez en cuando con el gesto avinagrado.

Al principio me había sorprendido la celeridad de nuestros hombres. Aunque atentos a la menor indicación del capitán, demostraban no quererle mucho; pero les inspiraba verdadera admiración. Una palabra suya pronunciada sin excesiva rudeza valía más a sus ojos que un halago o una propina por cuenta mía. Llegué a creer que sus teorías sobre el mando, aunque llevadas al exceso, no estaban desprovistas de base. Pero la tripulación se cansó de tarea tan ingrata, sin resultados apreciables, y empezaron a gruñir por lo bajo. Nos sentíamos rodeados de mala voluntad.

A pesar de nuestra discreción, aquellos hombres estaban perfectamente enterados del objeto de nuestras pesquisas, sin duda a causa del modo harto original como hacíamos el trabajo. Se les oía discutir la conducta del capitán Trent y emitir hipótesis sobre el lugar de los escondrijos que contenían el opio. Huelga añadir que yo prestaba oídos a tales comentarios, y su carácter casi levantisco hizo germinar una idea en mi cabeza. Se la expuse a Nares:

—¿Cree usted que la promesa de una recompensa les estimularía un poco?

—Si usted estima —contestó— que el trabajo obtenido vale ya el salario que les paga, es cuestión suya. Usted es el sobrecargo, al fin y al cabo.

Para quien conociera a Nares, esta repuesta equivalía a una adhesión total a mi sugerencia. Los marineros fueron llamados a popa. Jamás había ostentado el capitán una expresión tan amenazadora, y así la tripulación quedó desde luego convencida de que cualquier engaño descubierto comportaría un severo castigo. El capitán se paseaba de arriba abajo de la toldilla. Por encima del hombro aulló:

—Escuchad, vosotros: el señor Dodd ofrece una recompensa al primero que eche mano al escondite del opio. Hay dos modos de hacer andar a los borricos: los puntapiés y las zanahorias. El señor Dodd quiere ensayar las zanahorias, y está, por supuesto, en libertad

de...

Se detuvo, y con las manos a la espalda se plantó frente a sus hombres para añadir:

—¡Pero os prevengo que si el opio no se encuentra dentro de cinco días, podréis venir a verme para recibir las patadas, muchachos! Tiene usted la palabra, señor Dodd.

—Amigos míos —dije—, he aquí lo que propongo: ofrezco una prima de ciento cincuenta dólares para el autor del hallazgo. El que nos ponga sobre la pista cobrará ciento veinticinco dólares, siendo los veinticinco restantes para el que saque la droga con sus propias manos.

—¡Hagámoslo mejor! —gritó el capitán—. ¡Elevo el premio hasta doscientos cincuenta dólares!

—¡Bravo, capitán! —contesté—. ¡Así me gusta!

—Se da de corazón —afirmó.

La oferta no fue hecha en vano. Comentándola a grandes voces, la tripulación se entregó positivamente al trabajo. Fue entonces cuando el cocinero chino se adelantó hasta nosotros, multiplicando sus zalemas.

—Capitán —expuso— yo selvil dos años el baleo amelicano y seis años camalelo paquebote; yo sabel mucho.

—¡Ah! —exclamó Nares—. ¿Con qué tú sabes mucho? ¿Cómo no lo has sabido antes?

—Yo pensal tenel lecompensa —respondió el subdito del Celeste Imperio, con una sonrisa llena de dignidad.

—Sí, hablas cuando hay dinero de por medio. De acuerdo. Si dices la verdad, tendrás la prima.

—Yo pensal mucho. Muchos sacos de aloz en bodega. Demasiados. Entonces mucho opio en sacos de aloz.

—¿Qué opina usted, señor Dodd? —preguntó el capitán—. Puede estar en lo cierto tanto como en un error. No me extrañaría que tuviera razón, porque, si se equivoca, ¿dónde diablos se esconde el opio? Sólo que, si nos decidimos a buscar ahí la droga, son ciento cincuenta toneladas de buen arroz las que estropeamos.

—No hay lugar a dudas —indiqué—. El arroz es una bagatela que no influirá para nada en el éxito o en el fracaso de la expedición.

—Eso es lo que esperaba.

Y Nares dio las órdenes para registrar los sacos de arroz. La bodega ya estaba casi vacía. Los sacos se hallaban sobre la cubierta y sobre el castillete de proa, obstruyéndolo casi todo. Teníamos como unos seis mil por destripar. Todos se pusieron a la faena.

Cada uno de nosotros, armado con un cuchillo, destripaba el saco más próximo, metía las manos en el arroz, lo removía por todos los lados, y al no notar nada anormal, echaba el grano sobre cubierta, donde se iba amontonando, esparciéndose o deslizándose luego por los imbornales¹⁴, si no se lo llevaba el viento. Alrededor del buque náufrago, así

14 Agujero para dar salida a las aguas que se depositan en las respectivas cubiertas, y muy especialmente a la que embarca el buque en los golpes de mar.

transformado en granero desbordante, las aves marinas revoloteaban en apretado torbellino como una nube de saltamontes. Aturdidas a la vista de tanto alimento, nos ensordecían con sus agudos graznidos, se lanzaban contra nosotros con inaudito descaro, nos golpeaban el rostro, nos quitaban el grano de las manos.

Con los dedos sangrantes a causa de los picotazos, los marineros se exasperaron ante tan insolente y doloroso asalto. Sus cuchilladas perseguían a diestro y siniestro al enjambre volador, volviendo luego al arroz, sin cuidarse de las pobres bestias enloquecidas que venían a debatirse y a morir a sus pies. ¡Cuadro singular el que ofrecían aquellos pájaros planeando y saltando sobre cubierta, mientras los cuerpos de los muertos y heridos teñían el grano con su sangre, los imbornales vomitaban arroz, los hombres se encarnizaban en la frenética busca, matando y vociferando bajo el alto aparejo desvencijado, y por encima de todo aquello, el cielo resplandeciente del Pacífico!...

Eran cerca de las diez de la mañana cuando Nares, que acababa de destripar un nuevo saco, hizo caer a sus pies, en medio del arroz, una caja de hojalata envuelta en un papel cubierto de caracteres chinos. Los marineros prorrumpieron en un enorme grito de contrariedad. Pero, un segundo después, aclamaban el éxito del capitán, se echaban sobre el saco abierto y sacaban de él otras cajas similares, seis en total.

—Mis felicitaciones, señor Dodd —dijo Nares, estrechándome la mano—. Empezaba a temer que este día no llegaría nunca.

El tono en que pronunció estas palabras me emocionó a fondo, y con lágrimas en los ojos recibí las congratulaciones y apretones de mano de los hombres, pues me parecían sinceros. El capitán especificaba:

—Son cajas de cinco *taels*¹⁵, o sea, más de dos libras. Cada saco contiene, pues, opio por valor de doscientos cincuenta dólares. ¡Vamos, muchachos, zurrad sin descanso! Antes de anoecer habremos hecho del señor Dodd un millonario.

Excitados por la proximidad del tesoro, aquellos hombres que no tenían nada que esperar para sí, se dedicaron de nuevo a la tarea con redoblado esfuerzo, con verdadera furia. El arroz nos subía hasta las rodillas, el sudor se nos metía en los ojos y nos cegaba, los brazos nos dolían terriblemente, pero nada abatía nuestra excitación. Llegada la hora del almuerzo, estábamos demasiado rendidos para comer y hasta para charlar, y además, apenas terminada la colación, nos pusimos otra vez de pie, revolviendo el grano. Antes de anoecer todo había terminado, y nos encontramos frente a un resultado desalentador.

En efecto, de todas las cosas inexplicables que tejían la historia del *Nube Volante*, la más inexplicable era ésta. Sólo veinte sacos contenían opio. Cada uno encerraba igual cantidad de droga que el primero. Había, pues, un total de doscientas cuarenta libras, las cuales, al precio de contrabando en Honolulu, valían en conjunto como cosa de cinco mil dólares. ¡Y Jim y yo la habíamos pagado al precio de cincuenta mil! ¡Y Bellairs rabiaba por no haber podido pujar todavía más en la subasta!... ¿Cómo explicar mi estupor?

En consecuencia, tenía que haber otro escondrijo. Jamás fue registrado un barco de modo más concienzudo por los más finos agentes del fisco. Ni una sola probabilidad se dejó escapar. Ni un palmo de la osamenta del bergantín quedó sin sondear, percutir ni auscultar. Interesados por las promesas de nuevas primas, los hombres ponían en juego todas sus facultades adivinatorias. Cada noche, sentados frente a frente en la cámara, Nares y yo

¹⁵ Moneda china que se usaba en Filipinas.

estudiábamos todas las posibilidades, y nos torturábamos el cerebro imaginando todas las estratagemas de contrabandista imaginables.

En resumen: un negocio lamentable. Habíamos invertido más de cincuenta mil dólares en él, sin hablar del alquiler de la goleta, los salarios ni los intereses del dinero tomado a préstamo. Si todo iba bien, recuperaríamos un quince por ciento de nuestro desembolso. No sólo éramos bancarrotistas, sino la irrisión de la bancarrota. Buena presa para los rapaces.

Creo que aguanté con dignidad el golpe. Durante nuestras largas búsquedas había tenido tiempo de conformarme con el probable fracaso eventual, pero el recuerdo de Jim y Mamie me causaba un verdadero dolor físico. Así pues, la conversación y la compañía ajena me eran casi insufribles cuando, cierto día, desvanecida toda esperanza, vino el capitán a proponerme que descendiéramos a tierra. Acepté de buena gana la proposición.

Andábamos en silencio a lo largo de la playa. Sobre nuestras cabezas caía el sol a plomo. La blancura deslumbradora de la arena y la reverberación de la laguna nos lastimaban los ojos, mientras los agrios graznidos de los pájaros, mezclados con el estrépito de las rompientes, componían una extraña sinfonía que no nos sonaba bien.

—Inútil indicarle que el negocio está terminado —dijo Nares.

—Inútil.

—Proyectaba hacerme a la mar mañana —prosiguió.

—Será mejor.

—¿Vamos a Honolulu?

—De acuerdo: Honolulu. Atengámonos a nuestro programa.

Hubo una pausa. Después de carraspear un poco, Nares me abrió su alma:

—Señor Dodd, hemos sido buenos amigos. Acaba usted de pasar por una dura prueba. Ha sido necesario trabajar de veras, se nos ha secundado mal y estamos ahora neciamente vencidos. Sin embargo, no ha habido querellas entre nosotros. No lo digo por alabarme. No he hecho sino cumplir con mi deber, ejecutar aquello para lo cual me habían pagado, limitándome a mi obligación estricta. Para usted no reza esto. Permítame que se lo diga: se ha portado como un hombre. Por eso le estiman y le admiran todos; en cuanto a mí, había puesto en ello mi entusiasmo, y se me hace un nudo en la garganta cuando considero que hemos fracasado.

Iba a darle las gracias, pero me lo impidió:

—No le he traído a tierra para cantarle cuatro alabanzas mías. Los dos nos entendemos. Nos tenemos mutua confianza, y he aquí todo. Quiero hablarle de otra cosa: ¿qué vamos a hacer con estos restos y su misterioso folletín por entregas?

—La verdad es que no lo he pensado —dije—. Pero quiero saber hasta la última palabra, y si el falso Trent se ha volatilizado, le echaré la zarpa encima.

—¡Oh! No cabe duda de que tarde o temprano lo conseguirá usted. Pero, ¿está completamente decidido?

—Hay algo a lo que estoy firmemente decidido —declaré—, y es a no entregarnos Jim y

yo a la curiosidad pública. Preferiría mantener en secreto esta estúpida historia de contrabando y la sagaz operación mercantil que consiste en comprar por cincuenta mil dólares lo que no vale quince mil siquiera.

—Me alegro —repuso el capitán— de que se dé cuenta del desprestigio comercial que esto podría acarrearles. Por otra parte no llegará usted nunca, aun cuando consiga acorrallar a toda la banda, a obtener las confidencias de los jefes. Tampoco sacaría nada de los hombres de la tripulación, quienes, sin duda, ignoran casi todo el asunto. Por tanto, quíteselo de la cabeza.

—Habla usted como si eso fuera posible.

—Nada lo impide —afirmó.

—Bueno, y los hombres de la *Norah Creina*, ¿no saben demasiado? ¿Les impedirá que hablen?

—¡Claro! Basta con desembarcarlos una noche borrachos por completo, para que a la mañana siguiente se hagan otra vez a la mar y emprendan un buen par de travesías largas. Si no puedo impedirles que hablen, puedo al menos evitar que se encuentren reunidos para referir su historia y sus respectivas habladurías. Si toda una tripulación se pusiera de acuerdo para hablar, la gente les prestaría oídos. Pero si un viejo recién desembarcado suelta su charlatanería, es sólo una historia de marinos como tantas otras. Además, no podrían hablar antes de tres meses, o quizá (si tenemos la suerte de que haya algunos balleneros a punto de zarpar) de tres años, al cabo de los cuales ese folletín del *Nube Volante* no será sino un cuento perteneciente al pasado.

—A eso le llaman ustedes *changayear* a los hombres, ¿no?, embarcándolos por sorpresa.

—Sí. Pero, volviendo a lo nuestro, hay cierto personaje que podría sentirse comunicativo, aunque no creo que tenga mucho que decir...

—¿Quién?

—Los restos del bergantín. Es infinitamente probable que nadie venga nunca a curiosear por estos parajes. Sin embargo, no olvidemos que son casi siempre las cosas más improbables las que ocurren. ¿Y si, por alguna razón que no podemos prever, quien viniera a desembarcar aquí poseyera algunos indicios que le permitiesen descubrir lo que nosotros no logramos poner en claro? No se sabe qué eventualidades pueden producirse. Creo que debería usted dejarme tratar estos restos a mi manera.

Mi atención se iba alejando de lo que Nares me decía: un nuevo pensamiento se había apoderado de mi espíritu. Y contesté:

—Obre como le parezca. De todos modos, hace un momento estaba usted en un error. No podremos echar tierra al asunto. Olvida usted que hay un falso Trent, un falso Goddedaal y una falsa tripulación que han regresado a sus casas. Si no nos equivocamos, ninguno de los hombres a quienes éstos suplantán llegarán al final de su viaje. ¿Debemos creer que nadie los echará de menos?

—No son más que marineros —explicó Nares—. Uno es de Hull, otro de Suecia, otro de Liverpool, otro de Londres... ¿Qué importancia tiene que en cada uno de estos puntos falte un hombre? Nada nuevo. Se emborrachó y lo recogió la policía, o se ahogó, o desertó, a menos que no lo hayan abandonado en alguna parte... Es la vida y la muerte del marino...

—¡Ah! —suspiré con amargura—. ¡Quién sabe si no sería mejor que me abandonaran a mí aquí! Sólo de pensar que he de enfrentarme con Jim después de cuanto ha pasado en esta isla...

Nares volvió entonces a darme una prueba de su gran tacto:

—Tengo que regresar a bordo. Johnson está acabando de recoger el cobre y las velas procedentes del bergantín.. Hay otras cosillas que ultimar en la *Norah Crema* antes de marcharnos. Si prefiere quedarse solo en este gallinero, ya le enviaré aviso para cenar.

¡Un poco de soledad! ¡Qué alivio para el estado de ánimo en que me encontraba! Aproveché la ocasión. Nares volvió a bordo y yo anduve al azar. Pensaba en Jim, en Mamie, en nuestra fortuna perdida, en nuestras esperanzas disipadas y en la vida que me aguardaba. ¿Qué oficio manual tendría que escoger ahora para ganarme el sustento hasta el día de la suprema liberación?

Absorto en mi tristeza, no sabía hacia dónde me llevaban mis pasos. Así llegué al punto más elevado de la isla. Contemplé la laguna, las rompientes, todo el horizonte. No lejos de mí, vi la segunda isla, los restos y la lancha de la *Norah Crema*, que se acercaba ya. El sol iba a desaparecer bajo las ondas y un penacho de humo se elevaba de la chimenea de la cocina de la goleta.

No tuve tiempo de examinar detenidamente un inesperado hallazgo que me emocionó quizá más que los anteriores por el poder que ejercía para forjar extrañas hipótesis: a mis pies atisé las cenizas de un fuego de leña, que debió de arder durante varios días, alto, humeante; una de esas hogueras que alumbran y conservan, en el corazón de los naufragos en una isla perdida, la esperanza de llamar la atención de algún buque...

En aquel instante oí que me llamaban y corrí a la lancha.

8. — DONDE ME HAGO CONTRABANDISTA, Y EL CAPITÁN, MORALISTA

Aquella última noche en la isla apenas pude conciliar el sueño. Al salir el sol se montó el zafarrancho habitual de todas las partidas, pero continué adormilado todavía un buen rato. Cuando salí de mi camarote la goleta abandonaba la laguna para adentrarse en alta mar. A poca distancia las rompientes aullaban su amenaza, y detrás de nosotros vi los restos del naufragio vomitar una espesa columna de humo. Nares les había prendido fuego. Las llamas consumían ya el techo de la cámara. Conforme nos alejábamos, el incendio iba incrementándose, y bastante después de haber desaparecido el islote el humo ensombrecía aún el horizonte. Bogamos entre el mar y las nubes, y al cabo de unas horas aparecían ante nuestros ojos las áridas montañas de Oahu.

Del *Nube Volante* no quedaba ya, por lo visto, sino un recuerdo que pertenecía a nosotros de lleno y sin participación. El crepúsculo nos alumbraba con sus resplandores cuando llegamos a la vista de la principal de las islas Hawai. Impelidos por una fresca brisa, bajo el cielo sin nubes, fondeamos lo más cerca posible de la melancólica costa, dominada por los abruptos montes y los penachos de los cocoteros.

Ya de noche cerrada, singlábamos hacia la Bahía de las Perlas, donde Jim nos había citado con su corresponsal y los contrabandistas. El mar apenas chapoteaba, y la noche era, por fortuna, muy oscura. Siguiendo instrucciones, avanzábamos con casi todas las luces apagadas. No mostrábamos más que las dos luces rojas, suspendidas a ambos costados de la proa, a sesenta centímetros por encima del agua. Un vigía velaba desde lo alto del bauprés; otro, sobre el palo de mesana, y toda la tripulación, a proa, acechaba la llegada de los amigos... o de los enemigos.

Era el instante decisivo. Nos jugábamos libertad y prestigio por una suma ridícula, dada mi situación de bancarrotista. Pero la suerte estaba echada y había que terminar la partida.

Durante un rato no distinguimos más que la negra cresta de la isla, las antorchas de los indígenas que salían a la pesca nocturna, pequeñas luces temblorosas acá y allá a lo largo de la costa, y la constelación que anuncia a los navegantes el emplazamiento de Honolulu. Una débil estrella encarnada apareció entre nosotros y tierra. Parecía aproximarse. Dimos la respuesta convenida, bajando una linterna blanca y apagando las luces rojas, mientras nos dirigíamos hacia los que llegaban.

Se aproximó a nosotros un ruido de remos. Una voz llamó:

—¿Señor Dodd?

—Presente —respondí—. ¿Está el señor Pinkerton ahí?

—No. Soy su amigo Speedy, con unas cartas para usted.

—Muy bien. Suban a bordo, caballeros.

Poco después un conocido mío de San Francisco, el agente de bolsa Speedy, un señor bajito apellidado Sharpe y un hombretón de recia contextura que irradiaba todo él un floreciente aspecto de disipación y atendía al nombre de Fowler —supe, por lo que siguió, que era un capitalista bastante influyente en las islas—, se encontraban sobre nuestra cubierta.

—Tenemos malas noticias que comunicarle, señor Dodd —anunció Fowler—. Su casa está en quiebra.

—¿Tan pronto? —exclamé.

—¡Oh! Lo extraño es que Pinkerton haya podido resistir tanto tiempo. Emprendían ustedes grandes empresas, lo cual está muy bien; pero las apoyaban sobre un capital muy exiguo. Han ido demasiado lejos. Lo molesto es que los diarios han comentado el asunto del *Nube Volante* y toda la administración de las islas está sobre aviso. Cuanto antes tengamos la droga, mejor será para todos los interesados.

—Señores —dije—, ustedes me disculparán. Mi amigo el capitán beberá una copa de vino en su compañía; pero yo, mientras no haya leído el correo, no estaré en condiciones de hablar con ustedes.

Me concedieron esta demora en consideración a mi visible sufrimiento moral, aunque insistiendo en que apremiaba el tiempo. A la luz de una linterna, oculta tras la empavesada a los ojos de tierra firme, leí las desconcertantes noticias que a continuación reproduzco:

Mi muy querido amigo Loudon:

Te llegará esta carta por mediación de Speedy, cuya rectitud y amistad hacia ti le hacen preferible para nuestros asuntos en Honolulu, tan delicados. Trabaja con Billy Fowler, conocido en los medios políticos del país.

Por lo que a mí respecta, preveo difíciles pruebas, pero con el apoyo de Mamie y del amigo que se entrega al trabajo de todo corazón, y en espera de un buen beneficio del raqueo¹⁶ de los restos del naufragio, me siento con fuerzas para hacer juegos malabares con las pirámides de Egipto.

¡Mis votos más fervientes te acompañan, querido Loudon! ¡Que el cielo te inspire! Quisiera que tú también sintieras el fuego que me anima. Estoy que no toco el suelo con los pies. Me parece que voy volando. ¡Y qué valiosa ayuda recibo de Mamie! Tu fiel socio,

JIM PINKERTON

La segunda carta estaba escrita en tono menos exaltado.

Mi querido Loudon:

¿Cómo explicarte a qué punto hemos llegado sin causarte ningún daño? Estamos perdidos, en quiebra desde mediodía. El vencimiento de una letra de Bradley (250 dólares) ha puesto fin a nuestras grandes empresas, cuando no hace más que tres semanas desde que te marchaste.

Estoy abrumado por la vergüenza y el dolor. No me atosigues preguntándome, Loudon. Si los recursos del cerebro humano hubieran bastado, habría detenido el golpe. Pero Bradley me ha degollado. Ahora estoy asediado. Todos esos cobardes

¹⁶ Andar al raque, buscar restos de naufragios.

tienen miedo de perder. No puedo describirte exactamente nuestra situación, dada la amplitud de nuestros negocios. Pero trabajo día y noche y creo que conseguiré distribuir un dividendo decente.

Si los restos del bergantín dan sólo la mitad de lo que prometían, saldremos del apuro. No he perdido un ápice de coraje ni de sangre fría. Mamie equivale por sí sola a todo un ejército. Hasta se me antoja que soy yo únicamente quien ha quebrado, mientras que tú y ella quedáis indemnes. Lánzate a fondo. Es todo lo que te pido. Siempre tuyo,

JIM PINKERTON

La tercera expresaba una depresión más acentuada.

Mi pobre Loudon:

Perdido entre tinieblas, me esfuerzo por poner un poco en orden nuestros negocios. No puedes figurarte hasta qué punto son extensos y complejos. No te ocultaré que algunos pueden pasar por especulativos. El cielo preserve a un alma delicada y sensible como la tuya de entrar jamás en relaciones con un síndico de quiebras. A esta clase de individuos nadie los acusará de sensiblería. Pero lo que por encima de todo me entristece son los comentarios de la prensa. Publican entrevistas conmigo que ni por asomo reflejan lo que he dicho, y que contienen, además, burlas que te harían hervir la sangre, cosas que un mochuelo taciturno como yo se avergonzaría de haber escrito.

Sería imposible hablarte al detalle del activo en el estado en que me encuentro. El hecho es que se halla muy lejos de cubrir la pérdida. Hasta el coñac «Trece Estrellas» está en déficit. Por fructífero que resulte, el raqueo del naufragio no bastará nunca para tantas deudas. No se aparta de mí el temor a tu censura. Sé que he desatendido tus juiciosos consejos. No seas demasiado duro con tu mísero socio. ¡Ah! Tengo miedo a lo que tu perfecta equidad de espíritu te hará pensar.

Los libros se encuentran espantosamente embrollados. No hay nada claro en todo esto. Creo que pierdo la cabeza. Pero estáte tranquilo: si la cosa tomara mal cariz, sabría ponerte a salvo de responsabilidades. Ya les he dicho que no te tenía al corriente de nada, que jamás habías visto los libros. Por lo que pueda pasar, no dudes que en todo puse buena fe. Te suplico que recuerdes cómo la empresa Nube Volante fue, sobre todo, cosa tuya. Mamie dice que no osaría mirarte a la cara, de no ser así. Tanto escrúpulo siente. Tu desolado amigo

JIM PINKERTON

La última carta recurría a todas las fórmulas epistolares:

Ha llegado mi muerte comercial. Agotados los nervios, abandono la lucha. Debería estar contento porque hemos soslayado los tribunales, aún no sé cómo. Si

los restos del bergantín reportan algo, nos iremos a Europa a vivir con el interés de nuestro dinero. De hoy en adelante, me veo incapaz de trabajar. Tiemblo cuando alguien me habla. Esperanzas, trabajo encarnizado, todo acabó. No puedo sino leer a Shakespeare todo el día, tendido de espaldas en el jardín. No es cobardía. Estoy enfermo y necesito reposo. He trabajado como un negro toda mi vida. Cada dólar que he ganado me costaba un poco de cerebro. Jamás alimenté una intención vil; he vivido honradamente y he socorrido a los pobres. A nadie asiste más derecho que a mí al descanso; me es indispensable un año de tregua, o reventaré de cansancio y sufrimiento moral.

Si hay algo que dilucidar, ten confianza en Speedy y sigue sus instrucciones. Conviene que no sepan nada los acreedores. Te he ayudado cuando estabas caído y ahora, o nunca, debes ayudarme tú a mí. Me resulta imposible todo cálculo. He admitido un empleo insignificante, pero ni aun así soy capaz de calcular. Mamie trabaja como dactilógrafa en el Consorcio de Abonos Químicos de la Costa. Se apagó la luz de mi vida. Sé que las recomendaciones que te hago aquí no te agradarán mucho, pero piensa sólo que el asunto es cuestión de vida o muerte para

JIM PINKERTON

P. S. —Hemos pagado un siete por ciento. ¡Qué bajón! No me gusta lloriquear, pero lo cierto es que ya no le tengo ningún apego a la existencia. En mí murió toda emoción. Me he convertido en un empleadillo, y eso que sé que «no sirvo para nada». En mis tiempos a un empleado como yo le habrían puesto en la calle media hora después de haberle recibido. No cuento más que contigo. No me abandones.

JIM PINKERTON

Paso por alto otro post—scriptum, nueva explosión de quejas y protestas patéticas. El sobre contenía, además, el diagnóstico bastante intranquilizador de un médico consultado. Encuentro muy penoso mostrar así el naufragio moral de mi querido amigo, pero ¿no es necesario hacerlo de tal modo para que comprenda el lector el efecto que estas desgarradoras cartas produjeron en mí?

Sin embargo, me rehíce, y en aquel momento de catástrofe definitiva, experimenté como un aumento de mi propia energía. ¿No podía contar con Jim? Pues bien, empuñaría yo las riendas. Me atendería a mi criterio personal.

Esto era fácil de decir, pero ¿qué hacer? Me sentía embebido de una piedad sentimental, casi femenina, ante el recuerdo del amigo arruinado. ¿Vencido aquel espíritu indómito? No sabía cómo soslayar el disimulo que me pedía que prestara, ni cómo inclinarme a él. Oía resonar dentro de mí puertas de mazmorra: tenía miedo de la Ley. Luego acudían a mis oídos los lamentos de Jim. Dudé y dudé, pero consciente de que si llegaba a tomar una decisión sabría seguir hasta el fin el camino que me trazara.

Y recordé que tenía un amigo a bordo. Bajé a la cámara.

—Señores —manifesté—, siento en el alma tener que imponerles otro retraso y abusar así de su tiempo, pero es necesario que mantenga una breve conferencia con el capitán Nares. Perdónenme si les privo de su compañía.

Al punto los contrabandistas se pusieron de pie, afirmando que debía ultimar cuanto antes el negocio del opio. Se habían arriesgado ya en exceso por consideración a mí. Si no se cerraba la transacción en el acto, se retirarían.

—Como gusten, caballeros —repliqué—. Yo, por mi parte, ni siquiera estoy seguro de poder llegar a un acuerdo con ustedes. En todo caso, no acostumbro a empezar a discutir teniendo un cuchillo junto a la garganta.

—Señor Dodd —alegó Fowler—, piense usted en nuestra situación. Es realmente peligrosa. No hemos sido los únicos en advertir la llegada de ustedes a la isla.

—Señor Fowler —objeté—, no nací ayer. Permítame que le diga mi opinión. Si los aduaneros quisieran sorprendernos a bordo, hace rato que ya lo habrían hecho. Hay, pues, alguien que mueve los hilos de esta comedia, y para mí ese alguien se llama Fowler.

Se echaron a reír de buena gana, y como les hiciera traer una segunda botella de champaña, accedieron a que conferenciara con el capitán, a quien, una vez a solas, comuniqué las cartas de Jim y le pregunté:

—Capitán. Necesito un consejo desinteresado: ¿qué significa esto, en su opinión?

—Bien. Su amigo le dice que en todo lo posible se atenga a las indicaciones de Speedy. Obedezca y muérdase la lengua... Las ganancias del raqueo, más el producto de la venta del opio, representará una bonita suma para embolsar...

—Suponiendo que lo haga así. Pero hay un pro y un contra, ¿no?

—Claro. Puede usted acabar en chirona. Si no le encierran, tampoco escapará a algún remordimiento de conciencia... En fin, ahí está Speedy. ¿Le conoce usted?

—No mucho.

—Ésa es la cuestión. Puede que, si le cuadra, se largue con todo el producto del negocio. Por otra parte, si es verdad que trabaja para ustedes, le tendrá en lo posible atado de pies y manos, lo cual no será muy divertido... Sólo esto cuenta: ¿ha sido el señor Pinkerton un buen amigo para usted? ¿Le ha ayudado? ¿Ha hecho por usted todo lo que podía?

—¡Oh, sí! —exclamé—. No sabría decirle cuánto le debo.

—Eso hay que tenerlo en cuenta. En principio, yo prefiero no mezclarme en semejante historia; pero cuando se trata de una amistad auténtica, los principios pasan a segundo término. El señor Pinkerton está enfermo, en peligro evidente. Para sacarle de él tiene que cargar usted con toda la responsabilidad de esas transacciones tortuosas. Su amigo no arriesga nada en ello. Dígame a sí mismo: «En el estado en que se encuentra, Jim puede morir de desesperación, y yo sólo me expongo a ir a la cárcel. ¿Cuál de las dos eventualidades hay que aceptar?»

Le interrumpí:

—¿Es ésa la manera adecuada de plantear el problema? La verdadera pregunta es otra: ¿Dónde está el bien? ¿Dónde el mal?

—Me parece—observó indirectamente el capitán—, que cuando se trataba de hacer contrabando todos aceptaron.

Todos ustedes aceptaron. Usted se lamentaba de no tener más mercancía que pasar de

contrabando. Por tanto, ¿conviene dar preferencia al deber cívico por encima de la amistad? O será tan buen amigo como el señor Pinkerton lo ha sido con usted, o será un buen ciudadano en contra de él. Lo uno o lo otro... Además, ese dinero que viene a recoger aquí representa una suma bastante considerable para el señor Pinkerton, mientras que para sus acreedores no es sino un puñado de migajas. Si entrega ese dinero como fondo de la quiebra, ni siquiera se lo agradecerán. Saben que han pagado ustedes muy caro el derecho de raqueo de los restos del *Nube Volante*, y ahora regresa usted con diez o veinte mil dólares ganados ilegalmente, según su propia confesión, no lo olvide. Además, jamás obtendrá un recibo firmado por Billy Fowler. Esos pocos dólares son una bagatela. Le preguntarán cómo tiene usted el descaro de ofrecer tan poco, cuando, sin duda, han recogido tanto. No: sea cual sea el camino que siga, señor Dodd, el resultado no depende de usted. No se preocupe más, por consiguiente.

—Es casi un alivio para mí oírle hablar así.

—Sea como sea, esté seguro de que no le causaré molestia alguna. Soy amigo suyo. Mis armadores son acreedores de su casa. Estoy claramente informado de las circunstancias del asunto. Yo los represento aquí, y mi deber es defender sus intereses. No obstante, por amistad, no voy a mirar las cosas muy de cerca. Sabré cerrar los ojos. No haría esto por nadie en el mundo, pero lo haré por usted, y lamento no poder hacer más.

—Gracias, capitán. He tomado mi partido. Obraré con rectitud, aunque se hunda el cielo sobre mi cabeza. Acabo de comprender cuál es mi deber.

—Espero que no será el respeto a mis intereses lo que le decide a usted ¿eh?

—Esa consideración no es ajena a mi decisión. Pero si bien me siento capaz, para salvar a mi amigo, de robar si es necesario, prefiero verle hundido a arrastrarlos en mi vergüenza a Speedy y a usted. Pero no por ello abandonaré a Jim. En San Francisco trabajaré cuanto sea necesario para que nada le falte. Ése es mi deber.

—¿Tiene usted razón o no? Que me ahorquen si lo sé... Pero ¿por qué no envía otra vez a tierra a los que le aguardan? ¿Para qué correr los riesgos del contrabando, si ha de ser para único beneficio de sus acreedores?

—Les he hecho esperar demasiado para despedirlos así como así.

Así pues, salí al encuentro de Fowler y Sharpe, quienes, más maliciosos de lo natural, me hicieron el honor de prestarme su propia astucia. De modo que, muy candidamente, conquisté su estima y hasta su respeto, al limitarme a decir la verdad escueta, y al expresar, en lo que concernía al resultado de la operación, una indiferencia de las más sinceras.

Por ejemplo, cuando confesé no tener más que doscientas cuarenta libras de opio, cambiaron unas miradas que decían: «¡Diablos! ¡Pues no es tan tonto!» Cuando me propusieron veinte dólares por libra de droga, con verdadera languidez les pedí treinta y cinco, añadiendo que podían aceptarlo o rechazarlo, y sentí un júbilo indescriptible al ver a Fowler empujar con el codo a Sharpe, quien aceptó acto seguido. El negocio era bueno, y poco después, cuando se alejaban en su embarcación, olvidando que de noche y sobre el mar en calma las voces acusan más largo alcance, oí a Sharpe emitir este juicio elogioso:

—¡Tiene la piel dura ese Dodd! ¡Qué tipo tan marrullero!

9. — EL AVISO INGLÉS NOS PROPORCIONA CIERTAS INFORMACIONES

Con las primeras luces del alba, fondeábamos en una rada, frente a la ciudad de los *bungalows* blancos rodeados de verdor, que casi tocan las escaleras del muelle. A distancia de dos cables fondeaba un aviso inglés. Convencidos de haber bregado con un embustero genial, los señores Fowler y Sharpe vinieron de nuevo a bordo para ofrecerme hospitalidad, precisamente porque parecía poco dispuesto a solicitarla. Dejé que hicieran lo que les apeteciera.

En tierra, siempre bajo la guía del señor Sharpe, empleé mi primer día en informarme sobre la situación de la plaza y los precios del té, así como de las sedas. Luego, en el *bungalow* de Fowler, al anochecer y por la noche, hubo una pequeña fiesta con abundante bebida, póquer y licores variados. Al día siguiente, con terrible dolor de cabeza y ávido de aire libre y soledad, fui a dar un paseo hasta el pie de ese cráter apagado que llaman la Cabeza de Diamante. En el curso de aquel paseo, aspirando el fresco soplo de los alisios, la casualidad me hizo penetrar en la caseta de un semáforo náutico que había al extremo de una playita.

Allí, un marino de la armada inglesa estaba charlando por los codos, como si quisiera instruir al guardián de señales. Sólo un instante tomé parte en aquella conversación llevada sin orden ni concierto. Luego, cuando me disponía a regresar al *bungalow* de Fowler, el discursivo británico me brindó el placer de su compañía, pues deseaba explicarme lo avanzados que están los americanos respecto a los ingleses en el arte de fijar las velas a la arboladura. Buscaba yo una evasiva cuando me di cuenta de que la cinta que rodeaba la copa de su sombrero tropical llevaba esta inscripción: *H. M. S. Tempest*. Mis intenciones evolucionaron de repente, y con la esperanza de obtener informes suplementarios sobre los datos del problema que tanto me preocupaba, acepté la oferta del marinero. Caminábamos los dos, mientras el otro hablaba inagotablemente, hasta que por fin logré tomar la palabra:

—Dígame: ¿no fue su barco el que recogió a los hombres del *Nube Volante* ?

—¡Cuéntemelo a mí! La suerte que tuvieron de encontrarse en nuestro camino. ¡Menudo agujero del infierno esas islas Midway!

—Acabo de llegar de allí. Yo compré los restos. —Le pido mil excusas —dijo el inglés con extrema urbanidad—. ¿Viene usted a bordo de la goleta blanca? —Precisamente.

Nos habíamos presentado ya formalmente. Saludó. —Imagínese lo que me interesa el asunto —continué—. Me gustaría que me contara cómo se efectuó el salvamento.

—Verá. Teníamos orden de visitar las islas Midway para el caso de que hubiera naufragos necesitados de socorro. Una mañana, al llegar, vimos un bergantín encallado y enviamos dos chalupas. Yo no fui en ellas pero seguía la escena desde cubierta. Nos los trajeron todos derrotados, llorosos y maltrechos. El capitán Trent llevaba la mano envuelta en un trapo lleno de sangre. Subió el primero. Yo estaba junto a la escala y oí cómo

le roncaban los bronquios al respirar. ¡Vaya una jeta que tenían todos! Después de Trent, vino el segundo.

—¡Goddedaal! —indiqué.

—Un nombre por el estilo, sí —confirmó el marinero, cloqueando de risa—. Sólo que no era el verdadero. Parecía todo un señorito disfrazado de marino. Resultó que uno de los oficiales le conocía, porque fue y le tendió la mano: «¡Caramba, tú por aquí, Norrie, viejo!» Al oírle, el otro se puso más blanco que si hubiera llegado el día del Juicio Final. Miró al teniente Sebright como quien ve a un fantasma, y luego ¡palabra!, cayó sin sentido. «Llévadle a mi cabina», nos ordenó Sebright, meneando la cabeza y murmurando: «Ese pobre Norrie Carthew...»

—¿Cómo era ese señor Carthew? —pregunté, conteniendo el aliento.

—El asistente me dijo que era de lo mejorcito que hay en Inglaterra, gente distinguida. Un «baronet», caballero, tal como se lo cuento.

—Bien. Pero le pregunto cómo era.

—¡Bah! Algo así como usted y yo. Nada extraordinario. Por mi parte, la verdad, no pude darme cuenta de que aquel hombre vestido con andrajos pudiera ser un señor. No volví a verle más, después de limpio.

—¿Cómo? —exclamé, pero en seguida hice memoria—. ¡Ah, sí! Olvidaba que había estado enfermo durante toda la travesía, hasta San Francisco.

—Enfermo... o muerto de asco... o no sé qué. Supongo que no tenía mucho empeño en dejarse ver. El asistente que le llevaba la comida a su cabina me dijo que comía menos que un pájaro, y que habían venido a buscarle con una lancha para conducirlo a tierra en cuanto entramos en la bahía de San Francisco. Ya ve qué hombre. Parece que un hermano suyo acababa de «palmar» y él era el heredero de toda su fortuna. Hacía tiempo que estaba fuera de casa, los viejos habían muerto y la familia no sabía dónde encontrarle.

—Pero... ¿y los otros hombres del bergantín? Usted debió de verlos mejor. ¿Qué contaban?

—¿Qué quiere usted que contaran?... Creo que ya hemos llegado. He tenido mucho gusto en saludarle.

—Una pregunta todavía. El señor Sebright ¿está a bordo del *Tempestad* ahora?

—No. Está en tierra. Le he llevado una maleta al hotel.

Después nos separamos. En mi fuero interno me sentía o creía sentirme en el umbral del misterio. Sabía que el falso Dickson se llamaba Carthew. Conocía el origen de los abundantes dólares con los cuales pujaba en la subasta nuestro adversario Bellairs. Veía con la imaginación la escena del desmayo de aquel hombre, que, en el momento de salvarse oye que alguien le llama por su propio nombre. No podía olvidar el efecto producido en Dickson por mi pregunta telefónica. Aquel personaje de tres nombres —Dickson, Goddedaal o Carthew— gravitaba sobre mi conciencia, y me inclinaba a creer que era la clave de todo el misterio.

Sea como fuere, pensé que mientras el *Tempestad* estuviera a mi alcance, me resultaría posible entablar conocimiento con Sebright y con el médico del aviso. Me excusé ante Fowler y regresé a Honolulu. El resto de la jornada permanecí obstinadamente bajo el mirador del hotel, aguardando al teniente de navío Sebright, por quien había mandado preguntar.

Hasta las nueve de la noche no me puso el empleado en presencia del oficial, que bajo su elegante uniforme mostraba una indecible afectación de dejadez. El bastón que llevaba

parecía pesarle una enormidad. En vez del marino enérgico que esperaba, tenía que vérmelas con una especie de medusa.

—¿Tengo el honor de hablar con el teniente de navío Sebright? —pregunté.

Con una molicie¹⁷ de acento y una articulación infinitamente pretenciosas, me contemplaron sus ojos lánguidos y me respondió:

—¡Ah! Sí... Pero no le conozco a usted.

—Me he tomado esta libertad para darme a conocer, caballero —expliqué con tono seguro—. Se trata de algo que nos interesa a ambos. Creo poder ser útil a uno de mis amigos, o al menos darle unos informes que presumo serán muy bien recibidos por su parte.

Exageraba quizá un poco el favor que me encontraba en situación de hacer a aquel Carthew. Sin embargo, estaba seguro de que se mostraría contento de enterarse de la desaparición completa del buque náufrago.

—No... no... no le comprendo —tartamudeó la víctima de mi indiscreción—. No tengo amigos en Honolulu.

—Este amigo es un compatriota suyo, el señor Carthew, a quien recogieron ustedes en Midway. Mi casa ha comprado los restos del *Nube Volante*. Acabo de proceder a su demolición y tengo algo de importancia que comunicar al señor Carthew a este respecto. Me he permitido molestarle a usted con objeto de obtener la dirección de su amigo.

Como puede verse, no tardé en comprender la imposibilidad de despertar el interés de aquel polichinela¹⁸. Él, por su parte, parecía sobre ascuas. Desde luego le juzgué una especie de nulidad sin defensa, un caracol sin concha. Para estar tranquilo, accedería a todo lo que le pidiera. ¡Cómo deseaba que aquella enojosa entrevista tocara a su fin! Un instante después había desaparecido, dejándome un pedazo de papel que decía lo siguiente:

NORRIS CARTHEW

Stallbridge-on-Carthew (Dorset)

Quedé dueño del campo de batalla, pero mi victoria no era más que relativa, pues tenía que renunciar a la esperanza de relacionarme con el doctor, vista la reticencia de la marina británica a dejarse abordar. Así pues, fui a acostarme, y a la mañana siguiente, mientras daba un paseo, el encuentro con mi inconsciente interlocutor de la víspera me confirmó en mi impresión. Me saludó apenas, con una sequedad rayana en la repugnancia, así que ni me tomé la molestia de devolverle el saludo. Júzguese, pues, mi sorpresa cuando media hora después recibí una nota del *Tempestad*:

Muy señor mío: Cuanto se refiere al naufragio del Nube Volante nos interesa mucho. Apenas hube comunicado a mis compañeros que había tenido el placer de conocerle, fue deseo de todos invitarle a comer con nosotros. Nos complacería verle esta noche, o bien, en caso de que algún compromiso anterior se lo impida,

¹⁷ Blandura, suavidad.

¹⁸ Personaje burlesco de las farsas y pantomimas italianas.

hoy o mañana para el almuerzo.

Tras la indicación de las horas y las fórmulas de cortesía, la nota terminaba con la firma: *J. Lascelles-Sebright*. No me costó mucho trabajo deducir lo sucedido: tras explicar nuestro encuentro a sus colegas, el teniente de navío, a pesar de sus lánguidas protestas, quedó encargado de llamarme a bordo. Acaso quisieran evaluar las consecuencias posibles de la torpe precipitación con que se me dieron las señas de Carthew. Sin perder un minuto, escribí escogiendo la hora más cercana, y poco después, una patrulla de bastante mala catadura me transportaba en una canoa desde la *Norah Creina* hasta los cañones del *Tempestad*.

A diferencia de Sebright, aquellos caballeros se mostraron encantados de verme. Prestaron gran atención al relato de mi viaje y me pidieron toda clase de detalles. Hablamos sin reparo de Carthew, y compararon su caso con el del difunto conde de Aberdeen, que murió siendo segundo a bordo de una goleta americana. Si aludieron muy poco al hombre en sí, fue porque realmente no tenían mucho que decir. No ocultaban nada, y sin duda alguna nada tenían que ocultar.

Sólo el doctor me dio algo que pensar. Era un hombre de alta estatura, con más de cincuenta años, cabellos grises, labios llenos de arrugas y cejas frondosas. Hablaba poco, pero con ironía, y la silenciosa risa que a veces le agitaba era irresistible. Aunque autor de todos los chistes que se contaban en la cámara de oficiales, se veía que le respetaban profundamente. Me observaba de reojo, y por mi parte le pagaba con la misma moneda. Si, como yo suponía, Carthew se había fingido enfermo, aquel hombre sabía todas o muchas de las razones de la simulada enfermedad.

Después del almuerzo pasamos al salón. Llevado por un súbito impulso, decidí jugarme el todo por el todo, y alegando una ligera indisposición, pedí una consulta al médico. En cuanto nos quedamos solos, le declaré sin rodeos:

—No estoy enfermo, doctor. Se trata de otra cosa.

Lanzó un pequeño gruñido, contrajo la boca, posó sobre los míos la firme mirada de sus ojos grises, y muy dueño de sí, aguardó.

—Tengo que hablarle —concreté— del *Nube Volante* y del señor Carthew. Se lo esperaba, ¿verdad? Estoy convencido de que usted lo sabe todo. Y a su vez, creo que su instinto le hace sospechar que yo sé bastantes cosas.

—No le comprendo a usted del todo —contestó—, o quizá no logro adivinar con qué propósito ha venido a interrogarme.

—Bueno —repuse—. Creo que nuestros propósitos son antagónicos, y precisamente para fijar los míos estoy aquí. Gracias a un agente del señor Carthew compré los restos del *Nube Volante* a un precio ruinoso, y ahora estoy en bancarrota. Pero si no he encontrado ningún tesoro dentro del *Nube Volante*, he descubierto allí indicios muy evidentes de pillaje. Póngase usted en mi lugar: me he arruinado por culpa de la conducta de un hombre a quien jamás he visto. Deseo un desquite o una compensación. Por supuesto, reconocerá usted que poseo medios para exigir una cosa u otra.

Ni con la palabra ni con el gesto respondió a este reto. Proseguí:

—No me presta usted mucha ayuda. Sin embargo, comprenda lo que quiero decir. Le pregunto si debo tratar al señor Carthew como amigo o... de otro modo. Mi conciencia no es, posiblemente, de las más quisquillosas, aunque la tengo. Hay grados, categorías, en el pillaje, y algunas, a mi entender, son muy inocentes; pero, además de no ser nada partidario de dar ventajas al contrincante, soy muy curioso. Por otra parte, soy poco propenso a perseguir a la gente, y tampoco a encarnizarme con un desgraciado.

El doctor habló:

—Comprendo. Pues bien: admita que le dé mi palabra de que, si se han cometido algunas faltas, existen excusas, grandes excusas, y hasta diré que poderosísimas excusas.

—Nada puede influenciarne más favorablemente, doctor —aseguré.

—Iré más lejos —añadió—. Es muy probable que, en semejantes circunstancias, usted y yo hubiéramos obrado igual. Créame, no le engaño. Confieso que conozco los hechos, pero le será fácil adivinar que no puedo compartir con nadie tal conocimiento.

Me resulta imposible expresar el áspero e imponente vigor con que el doctor Urquart pronunció estas palabras. Los que me lean juzgarán, sin duda, que no hacía sino obsequiarme con nuevos enigmas, pero yo, que le escuchaba, afirmo que su discurso era una lección a la par que un honor.

—Caballero —repliqué—, le doy las gracias. Sé que me ha dicho usted cuanto le era posible, y más de lo que tenía derecho a pedirle. Considero esto una distinción de confianza que procuraré merecer, y espero que me permita considerarle mi amigo.

Eludió mi oferta amistosa proponiéndome de un modo bastante brusco que nos reuniéramos con el resto de la oficialidad. Pero, un momento después, atenuaba el golpe. Al entrar en el salón, me puso la mano sobre un hombro con amable familiaridad, y anunció:

—Nada grave. He prescrito al señor Dodd un vaso de nuestro añejo madeira...

No he vuelto a ver al doctor... Ahora el lector está al corriente de todo lo que pude descubrir para el esclarecimiento de aquel misterio. No me enteré de nada más hasta el día en que, por fin, conocí toda la verdad. ¿Será el lector más penetrante que yo? Estoy convencido de que, siguiendo mi ejemplo, tirará del hilo para sacar el ovillo.

10. — PREGUNTAS Y EVASIVAS

De regreso en San Francisco, respirando una atmósfera exquisita bajo un cielo radiante, a través de calles por las cuales pasaban jóvenes con flores en el ojal y rostros sonrientes, me dirigí a la casa donde entonces estaba empleado mi buen Jim. Sentía el corazón oprimido y en discordancia con el alegre bullicio que me rodeaba.

Tras mucho andar, en una callejuela y junto a la puerta de una casa de ruin apariencia, leí esta placa: *Franklin H. Dodge & Co., Impresores*. Entré. En una salita, sentado a solas frente a una mesa, con la indumentaria raída y aspecto enfermizo, estaba Jim mordisqueando el mango de una pluma, mientras contemplaba desolado una columna de cifras. Absorto en tal menester, como enternecedora imagen de la desesperanza, no me vio ni me oyó. Inmóvil y abatido por el arrepentimiento, le miré: yo regresaba, mientras mi amigo, que se había sacrificado por mantener intacto mi honor, estaba allí, enjaulado en una miserable oficina, cuando tanta necesidad tenía de reposo, de cuidados, de buena alimentación...

—Jim! —dije.

—¡Loudon!

Se levantó y permaneció de pie, vacilante, faltar de aliento... Corrí hacia él.

—¡Mi pobre amigo! —suspiré.

—¡Ya estás de vuelta, alabado sea el cielo! —balbuceó, golpeándome afectuosamente la espalda.

—Las noticias no son buenas, Jim.

—¿Qué mejor noticia que la de tu retorno? ¡Oh! ¡Cuánto te he esperado!

—No pude hacer lo que me pedías. Los acreedores se lo llevaron todo.

—¡Calla! Estaba loco, Loudon, cuando te escribí semejante cosa. Si lo hubiéramos hecho, jamás habría osado mirar a la cara a Mamie. ¡Qué mujer, amigo! ¡Qué bondad!

—¡Bravo! —aprobé—. Así quería verte.

—Entonces, ¿el *Nube Volante*...?.

—Un timo. Los acreedores nunca creerán que hayamos estado locos hasta ese extremo.

Y aprovechando la pausa, añadí:

—¿Y la quiebra?

—Ha sido una gran dicha para ti no verte mezclado en esto y no haber leído los diarios. El *Mensajero* me trataba de megalómano; otro me comparaba con una rana que quiso hacerse tan grande como Longhurst y se hinchó hasta reventar. Es bastante duro para un hombre que se encuentra en plena luna de miel... Me consolaba con el recuerdo del *Nube Volante*. En definitiva, ¿cómo ha terminado eso, Loudon? ¿Cuánto ha dado? No he comprendido ni palabra de toda esa historia.

«No me extraña», pensé, y dije en voz alta:

—No he tenido mejor suerte que tú. Pero ¿cómo diste tan pronto el batacazo?

—Ya hablaremos despacio de eso, chico. Pero tengo que terminar mi trabajo. Podrías ir a ver a Mamie. Está en la oficina de Speedy, donde seguro que te aguarda con impaciencia.

Complacido de dejar para más tarde las explicaciones, me apresuré a ir al sitio indicado, que estaba en la calle de Bush. La señora Speedy me introdujo en la sala donde Mamie escribía a máquina. La señora Pinkerton me acogió con una familiaridad encantadora. Con delicado gesto, tendió sus dos manos, me ofreció una silla y me acercó una caja de mis cigarrillos preferidos.

—El capitán Nares ha podido sustraer un poco de tiempo a sus ocupaciones para venir a verme. Lo que me ha referido acredita que es usted tan valiente como modesto.

Quise protestar, pero insistió:

—Calle, calle. ¿Acaso no sé lo que es un héroe? Sé que ha trabajado sin tregua, sangrándole las manos, con las uñas arrancadas; sé que ordenó a Nares seguir adelante en pleno huracán, cuando él mismo estaba espantado. ¡Cuánta admiración y cuánta gratitud le debemos todos!

—No hable de gratitud, Mamie. Entre dos amigos no tiene razón de ser. Jim y yo hemos conocido juntos la prosperidad. Ahora conocemos la pobreza. Ambos hemos hecho lo que hemos podido, y nada más. De momento voy a buscarme un empleo. Así podré enviarles a ustedes dos al campo, porque Jim tiene mucha necesidad de reposo.

—Jim no aceptará dinero de usted, señor Dodd —declaró Mamie.

—Pues yo acepté el suyo.

En ese momento apareció Pinkerton enjugándose el sudor de la frente. Al instante abordó el tema que tanto horror me causaba:

—Ahora que la jornada ha terminado, muchacho, cuéntame la travesía.

—Hablemos más bien un poco de nuestros negocios —contesté, buscando mentalmente la manera de exponer mi relato—. Me gustaría conocer las circunstancias exactas de nuestra quiebra.

—¡Oh! ¿Eso? ¡Eso ya es agua pasada! —protestó Jim—. Hemos pagado un siete por ciento, y te aseguro que está muy bien. Pero eso ya pertenece al pasado, como te digo.

Háblame del raqueo. Se diría que hay algo incomprensible en este asunto.

—En todo caso, no había nada *dentro* —contesté, con risa forzada.

—Quisiera darme cuenta por mí mismo —replicó Jim.

—De todos modos, resulta un poco fuerte —exclamé con una impertinencia imperdonable en un hombre en mi situación—, que no pueda ser informado sobre nuestra quiebra. Cabría sospechar que eludes la cuestión.

—Pero —observó Jim—, ¿no parece que tú también quieres eludir lo del naufragio?

Quedé atrapado en mis propias redes. Afectando buen humor, me decidí a hablar como se me pedía:

—Querido amigo, ya que lo tomas así, te complaceré.

Describí la isla y el buque naufrago. Remedé a la tripulación, incluso al chino, empleando

un lenguaje pintoresco, pero me abstuve de revelar cualquier detalle comprometedor para Carthew y que me hiciera faltar a la palabra implícitamente dada al doctor Urquart. De modo que conté mi relato sin terminarlo de verdad. Hablé sin decir nada. Mamie y Jim me miraban con sorpresa.

—¿Entonces? —dijo Jim.

—Pues eso es todo —afirmé.

—Pero, ¿qué explicación das a todo esto?

—No puedo explicarlo.

Mamie hizo con la cabeza un gesto de mal augurio.

—¡Maldita sea! —profirió Jim—. Bellairs pujó hasta cincuenta mil. No dudo ni por un segundo que tú y Nares hayáis hecho todo lo que pudisteis, pero insisto en que os equivocasteis. El opio, el tesoro, está en el bergantín, y yo lo encontraré.

—Y yo te digo que ya no hay en él nada más que madera y hierro.

—Ya lo verás —insistió Jim—. Iré a Midway con Mamie. Longhurst no me negará los gastos de una goleta. Buscaré y encontraré, chico.

—No encontrarás nada, Jim. El fuego lo destruyó todo.

—¡El fuego! —gritó Mamie, abalanzándose hacia mí.

—Disculpa, Loudon —dijo lentamente Jim tras una pausa—, pero ¿cómo se te ocurrió prender fuego a la embarcación?

—Fue idea de Nares —rectifiqué.

—¡Esto pasa de la raya! —exclamó Mamie.

—Pero ¡es una locura! —prosiguió Pinkerton—. ¿Qué pretendía Nares al prender fuego al *Nube Volante*?

—No lo sé, amigo. Ni pareció conceder importancia al hecho. Habíamos quitado todo lo que quedaba por quitar.

—Te digo que no, Loudon.

—¿Tan seguros estaban? —preguntó Mamie.

—¿Cómo explicarlo?... Lo habíamos revuelto todo, desguazado todo. Estábamos *seguros*. Eso es todo.

—Empiezo a temer que estaba usted seguro, en efecto —dijo Mamie con significativo acento—. Sólo que, señor Dodd, usted no dice lo que piensa ni lo que sabe.

—¡Mamie! —reconvino Jim con energía.

—¡Oh! No te dé tanto miedo ofenderle, James —agregó la señora Pinkerton—. Hasta el momento no se ha tomado tantas molestias por ti como crees. No es ésta su primera reticencia. Acuérdate: sabía la dirección de ese Dickson, pero no te la dio hasta que el pájaro hubo volado.

Nos habíamos levantado los tres.

—Perdona a Mamie —suplicó Jim—. Su enfado está motivado por tu disimulo. Por el

amor de Dios, explícate.

—Por mí está bien. Ya te he advertido al principio que estoy en el secreto. No te he contado toda la historia, por supuesto. Pero te ruego que me prestes toda tu confianza. Mi honor está empeñado en ello.

Con espantosa dulzura, la señora Pinkerton volvió a tomar la palabra:

—Parece, pues, señor Dodd, que yo me engañaba al imaginar que en este negocio usted representaba a mi marido, y que era el dinero de mi marido el que corría. Tiene usted un compromiso de honor con no se sabe quién, pero ¿es que no lo tenía ya antes con mi esposo? ¿Cree que no nos incumbe saber cómo se ha perdido nuestro dinero ahora, cuando mi marido está arruinado y enfermo? ¿Y reclama usted nuestra confianza? ¡Pero si yo misma me pregunto si no se la hemos concedido ya con creces!

—No me dirijo a usted, señora, sino a su esposo.

—¡Ah, sí! Ha sabido embaucar a Jim, abusando de su afecto hacia usted. Pero yo estoy aquí, y no me deslumbran sus aires de artista. La tripulación del *Nube Volante* ha desaparecido, la nave se vendió carísima; usted sabe la dirección del hombre que ha sido el causante de todo, y la oculta; no encuentra en el bergantín lo que le habían enviado a buscar, pero no se olvida de incendiarlo, y cuando le pedimos explicaciones, resulta que tiene un compromiso de honor. Pues bien: yo, que no tengo la lengua encadenada por ningún compromiso trágico, hablaré alto y claro. ¡Señor Dodd, usted ha sido comprado y pagado!

—Basta, Mamie —terció Jim—. Es a mí a quien hieres. No entiendo nada de todo esto. Gracias a Loudon eres hoy mi esposa. Ha obrado rectamente conmigo.

—Tú no eres más que un loco, cien veces demasiado bueno, y por eso te quiero. Pero tengo los ojos abiertos y veo la falsedad de este hombre. ¿No hablaba hace un momento de repartir contigo un salario ganado con el sudor de su frente? Una limosna es lo que nos habría dado, una limosna sacada de su botín, o sea, de tu pane en el *Nube Volante*, de tu mísero dinero, a ti, que has trabajado para él mientras se arrastraba como un mendigo por las calles de París. ¡Guárdese sus limosnas, caballero! ¡Todavía soy capaz de trabajar para mi marido! No necesitamos limpiarle a usted sus botas de gran señor. Desde un principio no ha hecho más que mofarse del pobre y bueno de Jim. Ya es usted rico, ahora. ¿No? ¡Nieguélo! ¡Niegue que es rico! Es rico a costa del dinero de mi esposo.

¿Qué contestar? Me sentía enojado y a la par lleno de simpatía hacia la mujer que así me trataba. No podía sustraerme a las vengadoras invectivas de su desatada furia sino desapareciendo de escena. Con un gesto amistoso para Jim por toda despedida, salí. Apenas había dado unos pasos, cuando oí a alguien correr detrás de mí, y después una voz conocida que me llamaba por mi nombre. Era Jim, que me entregó una carta que me esperaba desde hacía poco. Al mismo tiempo justificó a Mamie.

—No le guardes rencor, Loudon; es así. En ella la lealtad está por encima de todo. Dice lo que piensa, llevada por su cariño hacia mí. Pero sé que no tiene nada que reprocharte. Estoy convencido de tu perfecta rectitud. Pero... habrías debido... quiero decir que...

—Poco importa lo que quieras decir, mi pobre Jim. Mamie es una mujercita valiente y una buena esposa. Defiende a su marido. Sé que mi historia no es fácil de creer. No por ello os estimo menos, a ti y a ella.

—Escucha, Loudon: se le pasará, comprenderá...

—No, no. Es imposible. No hay nada que hacer. Vuelve con tu excelente compañera, chico. Adiós querido amigo. El cielo te bendiga. No nos veremos ya más.

—¡Oh, Loudon! ¿Era menester llegar hasta aquí para oír semejantes palabras?...

¡Y se fue! Perdí por completo la noción de lo que iba a ser mi vida. No sentía dentro de mí más que un vago impulso de matarme o de refugiarme en la embriaguez.

Iba por las calles casi inconsciente. Tenía dinero en el bolsillo... ¿Mío o de los acreedores? El restaurante *El Perro de Aguas* se cruzó en mi camino y entré maquinalmente, sentándome a una mesa. Creo haber dado órdenes al camarero, que vino a preguntar qué quería. Poco después reparé en la carta que me había entregado mi buen Jim. La dirección estaba escrita en estilo comercial y llevaba un sello inglés matado en Edimburgo. La abrí y la leí:

Muy señor mío:

Tengo el triste deber de comunicarle el fallecimiento, acaecido el 17 del pasado mes, de su abuelo el señor Alexander Loudon, a consecuencia de una bronquitis aguda. En plena fiebre, en sus últimos momentos, no cesó de hablar de usted. Adjunta encontrará una copia de su testamento, según el cual le instituye heredero suyo por una mitad de su fortuna. Permítame felicitarle con motivo de tan considerable acontecimiento, y esté seguro de que, hasta su llegada, su fortuna será objeto de todas mis atenciones. Ignorando sus actuales disponibilidades, le remito al mismo tiempo un cheque por seiscientas libras. De usted, etcétera.

W. RUTHERFORD GREGG

Durante unos segundos tuve la visión del sepelio de mi abuelo, en Edimburgo, con toda la digna gravedad escocesa: un lento desfile de gentes enlutadas, caras entristecidas, un gran repique de campanas, y el monótono plañido de los cánticos que se llevaría un furioso viento del Este...

Estaba contento con mi repentina riqueza y, a la vez, lleno de melancolía. Progresivamente, el tintineo del oro apagó todas las demás impresiones. ¡Qué montón de dinero!. El paraíso recobrado —¡mi querido París!— la seguridad de Carthew, la rehabilitación de Jim, los acreedores... ¡Ah, los acreedores! El corazón me dio un vuelco. Aquel dinero les pertenecía hasta el último centavo. ¡Mi abuelo había muerto demasiado pronto para salvarme!

Pero, aun en mi abatimiento, supe reaccionar. Al fin y al cabo podía retirarme a Chile o al Perú, y al abrigo de toda extradición tratar con mis acreedores. Sólo que para ello era necesario estar al corriente de mis negocios, y Jim no me había informado todavía respecto a los detalles de nuestra suspensión de pagos. Empecé el camino de su casa, y al llegar a su puerta, presa de honda emoción, me detuve para encender un grueso cigarro con objeto de darme cierta prestancia —un poco fanfarrona— antes de volver a pisar el sitio de donde se me había poco menos que expulsado.

Mi amigo y su mujer acababan de dar cuenta de un modesto refrigerio: algunos pedazos de

carnero, fiambre, galletas, un sorbo de café.

—Señora —dije—, discúlpeme si me presento en una casa donde mi presencia no es grata, pero es indispensable que tenga una conversación de negocios con mi amigo.

—No se preocupe usted por mí, se lo ruego —replicó Mamie, levantándose y pasando al dormitorio, mientras Jim, envejecido y lastimoso, la seguía con la mirada, moviendo la cabeza. Luego preguntó:

—¿Qué sucede, Loudon?

—Sucede, Jim, que no has respondido a mis preguntas.

—¿Tus preguntas?

—Sí. Tú me has interrogado, y mi respuesta no ha dejado muy satisfecha a Mamie. Pero, por mi parte, yo también te he hecho preguntas, y nada has respondido.

—¡Ah, sí! ¿A propósito de nuestra quiebra?

Hizo una contorsión en la silla:

—La verdad es que me daba vergüenza confesar y procuraba esquivar la explicación. No he obrado de buena fe, he estado jugando contigo desde el principio: me sonrojo al confesarlo. Sí. ¿Por qué nos hemos hundido tan pronto? Éste es el punto sensible... ¡Qué vergüenza! Tu golpe de vista, siempre tan preciso, no te ha engañado. Por eso me mataba oír a Mamie aplicarte el trato que merezco yo. No sé todavía cómo tengo valor para mirarte a la cara después de lo que acaba de pasar. Jugaba a la Bolsa, Loudon, y ha sido la liquidación lo que me ha derribado.

La frase terminó en un murmullo. Se desmoronaba.

—¿Y eso es lo que no tenías valor para decirme, pobre cazador de quimeras? ¿Es que no estábamos perdidos ya? Además, no es eso lo que me interesa. Quiero saber con exactitud cuál es mi situación, la mía. Tengo poderosas razones para desear tal información, ¿comprendes?

—¡Es lo peor de todo! —gimió Pinkerton, hablando como en sueños—. ¡Ah! ¿Cómo explicártelo?

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con el corazón oprimido de espanto.

—Escucha: a riesgo de herir tu amor propio, he... Pero ¿qué podía hacer yo? El síndico me hostigaba, los periodistas me daban caza; los problemas de los diversos negocios me llovían por todos lados. El pánico se adueñó de mí, perdí la cabeza, y como no estabas aquí, me dejé seducir...

No acababa de desembuchar, mientras yo, asustado, me preguntaba qué habría hecho.

—Jim —atajé—. No puedo más. Por piedad, ¡dime lo que sea!

—Pues bien: te traté desconsideradamente, te humillé; proclamé que no eras hombre de negocios, sino una especie de pobre pintor sin talento y sin un centavo, y que no entendías una palabra de transacciones, de cifras, de dinero... Expliqué todo eso a causa de algunos detalles irregulares...

—¡Dios mío! ¿Acabarás de una vez? ¿De qué me acusaste?

—Pues de eso que acabo de decirte. En fin, alegué que jamás fuiste realmente mi socio. Te llamaba así por amistad, por darte gusto. De hecho, no habías sido más que un empleadillo bastante incompetente... En resumen, no eras deudor, sino acreedor, tanto por tu remuneración como por los fondos que me habías prestado...

—¡Ah, ah! —empecé a vociferar, loco de alegría—. ¡Acreedor! ¡Soy acreedor! Entonces ¿no estoy en quiebra?

—No —aseguró el valeroso Jim—. Sé que obré con algún descaro... Me tomé una libertad...

—¡Oh, déjame en paz con tu libertad, y lee esto!

Le tiré mi carta de Edimburgo. Bailaba de contento.

—No vas a comerte esta porquería. Llama a tu mujer.

Vacíé el plato de carnero frío en la chimenea.

—Lo que necesitáis es una buena cena con champaña. He comido ya, si no me equivoco, pero después de una comida así puedo cenar otra vez. ¡Lee esto, majadero! No estoy loco, Mamie, ¡Mamie!

Corrí al dormitorio y abrí deliberadamente la puerta, sin dejar de vocear:

—Mamie, ya no estamos enfadados nosotros dos. Déle un beso a su marido. ¡Nos vamos a un restaurante con música y bailaremos hasta mañana por la mañana! Luego iremos a almorzar a Napa—Valley, o a Monterrey. ¡Vístase, pronto! Póngase guapa. Y tú, pedazo de alcornoque, escríbele a Franklin Dodge que ya se puede ir a paseo. ¡Ah, diablo de Mamie, aprisa! Es cierto, muy cierto, que soy rico; pero no lo sabía...

11.—MI VIAJE CON EL LEGULEYO

Rematado y bien rematado el asunto del *Nube Volante*, por lo que a mí concernía, no quedaba ya otra cosa que hacer sino cantar el *Te Deum* y trazar una línea debajo del capítulo y empezar otro en el diario —no escrito— de mi vida. Respecto a Jim, le instalé en una casita de campo en Napa—Valley. Pretendía pasar el día tumbado de espaldas sobre el heno, lanzando sobre los asuntos comerciales unas miradas similares a las que Napoleón en Santa Elena dirigía sobre los libros de estrategia.

Pero al tercer día se le vio charlar con el director del diario de la localidad, y al regresar de la entrevista empezó a interesarse por el periodismo rural.

—Tal vez haya dinero por ganar en esto —insinuó con aire de suficiencia.

Durante los dos días siguientes desapareció por las tardes, y al sexto día ya redactaba proyectos. Sus ojos brillaban con nuevos destellos; su voz recobraba su viril sonoridad. Como brioso corcel de batalla, venteaba la lucha y piafaba entre lanzas. Al séptimo día firmábamos un pacto de asociación. De otro modo no habría aceptado ni un centavo mío. Una vez más, mi dinero estaba en juego. Dejé a mi amigo metido entre los engranajes de sus máquinas y volví a San Francisco, donde a poco de llegar cené con Nares. Nuestros rostros quemados por el sol y nuestras manos apenas cicatrizadas explicaban a las claras la complejidad de la aventura del *Nube Volante*.

Un camarero llenaba nuestras copas de champaña mientras comíamos no sé qué cosas adornadas con trufas. Dije:

—¡Ah! ¿Qué fue de la isla Midway? ¿Y de los marinos gruñones, y de Johnson, y de los pájaros y las hachas? ¡Todo está muerto y enterrado! ¡Amén!

—¿De veras está tan enterrado como usted cree, señor Dodd? El mismo día de nuestra llegada aquí recibí la visita de Bellairs. Un desecho humano, inmundo como una sabandija. Le reconocí en seguida por la descripción que me hizo usted. Sabe lo que sabemos nosotros y también mucho de lo que no sabemos. Dejé que se explicara un poco para descubrir su juego. Por supuesto, aquí hay algún factor que trabaja a favor de alguien.

Era verdad. Había olvidado a Bellairs, que conoció a Dickson. Estaba enterado de la huida de la tripulación. Debía por tanto entrever la posibilidad de pescar en aguas revueltas, y en tal caso, dada su naturaleza, se entregaría a la faena con prontitud. Aquella noche me acosté pensando en todas estas cosas, y a la mañana siguiente, cuando aún no me había vestido, vino a llamar a mi puerta el hombre de leyes cuya existencia casi se había borrado de mi memoria. Sólo por curiosidad le hice pasar, y tras un exordio bastante ambiguo, me propuso claramente ir a medias con él.

—¿A medias en qué?

—Si me permite dar a mi idea una forma un poco familiar —dijo con presunta ironía— le preguntaré a usted si fue a Midway sólo por motivos de salud. Esté seguro, señor Dodd —continuó el trapisondista—, de que jamás habría yo llevado a cabo esta gestión sin tener poderosas razones para ello. Odio la indiscreción, pero ya ve usted, perseguimos los mismos fines. ¿Por qué no trabajar de común acuerdo? Yo pondría a su disposición mi conocimiento de la Ley y mi habitual experiencia para negociaciones delicadas como las

que nos será necesario realizar. Si rehusa usted mi concurso, encontrará en mí, con gran sentimiento por mi parte, un duro —vacilaba— y hasta un peligroso adversario.

—¿Se lo ha aprendido usted de memoria? —pregunté alegremente.

Un destello de cólera y amenaza brilló en sus pupilas, pero se apagó para dar paso a una sospechosa y temible cortesía. Prosiguió:

—Vengo como amigo, caballero, y creo que menosprecia usted el valor de mis informaciones. Para darle una idea, le diré que sé lo que ganó (o, más bien, lo que perdió) en aquella isla, y no ignoro que hace poco ha cobrado usted un importante cheque de Londres.

—Y de ello saca en conclusión que...

—Conozco al librador del cheque —declaró con el movimiento de retroceso propio de alguien que se ha adelantado en demasía.

—¿Y qué más?

—Olvida que yo era el apoderado de confianza del señor Dickson. Usted consiguió sus señas y somos las dos únicas personas de esta ciudad que nos comunicamos con él. Observe que no le vengo con rodeos, sino que voy directo al grano. Es mi norma en cuestión de negocios. Sé muchas cosas, téngalo en cuenta, y como hombre de buen sentido comprenda que sería mucho mejor ponerme al corriente de todo. No se desembarazará usted tan fácilmente de mí si rechaza mi colaboración. Estoy en el secreto, y no me echaré atrás. Piense sólo en el daño que puedo causar, y cómo, sin llegar al abuso, puedo darle algún disgusto. Por ejemplo, tomemos la liquidación de la quiebra Pinkerton. Sé de qué fuertes sumas dispone usted. Conoce una dirección que ocultó a su socio. Imagine que entro en relaciones directas con el señor Pinkerton.

—Bueno. Pues escuche usted —interrumpí—. Entrevístese con él cuando guste. Pero hay una persona con quien le prohibo tener cualquier clase de relación, y esa persona soy yo mismo. ¡Buenos días!

Le fue imposible disimular su ira, su desconcierto y su estupor. Se fue presa de una especie de ataque de nervios. Un profundo asco se apoderó de mí: ¡despertar tantas sospechas por todas partes! Primero la esposa de Jim, luego aquel chismoso... Pero, por encima de todo, experimenté verdadero miedo respecto al hecho de que aquel hurón pudiera ponerse sobre la pista de Carthew. Tanta audacia anunciaba una inmutable decisión adoptada bajo el apremio de una necesidad imperiosa. Me informé y descubrí que el abogado acababa de ser suspendido otra vez en el ejercicio de su carrera a causa de no sé qué indelicadeza. Esto me inquietó más todavía: el picapleitos se veía sin recursos y se aferraba al medio de procurarse otros. Perdida ya la reputación, dejaría de lado cualquier escrúpulo.

Y la presa que acechaba era un hombre rico, que bajo la amenaza de una terrible revelación no había vacilado en pagar cincuenta mil dólares por la osamenta de un bergantín naufrago. ¿Qué *sabía*, pues, Bellairs? O, por lo menos, ¿qué adivinaba? ¿Cuándo emprendería el ataque?

Algunos de estos problemas quedaron sin resolver. Tampoco pude saber jamás cómo logró averiguar el nombre de Carthew. ¿Se lo debía, igual que yo, a un marinero del *Tempestad*? Sea como fuere, presencié el momento en que consiguió obtener la dirección: una noche

que estaba desocupado entré en el vestíbulo del hotel para distraerme un rato escuchando la música. Con las lámparas eléctricas encendidas, el lugar irradiaba una claridad casi diurna, y merced a ella distinguí a cierta distancia a Bellairs conversando con un hombre cuyo rostro no me era desconocido. Pronto le recordé: el teniente Sebright. «¡Atención!», pensé. La conjunción de aquellos dos astros era pródiga en amenazas. Me acerqué a ellos con precaución. Pero, sin duda, Bellairs había logrado ya su propósito, porque le vi perderse entre el gentío. Al quedarse solo Sebright, no esperé más para abordarle.

—Buenas noches, señor Sebright. ¿Sabe usted con quién estaba hablando?

—No. No conozco a ese tipo, ni le había visto en mi vida. ¿Qué sucede?

—Es un granuja, un abogado sin ejercicio. Lamento de veras no haberle podido prevenir a tiempo. Espero que no le haya dicho nada acerca de Carthew.

Se sonrojó hasta las orejas:

—¡Oh! —gimió—. ¡Cómo lo siento! ¡Ese buen hombre se expresaba tan correctamente, y por otra parte, tenía yo tantas ganas de desembarazarme de él! Todo lo que deseaba era la dirección de Carthew.

—Y ¿se la ha dado usted?

—¡Oh! ¡Qué fastidio! Me temo que sí.

—¡Dios le perdone! —murmuré, y volví la espalda al aguafiestas.

Ahora sí que estaba el gato en la talega. Bellairs tenía las señas, y si no me equivocaba, no tardaría Carthew en recibir noticias del abogado. Esta impresión se me hacía tan insoportable que a la mañana siguiente fui a visitar al zorro en su cubil. Una vieja estaba limpiando la escalera. Le pregunté:

—¿El señor Bellairs, abogado?

—Ha salido esta mañana hacia el Este. Hay otro abogado a dos manzanas de aquí.

Volví de inmediato al hotel. Una cosa estaba clara: desde el principio me había puesto de parte de Carthew. Ahora que su enemigo le iba a la zaga, mi interés por él se acrecentó y empecé a preguntarme si me sería o no posible prestarle alguna ayuda. El drama del *Nube Volante* entraba en una nueva fase, que acabaría conduciéndome a una conclusión poco ordinaria. Después de haber pagado tan cara mi butaca para los primeros actos, bien podía hacer otro sacrificio por asistir al desenlace.

Estaba perdiendo el tiempo en San Francisco. Como si quisiera olvidar los malos ratos del viaje a Midway, gastaba abundante dinero, y luego me arrepentía de gastarlo y me proponía partir al día siguiente... ¿No habría sido mejor no perder de vista a Bellairs y seguirle a Inglaterra? Si al final lograba escapar de mí, podría marcharme a París con sólo dar un salto. Si, por el contrario, daba con su pista, podría sembrar de obstáculos su camino. En fin, sucediera lo que sucediese, la oportunidad de asistir a algunas escenas de recio sabor dramático y atrapar al vuelo algunas revelaciones más o menos trascendentales, valía la pena por sí sola de hacer el viaje.

Y así me vi envuelto de nuevo en el engranaje del interminable asunto del *Nube Volante*, Carthew y compañía. Aquella misma noche escribí una carta de despedida a Jim, y otra al doctor Urquart rogándole que advirtiera a Carthew. Diez días más tarde, después de

atravesar el Continente, me embarcaba a bordo del *City of Denver* para proseguir viaje hasta París y Fontainebleau. Me proponía reemprender mis estudios artísticos, y me esforzaba por apartar de mi espíritu todo lo referente a Carthew y Bellairs, ya que no podía hacer ningún favor al primero ni me sentía capaz de encontrar al otro.

Mi vecino de mesa era un propietario de San Francisco, algo conocido mío, el cual me contó que había atravesado el Continente dos días antes que yo, y que el paquebote en el que navegábamos era el primero en lanzarse al Atlántico desde su llegada a Nueva York. Por tanto, deduje que si había partido de San Francisco dos días antes que yo, llevaba un día de ventaja sobre Bellairs. Visto lo cual no tardé mucho en interrogar al comisario de a bordo, que me contestó que en primera clase no había ningún Bellairs, pero sí uno en segunda.

Presté mucha atención y poco después distinguí a mi picapleitos tendido en un sillón a proa. Me dediqué a observarle. Hacía lo que suelen hacer los pasajeros para matar el tiempo: leía mucho, contemplaba largos ratos el mar, hablaba con sus vecinos, levantaba del suelo a los niños que resbalaban y los consolaba un poco. Despreciaba demasiado a tal personaje para pensar en ocultarme; pero él, por su parte, tampoco miraba hacia el lado donde me encontraba yo. De modo que llegó la noche sin que pudiera saber si estaba advertido de mi presencia a bordo. Después, mientras me encontraba junto a la entrada de la sala de máquinas fumando un cigarro y aspirando el aire fresco, una voz me habló en la oscuridad.

—Usted dispense, señor Dodd.

—¡Pero si es Bellairs!

—Sólo una palabra, caballero. ¿Su presencia a bordo de este paquebote tiene algo que ver con nuestra última conversación?.

—Nada —contesté; y como no se alejaba, hasta me permití la cortesía de darle las buenas noches.

Suspiró y se fue. Al día siguiente le vi apoyado con aire pensativo en la barandilla. Me acerqué sin hacer ruido y comenté bruscamente:

—Parece usted muy enamorado del mar, señor Bellairs.

—Una verdadera pasión, señor Dodd —confirmó—. Nunca me canso de mirarlo.

Hablamos durante horas de literatura, y sobre todo de poesía. Sabía de memoria muchos versos y leía muchos más. Encontraba a Goethe inmoral en *Werther* y le parecía inapropiado poner semejante libro en manos de una mujer. Durante el resto del viaje tuvimos todavía numerosas charlas de este carácter, en el curso de las cuales aprendí mil particularidades anecdóticas sobre los escritores ilustres, pues se había hecho una especie de cultura literaria y en cierto modo enciclopédica.

Cosa rara: la compañía de aquel hombre, cuya despreciable profesión execraba, no me producía desagrado. No era sino un pobre diablo, lleno de sensibilidad, un emotivo miserablemente cobarde que sólo encontraba coraje en la desesperación. Me di perfecta cuenta de que la preocupación por la entrevista que iba a buscar con Carthew le martirizaba como una ininterrumpida pesadilla. Pero no podía retroceder. Le empujaba la necesidad. ¡Una especie de humilde héroe del mal!

Me contó su triste historia. Hijo de un infeliz campesino, fue adoptado por el mismo alguacil que embargó a su padre la granja donde vivía. Enamorado de la hija de aquel hombre que, tras educarle, le hizo su primer ayudante y luego su yerno, Bellairs hubo de trabajar como un esclavo para satisfacer los caprichos de su esposa, coqueta sin corazón, que acabó por huir con un viajante de comercio, dejando a su pobre esposo abrumado de deudas. Al tiempo el alguacil se fue al paraíso de los hombres de leyes a poco de asociarse con su yerno medio viudo. Aunque llegó a un increíble grado de astucia fullera, Bellairs, absorbido y deshecho por sus males, no tardó mucho en perder hasta su última moneda.

A partir de entonces no hizo más que huir de ciudad en ciudad, perseguido por sus acreedores, descendiendo progresivamente hasta las triquiñuelas más dudosas... Le pregunté si había visto alguna vez a su mujer. Me contestó que no; pero, quejándose de la dureza de las gentes y de la vida, me confesó que pasaba a su esposa una pensión.

—Esa mujer es una piedra que llevo atada al cuello, pero creo que en el fondo agradece lo que hago por ella, puesto que, al estar divorciados, no tiene ningún derecho a semejante cosa. No sé nada de su vida, ni quiero saber; bastante cruelmente he sido criticado ya por su culpa. Me han llegado a llamar marido complaciente.

Suspiraba al hablar así. Poco a poco, hasta cierto punto, había llegado yo a una especie de intimidad con aquel ser tan vil, aunque no fundamentalmente malo. Me retenían su admiración hacia mí y el placer que parecía experimentar con mi presencia. Sin embargo, yo recordaba en todo momento que no se trataba sino de un infecto granuja circunstancialmente embarcado en una empresa innoble. Me daba pena, y no le extrañe al lector: siempre fui débil de carácter y harto inclinado a dejar para mejor ocasión mis raptos de energía.

El día del desembarco en Liverpool llovía a mares sobre la negra y sucia ciudad. Por mi parte yo aún no había decidido un plan concreto de actuación, salvo el de no perder de vista al bribón de mi acompañante, de modo que accedí a hospedarme en el mismo hotel, tomando mis comidas en su compañía y discurriendo con él por las húmedas calles. Una noche fuimos los dos al teatro, y para el día siguiente convinimos en dar un paseo hasta Chester. Debo confesar que hasta entonces no había sacado yo a relucir la cuestión de Carthew, sobre todo desde que nos encontrábamos en Inglaterra. Esta vida absurda y ridícula se prolongó durante todo el tiempo que empleamos en visitar algunas otras ciudades interesantes. En realidad nadie habría sospechado siquiera que uno de nosotros era un chantajista que temblaba ante la proximidad del momento de actuar, y el otro un detective aficionado que vigilaba a su presa. Cada cual tenía miedo a separarse del otro; cada cual tenía miedo a hablar. Carthew, Stallbridge—on—Carthew y la estación ferroviaria de Stallbridge—Minster eran temas cuidadosamente soslayados en nuestras conversaciones.

No obstante, nos acercábamos poco a poco al punto neurálgico, del mismo modo que las trincheras de los sitiadores zigzaguean hacia la plaza disputada. Así pues, llegó un día en que —no sabría decir cómo— nos apeamos en la estación tan silenciada, que he mencionado antes, y nos adentramos en la vieja población. Yo había dejado llegar aquella fecha sin preparar nada y sin trazar proyectos ni agenciarme aliados. ¿No hubiese sido preferible romper el silencio mucho antes y hablar claro sobre el tema que tanto nos interesaba a los dos? No; continuábamos discutiendo cosas indiferentes. Constantemente acudía a mi espíritu el deseo de hablar, pero las palabras morían en mis labios.

A la hora de cenar, en la posada, pedí no recuerdo qué vino espumoso con la esperanza de que se me desatara la lengua. Pero aquel vino era detestable y dejé a Bellairs la tarea de terminar con él, porque el leguleyo tenía tanto paladar como una lata de sardinas. ¿Fue el abuso del vino lo que, al sensibilizarle, le reveló intuitivamente la proximidad inmediata del momento crítico? No sé. Lo cierto es que, decidido a hablar, subí a buscar mi petaca, y cuando bajé de nuevo al comedor ya no estaba Bellairs. El hostelero me dijo que para su sorpresa el extraño cliente se había marchado apresuradamente, y al parecer de un modo definitivo. No había perdido el tiempo.

En las vacías calles la lluvia había tomado una densidad de verdadero diluvio. ¿Dónde podría haber ido mi caballero de industria? Me quedé otra vez inquieto, creyéndole ya en camino de Stallbridge—on—Carthew, o acaso también frente a un interlocutor pálido de espanto, desplegando sus amenazas. Un impulsivo se habría lanzado en su persecución; pero yo, aun siendo como soy, nunca me siento impulsivo. Además, graves objeciones se oponían a una acción precipitada.

En primer lugar no estaba seguro de que Bellairs hubiera encaminado sus pasos a la residencia de Carthew; en segundo lugar, no me atraía nada una larga caminata bajo la lluvia y en plena noche, y finalmente, aún no sabía cómo componérmelas para presentarme en una casa desconocida, ni qué podría decir en ella al ser recibido. Me dirigí a mí mismo un buen sermón:

—¡Vaya una farsa! Estás metiéndote en lo que no te importa. Serías más útil en San Francisco, o más feliz en París. Pero, como la cólera del cielo te ha conducido a Stallbridge—Minster, lo más prudente es que vayas a acostarte.

Ai subir la escalera para entrar en mi habitación comprendí por fin lo que ya debería haber hecho, y que ahora era demasiado tarde para pensar en hacerlo. Consistía en escribir a Carthew una carta muy detallada, haciéndole un retrato moral y físico de Bellairs, brindándole medios de defensa en caso de que fuese capaz de usarlos, o si no, darle tiempo para escapar. ¡Otra negligencia! Decididamente, mi amor propio me había jugado una mala pasada. Fui a acostarme.

No sé qué hora sería cuando me desperté. Bellairs entraba en mi habitación, tambaleándose un poco y llevando un candelabro. Sin duda el vino espumoso se le había subido a la cabeza, porque estaba cubierto de barro de arriba abajo. La intoxicación, empero, se había disipado ya, pero el hombre parecía dominado por una violenta emoción que a duras penas lograba reprimir. Temblaba, y varias veces en el curso de la conversación que siguió, vi asomar el llanto a sus ojos y deslizarse a torrentes por sus mejillas.

—Disculpe, caballero, esta visita intempestiva —dijo—, pero no intentaré excusarme. No hay excusa para mí. Me he envilecido, y ahora me veo severamente castigado.

Vengo a implorar su piedad y a pedirle un poco de ayuda, si no quiere usted ver cómo me vuelvo loco.

—¿Qué ha pasado?

—Me han robado. Es culpa mía. El castigo es justo.

—Pero ¡por Dios! ¿Quién le va a robar en semejante pueblo?

—No sé nada. Me he despertado en la cuneta. Es muy degradante tener que confesarlo.

Pero, en mi defensa, quizá pueda decir que usted, por un exceso de bondad hacia mí, tiene alguna responsabilidad en esta vergonzosa aventura. No estoy acostumbrado a los vinos fuertes, ¿sabe usted?

—¿Qué clase de dinero era el suyo? Quizá sea posible recobrarlo —sugerí.

—Libras inglesas en oro, compradas en Nueva York a un cambio bastante ventajoso... ¡Ah, Dios mío! Con lo que había trabajado para reunir ese dinero.

—¡Vaya! No es para sentirse optimista. ¿No será mejor acudir a la policía, aunque no veo mucha probabilidad...?

—Tampoco la veo yo por ese camino, señor Dodd —afirmó—. No tengo otra esperanza que usted. No me resultaría difícil probarle cómo un pequeño, un insignificante anticipo que me diera constituiría una inversión ventajosa. Pero no, recurro a su humanidad. Hemos sido casi íntimos. Bajo la influencia de una simpatía instintiva, le he mostrado el fondo de mi corazón, y estoy seguro de que usted me ha escuchado con cariño. Piense que un mísero préstamo puede salvarme la vida. Con quinientos dólares tendría más que suficiente.

—¿Y yo los recuperaría a expensas de Carthew? —exclamé—. ¡Muy agradecido!... No. Escuche lo que puedo hacer: le embarcaré en un paquebote, pagando su viaje hasta San Francisco, y daré al sobrecargo cincuenta dólares que le serán entregados a usted en Nueva York.

Parecía beber mis palabras. Su cara resplandecía de mal disimulado éxtasis. Estaba seguro de echarme la zancadilla. Empezó a discutir:

—¿Qué diablos quiere usted que haga yo en San Francisco? No puedo ejercer, no tengo ningún asunto y le consta que no estoy solo, que otros dependen de mí.

—Escribiré a Pinkerton. Estoy seguro de que le encontrará alguna cosilla. Y mientras tanto, le diré que le entregue a usted en persona veinticinco dólares durante los tres meses siguientes a su llegada allí.

—Señor Dodd —dijo—, no puedo admitir que esté usted hablando en serio. ¿Olvida que esos Carthew son los amos de la comarca? Su fortuna asciende a varios millones de dólares, sólo en fincas, y viene usted a ofrecerme una miserable propina de algunos centenares de dólares...

—No se trata de una propina, caballero —rectifiqué—, sino de una limosna. Ni se le ocurra pensar que yo voy a facilitarle las operaciones de su indecente profesión, pero tampoco quiero que se muera de hambre.

—Pues bien: déme cien dólares y me conformaré.

—No. No haré más de lo que he dicho. Ni más ni menos.

—¡Tenga cuidado! Me toma usted por tonto. Se busca un enemigo por nada... —luego, volviendo inopinadamente de la amenaza a la súplica, exclamó: —¡Setenta, sólo setenta dólares, por piedad, señor Dodd, por caridad! No me quite el pan de la boca. Usted tiene buen corazón. Piense en mi situación. Acuérdesese de mi mísera vida.

—Le he hecho la única oferta que podía hacerle. Y ahora me gustaría poder dormir...

Los rasgos de su maligno rostro se endurecieron.

—¿Es su última palabra, caballero? Considere los dos aspectos del asunto. Reflexione, se lo suplico. ¡Ponga mucho cuidado en lo que haga!

—He pronunciado mi última palabra, sí.

La transformación del hombre fue sorprendente. Una espantosa mueca de cólera le deformó las facciones y empezó a vomitar insultos como en un raptó de locura. Una especie de temblor incontrolable volvió a apoderarse de él.

—¡Espía, falso amigo, odioso hipócrita cebado! Antes le vería morir de sed que darle una gota de agua. No me asusta; le desprecio, le escupo. Si tuviera fuerzas le arrancaría las entrañas. ¡Maldito, maldito, maldito! Me cree débil, pero puedo morder hasta hacer sangre, sí morderle, aplastarle, descuartizarle... ¡Ja... ja... ja!...

Le sacudía convulsivamente una cólera simiesca, de epiléptico, que no se extinguió hasta la llegada del hospedero y sus criados, quienes acudieron formando un abigarrado muestrario de indumentaria nocturna. Les entregué el loco.

—¡Métnle en su habitación! —dije—. Está borracho.

Eso fue lo que dije, pero en mi fuero interno tenía la certeza de haber hecho otro descubrimiento: el de que Bellairs era un loco en estado latente.

12. — STALLBRIDGE—ON—CARTHEW

Bastante antes de despertarme, el triste personaje había desaparecido, dejando su cuenta sin pagar. Debió de juzgar que al menos le pagaría eso. Por supuesto, no tuve la menor necesidad de preguntar adonde había ido. Demasiado lo sabía: me bastaba con seguirle. A las diez de la mañana un cabriolé me llevaba a Stallbridge—on—Carthew.

Pensaba en Bellairs. Mi opinión sobre él había cambiado mucho. Ya no me lo imaginaba huyendo ante mí, sino más bien lanzándose al asalto, con la cabeza gacha, firmemente decidido a realizar la peligrosa tentativa de la cual nadie le apartaría ya por la razón ni por el miedo. Antes le había comparado a un hurón, ahora se me ofrecía bajo el aspecto de un perro rabioso. No andaba: corría, aullaba, mostraba sus colmillos. Si la muralla de China se atravesara de repente en su camino, la atacaría con sus garras.

Al salir del pueblo, la carretera descendía en rápido declive hacia el valle del Stall, para desfilar luego a lo largo de vastos campos cercados, bajo una continua bóveda de verdor. Mi cochero me previno que estábamos ya pisando tierras de los Carthew. Un muro liso apareció a nuestra izquierda, y poco después distinguí por primera vez la casa señorial, encerrada en un estuche de frondoso follaje, constituido por un parque atestado de viejos árboles, rododendros y laureles recortados.

Vi unos cisnes en un estanque, un jardín florido. Sobre el césped pacían algunos animales. Una pequeña aldea se había formado junto a la entrada de la finca. Una hostería confortable, *El Escudo de Carthew*—, se destacaba como parte principal de la misma. Por dentro estaba decorada con los retratos de ilustres miembros de la familia cuyo nombre llevaba. El propietario era un antiguo mayordomo del castillo, y su esposa una antigua doncella.

Pronto comprendí que lo de viajar por aquella comarca sin prestar el homenaje de una visita a tan magnífica finca habría sido casi una ofensa. Un jardinero se brindó a servirme de guía en la obligada peregrinación. Hablando con él no tardé en enterarme de que el señor Norris no estaba en sus lares, sino viajando por el extranjero, y que un visitante que me precedía había dado antes que yo una vuelta por la propiedad. Supe al momento de quién se trataba, y es fácil imaginarse la prisa que tuve por enterarme de lo que había hecho y visto. Por fortuna el mismo jardinero le había servido de cicerone.

—¿Un americano? Sí, señor. Quizá no fuese en absoluto lo que se llama un caballero, pero, en todo caso, era un hombre muy distinguido.

Comprendí que nuestro hombre había tenido la delicadeza de prestar a todas las explicaciones un oído complaciente y mostrar admiración en progresión continua a medida que avanzaba en su forzado peregrinaje. Su sorpresa ante la belleza de los arriates había halagado infinitamente al jardinero. Todo esto entraba de lleno en el estilo de Bellairs. Sin embargo, ¡qué decepción debió de haberle causado la ausencia de Norris Carthew! Una decepción lindante con la desesperación. Pero, aun así, el artista de los jardines lo describía sonriente, insinuante, ensalzando el panorama y las flores, hablando como un libro. Tal fuerza de carácter me producía asombro, hasta un poco de espanto.

—Es curioso —dije a mi guía—. Tengo el gusto de conocer al señor Carthew, e ignoraba, por cierto, que ninguno de nuestros amigos de allá estuviese ahora en Inglaterra. ¿Quién sería?... Acaso... No. No habría tenido tanta audacia... Dígame: ¿se llamaba Bellairs?

—No oí su nombre, señor.

—¡Lástima! Desde luego, si era él, no es el tipo de hombre que al señor Carthew le habría gustado que rondase por aquí durante su ausencia.

—¡Dios mío! —exclamó el jardinero—. Un hombre tan correcto. Si parecía un maestro de escuela. ¿Podría usted hablar de este asunto con el señor Denman, nuestro mayordomo?

Acogí de buena gana la proposición, que me evitaba el resto de la visita. Repetimos nuestro recorrido a través del parque por el sendero más corto. Durante el camino tuve ocasión de distinguir a una señora anciana, de magnífica dignidad en su porte, que me fue nombrada por el jardinero como lady Ann Carthew, madre del Norris a quien yo andaba buscando. Parecía sumida en profunda melancolía. Hice esta observación, y el otro me explicó:

—No le extrañe, señor. Su esposo, nuestro viejo amo, murió el año pasado. Dos meses después le tocó el turno a lord Tillibody, hermano de la señora. Luego su hijo mayor pereció en un accidente de caza. Era el favorito de su señoría. Jamás ha sentido, ni de lejos, el mismo cariño por el señor Norris.

—Ya sé, ya sé —afirmé, como un hombre que está al corriente de las particularidades íntimas de una familia amiga—. Todo eso es muy triste. ¿El regreso de Norris no mejoró las cosas?

—Creo que fue al contrario, señor. Pareció sentirse dichosa de volver a verle, y todos estábamos muy contentos, pues uno no puede menos que querer a sus señores.

Pero todo hace suponer que, la misma noche de su regreso, el señor Norris tuvo con milady una escena bastante penosa, porque al día siguiente se marchaba de nuevo. «Denman —dijo al mayordomo estrechándole la mano—, nunca más volveré por aquí.» Pero... no sé si debería yo contar esto a un forastero.

Parecía atemorizado por haber llegado tan lejos. El pobre hombre me había hecho saber más cosas de lo que suponía. La noche de su retorno, Carthew debió de contar sus aventuras a su asustada madre. Probablemente sería el recuerdo de aquella terrible entrevista, más que el de las desgracias familiares, lo que pesaba sobre el espíritu de la anciana dama cuando se paseaba, solitaria, por el parque de los Carthew. Vería aparecer entre los senderos la imagen de la isla Midway y los restos del *Nube Volante* naufrago.

El señor Denman me escuchó con gesto avinagrado. Me informó de que el «borrón» de la familia había partido.

—¡Partido! —exclamé—. Hay algo que puedo decirle, y es que no vino por el único placer de visitar el solar de sus abuelos.

—¿Por qué diablos querría usted que viniera si no?

—Iba en busca de una información, y creo que la obtuvo. ¿Dónde está el señor Carthew en este momento? Lamento de veras no encontrarle en casa. ¿Dónde está?

El mayordomo, lleno de desconfianza, se encogió de hombros, diciendo:

—Está de viaje, caballero.

—¡Bravo! —exclamé yo, encantado—. Por su respuesta, supongo que no ha confiado usted las señas de Carthew al forastero indiscreto.

Como hiciera Norris al partir, estreché la mano al fiel Denman, aunque sin gran entusiasmo, pues había fracasado en mi tentativa de conocer por mi cuenta el paradero de su señor. Por otra parte, estaba convencido de que Bellairs había tenido más éxito que yo. De lo contrario no se habría marchado tan deprisa, y habría vuelto a encontrarle al día siguiente, estrechando el asedio del impenetrable Denman.

Aunque pude escapar a la visita de los pastos y del ganado, tuve que resignarme a visitar la casa. Una dama de plateados cabellos me la enseñó al detalle: salones, galerías de cuadros, todo, sin olvidar la menor explicación. ¡Aquello no acababa nunca! El jardín de invierno fue eliminado del programa porque lady Ann se había retirado allí.

¿Qué me importaba, al fin y al cabo? No pensaba sino en Bellairs, huyendo, provisto de las ansiadas señas. Si no las había obtenido mediante preguntas indiscretas, las habría logrado —no me cabía duda— por virtud de algún feliz incidente. Falto de semejante oportunidad, yo debía declararme vencido. El hurón tenía tiempo de atacar a su presa y sangrarla. Supondría la caída de la casa Carthew. Cuanto representaba de grandeza, de riquezas, de nobles tradiciones y de persistencia del viejo e hidalgo señorío, se encontraba, pues, en mis manos, dependía de la mayor o menor suerte e ingenio de un antiguo bohemio del Barrio Latino.

En la posada recobré mi serena apariencia y me volví atento y afable con la esperanza de favorecer un azar susceptible de serme útil. Como yo era el único cliente de aquel día, fui invitado a almorzar con la familia entera del posadero, el señor Higgs. Acepté de buena gana. No se habló más que de la familia Carthew, en un flujo incesante de evocaciones señoriales. Poco a poco, sin embargo, acabé por poner sobre el tapete a mi íntimo amigo el señor Norris.

Al oír este nombre, el antiguo mayordomo se escudó tras una actitud diplomática. Su mujer se mostró parca en palabras. De toda la serie de antepasados y parientes, aquel Carthew era la única persona que no había llevado a efecto ninguna acción digna de ser mencionada. Toda su historia parecía resumirse en que se había ido al diablo dejando tras él no pocos pesares. Desde su más tierna infancia no había demostrado poseer ningún rasgo propio de los Carthew, ni más inclinación que la de los placeres innobles y de las camaraderías plebeyas, llegando hasta el extremo de haber ido en compañía de los pilluelos del campo a robar huevos.

A los veinte años se le veía recorrer el lugar con un morral a la espalda, haciendo dibujos de las campiñas y charlando en las tabernas. ¡Ni sombra de orgullo! Se sentaba al lado del primero que llegaba. Y no sólo era excéntrico, sino también manirroto y disipado. En la universidad se hablaba todavía de sus deudas, y además se le expulsó de ella. Pero al principio de su carrera diplomática las inquietudes de su familia se hicieron mayores. Persistía en sus locuras, contraía más y más deudas... y no obstante, todo el mundo le encontraba muy simpático.

Las cosas habían llegado a un punto tal que su padre le expidió al extranjero.

Sin dejar de prestar una constante atención a la charla, tenía yo buen cuidado de conservar

en todo lo posible mi amistad con la hija del posadero. Por suerte la chiquilla se encontraba en la edad eminentemente corruptible de los siete años. Merced a un chelín, más seis peniques que deslicé en su hucha, seguidos del regalo de un dólar en oro que extraje del fondo de mi bolsillo, la compré en cuerpo y alma. Me habría seguido hasta el fin del mundo.

No habían quitado todavía el mantel, cuando la pequeña Agnes trepó sobre mis rodillas con ánimo de mostrarme las riquezas de su álbum filatélico. Otra visita de curiosidades que me era menester aguantar. Como nada me aburre más que los sellos, durante el examen de aquella espléndida colección llegué a cabecear adormilado, de modo que, sin querer, tiré al suelo el álbum.

Debajo de la cubierta había una abundante reserva de sellos sin colocar aún en su sitio y seguramente destinados a intercambios.

Al recogerlos del suelo me sorprendió la gran cantidad de sellos franceses de veinticinco céntimos que había allí. Era evidente que alguien sostenía desde Francia una correspondencia regular con Stallbridge—on—Carthew. Instintivamente me pregunté si ese alguien era Norris. Un sello me indicó en la marca del matasellos la inicial C. Un segundo sello me condujo hasta la CH. No era para sentirse muy esperanzado, dada la cantidad de lugares en Francia que empiezan por CHATEAU. Probé, pues, a esparcir todos aquellos sellos para estudiarlos a mi gusto.

La niña me sorprendió en flagrante delito.

—¡Qué malo! ¡Me roba mis sellos! —gritó, arrancándome su propiedad.

Me encontraba en una situación bastante falsa. Pero movida sin duda por la piedad, la señora Higgs vino en mi socorro. Probablemente me consideró una especie de monomaniaco inofensivo e insinuó que si al señor le interesaban los sellos, quizá viera con gusto la colección que el señor Denman reunía desde hacía cuarenta años, y dirigiéndose a la niña, añadió:

—Agnes, sé buena y ve a pedir el álbum al señor Denman. Al caballero le gustaría verlo.

—Pídele que incluya también los sellos para intercambio —le recomendé—. Creo que tengo alguno de los míos. Haremos un pequeño negocio.

Media hora más tarde el señor Denman hacía su entrada con un álbum imponente debajo del brazo.

—¡Ah, señor! Cuando he sabido que es aficionado a los sellos, lo he dejado todo por usted. Los coleccionistas estamos unidos por estrechos vínculos. Formamos una misma familia.

Pero no resulta tan fácil como parece simular pericia en lo que uno ignora, sobre todo en presencia de un hombre competente. Me vi obligado de continuo a corregir crasos errores, y no sé qué opinión se habría formado de mí el señor Denman si al poco rato no hubiese descubierto yo su afición al viejo oporto del señor Higgs, un oporto tan excelente que no había podido emigrar de ninguna otra parte sino de las bodegas del noble castillo para pasar a las más modestas de *El Escudo de Carthew*. Cada vez que mi excesivamente débil ciencia me ponía en peligro, me apresuraba a llenar o más bien a rellenar el vaso del mayordomo. Y así, cuando llegamos al momento de examinar los sellos de intercambio, el hombre se encontraba en ese estado de somnolencia en que el más astuto filatélico deja de ser temible.

Entre aquellos sellos suplementarios, lo mismo que entre los de la niña, había un gran número de ejemplares de 25 céntimos de Francia. Estudiándolos a hurtadillas, identifiqué la C y la CH, después algo así como una A en tercer lugar, seguida de una Y final, y más tarde otras tres letras apenas marcadas e indescifrables. Al cabo vino un sello que llevaba una L antes de la Y. Instantáneamente el nombre buscado se alineó ante mis ojos. No podía ser más que Chailly, Chailly—en—Bierre, donde se encuentra la estafeta postal que administra el correo de Barbizon, ilustre pueblo de pintores; un buen retiro para que se escondiera alguien que, como el señor Norris, había recorrido toda Inglaterra tomando apuntes; un adecuado rincón para aquel Goddedaal que había olvidado su espátula a bordo del *Nube Volante*. Por lo visto, mientras el leguleyo y yo le buscábamos en Inglaterra, el amigo me estaba aguardando en el mismo lugar que me había señalado como última etapa de mi viaje.

No me importaba que Bellairs hubiera llegado al mismo hallazgo que yo, por el mismo o por cualquier otro procedimiento. Lo importante era que ahora luchábamos con armas iguales, y que mi misión en Stallbridge—on—Carthew había sido llevada a buen término. Mi interés por los sellos se desvaneció de súbito. Me desembaracé precipitadamente de Denman, y, habiendo dado orden de enganchar el cabriolé, me sumí en la lectura de la *Guía de Viajeros*.

13.— CARA A CARA

Eran las dos de la tarde cuando llegué a Barbizon. A esta hora todo está en reposo en aquel pueblo. Los pintores andan a la caza del «motivo»; los perezosos vagabundean por el bosque o el llano; la única calle del pueblo está desierta y la posada vacía. Sin embargo tuve el placer de encontrar en ella a uno de mis camaradas de otro tiempo.

—¡Stennis! —exclamé—. Eres el último hombre con quien esperaba encontrarme aquí.

—No voy a permanecer mucho más —contestó—. Para espectros como nosotros el viejo Barbizon ha muerto. Hace una semana que estoy aquí, y la única persona que ha parecido reconocermelo ha sido el posadero.

—¿Qué clase de beduinos acampan en las ruinas de lo que fue nuestra ciudad?

—¡Bah! Un montón de jovenzuelos, venidos de Dios sabe dónde. Sólo hay uno que me recuerda nuestros buenos tiempos. Es un inglés, como yo.

El recuerdo de mi investigación, olvidada un instante a causa de aquel encuentro, volvió a mi espíritu y pregunté:

—¿Cómo es? Háblame de él.

—¿De quién? —dijo Stennis, y luego agregó—: ¡Ah, sí! Del inglés. Un poco tristón, aunque buen chico. Pero, aunque se esmera en resultar muy británico, se diría que alimenta una gran admiración por los Estados Unidos. Hasta se hace enviar prensa de allá, y la lee religiosamente.

—¿Prensa?... ¿De qué sitio?

—Pues... de San Francisco. Le llega en paquetes, dos veces por semana, y hay que ver cómo la repasa. Ha instalado aquí un estudio muy elegante y vive rodeado de obras de arte. A los treinta años, pinta sin haber aprendido en ninguna escuela. Lo que garabatea no está mal del todo. Mira, ese lienzo es suyo.

Fui hasta la ventana, que Stennis me señaló al otro extremo del viejo comedor con paredes cubiertas de pinturas —regalo de los clientes— donde antaño había pasado tan buenos ratos. Del apunte indicado por Stennis, de una factura amplia y hábil, tratada a base de gruesas masas de color extendidas con la espátula, no fue el arte del pintor lo que me interesó por el momento, sino más bien el tema.

En primer término, unos matorrales, con arena sembrada de pequeños restos de naufragio; más alto, una laguna encerrada dentro de un muro de arrecifes; al fondo, una ancha porción de océano bajo un cielo sin nubes. Me pareció oír el estrépito de las rompientes, pues aquella tela no era más que un paisaje de la isla de Midway, tomado desde el mismo punto donde desembarqué la primera vez, y donde volví a embarcarme al abandonarla definitivamente. Había una mancha sobre el horizonte, y advertí que representaba el humo de un vapor.

—Está bien —dije, volviéndome hacia Stennis.

—Sí —asintió—. Una obra de fantasía, pero interesante, por cierto, pues parece que los pintores de hoy día han perdido la imaginación.

—¿Me has dicho que se llamaba...?

—Madden.

—¿Sabes si ha viajado mucho?

—No sé nada. Tampoco él cuenta nada de sí mismo. Acostumbra a estar sentado, charlando, gastando algunas bromas. Sobre todo, parece poner mucho cuidado en portarse como un caballero. No creo que intimes con él. A ti te gustan los licores con más grados. Te va a parecer soso como el agua.

—¿Tiene unas patillas grandes, rubias, en forma de colmillo? —pregunté yo, acordándome de la fotografía de Goddedaal.

—Claro que no. ¿Por qué?... Pero ¿qué te pasa, Dodd? Nunca te he visto tan preguntón.

—Es que creo conocer a ese hombre. Quizá sea el que busco... un hermano perdido hace mucho tiempo.

—No será un hermano gemelo, en todo caso.

Poco después, una vez llegado el coche que había encargado, Stennis se marchó.

Pasé toda la tarde paseando por la llanura, en medio del campo. Iba a ver a aquel hombre cuya voz había oído, con quien había soñado tantas veces en mis noches de insomnio. Iba, por fin, a aclarar el misterio de aquella extraordinaria sustitución de tripulantes... El sol descendía sobre el llano que J. F. Millet nos reproduce en su *Ángelus* y a la hora de cenar regresé al hostel, donde me senté a una mesa frente al misterioso Madden. Era un hombre de más de seis pies de altura, bien plantado, con cabellos negros y surcados por hilos de plata, ojos oscuros y bondadosos; su boca, que revelaba un temperamento apacible, mostraba dientes magníficos. Vestido a la inglesa, llevaba ropa fina, y sus manos parecían muy cuidadas. Se advertía lo popular que era entre los pintores jóvenes.

Nos presentamos uno a otro de un modo muy sencillo. Probé el vino ordinario que me habían servido. Pero supongo que ya había perdido el hábito del vino ordinario, pues lo encontré detestable:

—¡Qué vino! —exclamé—. ¡Vaya una porquería!

Había hablado en inglés. Madden, afable y complaciente, me contestó en la misma lengua:

—¿Verdad que sí? Permita que comparta el mío con usted. Le llaman chambertin, aunque no lo es. Sin embargo, no resulta tan malo. Es lo único decente que se puede beber en esta casa.

Acepté. El hielo estaba roto. Me aproveché de ello:

—Según creo, se llama usted Madden. Mi amigo Stennis me ha hablado de usted a mi llegada.

—Sí. Lamento que se haya marchado. Me parece que soy un abuelo en medio de toda esta juventud.

—Mí nombre es Dodd; Dodd, de San Francisco. Pinkerton y Dodd, ¿sabe usted?

—Montana—Bloc, supongo.

—Usted lo ha dicho.

No nos mirábamos a la cara, pero pude ver cómo sus manos hacían febrilmente bolitas de migas de pan. Señalando a la tela, proseguí:

—Me gusta mucho ese apunte. El color, el efecto... Lo tiene todo.

—Veo que sabe usted adonde va —concluyó—. Entonces, ¿conoce a un tal Bellairs?

—¡Ah! —dije—. ¿Le ha escrito el doctor Urquart?

—Esta misma mañana he recibido su carta.

—No tenemos prisa en lo que a Bellairs se refiere. Pero es una historia larga y un poco curiosa. Tenemos muchas cosas que contarnos y quizá fuese mejor esperar un poco más de soledad.

Aceptó mi idea. Ninguno de aquellos jóvenes sabía inglés, ciertamente, pero estaríamos más cómodos en su cuarto.

—A su salud, Dodd.

Correspondí al brindis. Así, la doble presentación pasó inadvertida entre aquellos treinta diablos y sus amigas sumariamente ataviadas, con el rostro empolvado, que vociferaban sin tregua acompañándose de un incesante tintineo de vajilla.

—Otra pregunta —dije—. ¿Ha reconocido mi voz?

—¿Su voz? ¿Cómo quiere que...? No la había oído jamás, no le conocía a usted.

—Sin embargo tuvimos una conversación, muy corta. Le hice una pregunta, a la cual no respondió usted, y he vuelto a hacérmela a mí mismo muchas veces desde aquel día.

Palideció de pronto:

—¡Dios mío! ¿Era usted el hombre del teléfono?

Aprobé con la cabeza.

—Bien —comentó—. Necesitaría una enorme grandeza de alma para perdonarle aquello. ¡Qué noches me hizo pasar! Aquella vocecilla no cesó de zumbir en mis oídos desde entonces, como el viento al soplar por el agujero de una cerradura. ¿Cómo fue que...? ¿Qué significaba?...

—Seguramente nacimos para darnos mutuos quebraderos de cabeza a base de enigmas. Muchas veces he creído que se me derretían los sesos.

Carthew fue presa de un acceso de risa:

—Sin embargo, ni usted ni yo hemos estado tan intrigados como otros que conozco —dijo.

—¿Quiénes?

—Los aseguradores. No comprendieron nada. Los que garantizaron el *Nube Volante* formaban un pequeño sindicato de negociantes minúsculos. Uno de ellos tiene ahora coche propio y pasa por estar hecho de la madera de los grandes financieros. Otro ha podido amueblar una casa de campo con sus beneficios. Pero a todos les da vueltas la cabeza, y cuando se encuentran no saben dónde posar los ojos, como los antiguos augures.

Terminada la cena, nos fuimos en seguida a su estudio. Daba una impresión de gran riqueza. Las paredes estaban adornadas con cuadros de precio: un Rousseau, un Corot, un Whistler... Se respiraba la comodidad.

No era una historia en cuatro líneas la que yo debía contar, empezando por el día en que Jim leyó la narración del naufragio, hasta mi almuerzo en *El Escudo de Carthew* y el episodio de los sellos de Chailly. Carthew hizo todavía más largo mi relato, porque, como no le daba yo todos los detalles que le interesaban, me asediaba a preguntas. Las doce de la noche habían sonado en el viejo reloj mucho antes de estar cerca del final. Pero al fin llegamos al término de mi narración.

—Gracias —me dijo—. Ahora me toca a mí. La verdad es que no agrada mucho contar las brutales violencias que... Aún me pregunto cómo puedo dormir con esto en la memoria. Ya lo he contado una vez...

—A Lady Ann, ¿no?

—En efecto y, sinceramente, había jurado no volver a contarle jamás. Pero entiendo que usted tiene derecho a conocerlo. Lo ha pagado bastante caro. El cielo sabe que no pretendo proporcionarle ningún placer con ello.

Empezó su relato. Cuando llegó al final despuntaba un nuevo día: cantaban los gallos en el pueblo, y por la calle los leñadores se dirigían al trabajo.

14. — UNA PENSIÓN EN AUSTRALIA

Singleton Carthew, padre de Norris, era un hombre reciamente constituido, aunque sin personalidad ni relieve, estúpido como un cordero, sensible como un músico y escrupuloso como un perro. Parecía estar convencido de ser el sumo sacerdote solemne e intolerante de cierta especie de religión aristocrática. Los modales de Norris le irritaban y le ofendían. Consideraba a su hijo un idiota, y estaba completamente seguro de que éste le devolvía con creces el cumplimiento. La historia de sus relaciones podría resumirse en pocas palabras: no se vieron sino escasas veces, y sólo para discutir. En cuanto a su madre, mujer fogosa, mordaz y de sentido práctico, decepcionada ya por su marido y su hijo primogénito, sólo encontró en Norris un nuevo motivo de decepción.

Sus defectos no resultaban muy graves, sin embargo. Era tímido, indolente, exento de ambición y desprovisto de todo espíritu de empresa. Nada le atraía, nada le inducía a la acción. Le gustaban el aire libre y el trato con cualquiera, con tal de no estar solo. Su niñez, pasada en una galería de cuadros históricos y retratos de familia, había alimentado su inclinación por la pintura, afición que hubo de acrecentarse a medida que fue haciéndose hombre.

Sin consultarle, le enviaron a la Universidad de Oxford. El saber no le atraía. Se distinguió sobre todo en los deportes. Siempre original, fue una especie de héroe cuyos cortesanos imitaban su melancolía, su desprendimiento y su neo-byronismo. «Verdaderamente —decía— nada tiene importancia.» Los directores de la Universidad juzgaron insolente su actitud, y fue «devuelto a sus padres» en el transcurso del segundo año. Dejaba en Oxford algunas pequeñas deudas.

El acontecimiento era inédito en los anales de los Carthew. El padre hizo a su hijo los más graves reproches. El hijo observó respetuosamente que habría sido mucho mejor dedicarle a estudiar pintura, por ser lo único que le interesaba.

—¡Tonterías! —gruñó el lord, que acto seguido envió a su vástago a estudiar idiomas en el extranjero.

Entonces Norris adquirió otras deudas más importantes que le fueron reprochadas con mayor dureza. No vigilaba sus gastos, se dejaba robar por los criados. Cuando se encontraba muy comprometido, prevenía sin muchos circunloquios a sus padres, y éstos, cansados de tanta molestia, le entregaron la administración de su propio patrimonio después de haber hecho entrar al aspirante a pintor en la diplomacia. A los veinticinco años Norris no tenía ya un céntimo, debía a unos y otros, e igual que muchos ociosos e indiferentes, había contraído el hábito del juego. El padre tuvo que rescatar a precio bastante alto el honor de los Carthew. Esta vez fue ya demasiado. Embarcaron a Norris para Australia, donde le sería pagada una renta anual de trescientas libras en fracciones trimestrales por un abogado de Sydney. No le pidieron que escribiera; le advirtieron que, de no encontrarse en Sydney dentro de un plazo determinado, se le consideraría a partir de aquel instante como muerto, y la pensión quedaría automáticamente suprimida. Si regresaba de incógnito a Europa, una nota en los periódicos anunciaría que la familia no se hacía solidaria de las deudas de un miembro indigno.

Su padre le encontraba insoportable porque acogía las más violentas recriminaciones con una calma perfecta y una continencia bastante respetuosa, sin abandonar jamás su

imperturbabilidad. Cuando sobrevino esta última catástrofe, apenas pareció mostrar interés por el asunto. Se embolsó dinero y reproches, obedeció al pie de la letra, tomó el buque y se fue a Sydney. A los veinticinco años era todavía un chiquillo, de modo que al sexto día de su llegada a Australia se encontraba sin un penique y con tres meses por delante. Con el aplomo propio de los forasteros en un país nuevo, empezó a asediar todas las oficinas posibles y a ofrecerse para trabajos de todas clases, ninguno apropiado para él. En todas partes le pusieron de patitas en la calle, y hasta le despidieron del hotel donde habitaba. Así pues, vistiendo un elegante traje, se vio obligado a codearse con los últimos vagabundos. Intentó buscar ayuda en el procurador encargado de pagarle sus trimestres.

—Señor Carthew —le dijo aquel personaje—, le quedaré infinitamente agradecido si se digna recordar que mi tiempo es precioso. No es usted el único «pensionista» con quien tengo tratos. Para usted y sus semejantes tengo una norma de conducta establecida a rajatabla. Empiezo por anticipar un soberano o libra esterlina: aquí está. Cada día que usted lo desee, mi empleado le entregará dos chelines, todo ello a condición de que no se dirija a nadie sino a mi empleado, de que no se presente aquí bajo la influencia del alcohol, y de que una vez pagado y después de firmar el correspondiente recibo, se retire usted sin demora. Hasta la vista, caballero.

—Le doy las gracias —respondió Carthew—. Mi situación es tal que me veo obligado a aceptar esa subvención de hambre.

—¡De hambre! ¡Nadie se muere de hambre aquí, con un chelín por día! Tuve entre mis clientes a un joven que supo permanecer constantemente ebrio durante seis meses bajo un régimen semejante.

El hombre de leyes se refugió de nuevo tras sus papeles. Cada mañana a las diez, durante los tres meses que siguieron, Carthew se presentó en la oficina, sucio y despeinado. Pasaba las noches en un banco público, sobre el césped de los jardines, en compañía de lo más bajo de la humanidad, y especialmente entre los granujas del mundo entero: los *larrikins* de Sydney. Empleaba el día en vagabundear, mascando briznas de hierba, y luego, de noche, volvía al sueño, un sueño turbado por gritos, llamadas y fugas, mientras a su alrededor pasaban elegantes carruajes cargados de hombres y mujeres con trajes de etiqueta, riendo a carcajadas...

Siempre ávido de compañía, tanto en esta vida como en la anterior, hizo amistades. Un día, cuando acababa de socorrer a un pobre perro torturado por una pandilla de granujas, fue a sentarse en un banco en el cual se encontraba ya un empleado sin trabajo, delgado y pelirrojo, que se apellidaba Hemstead. Incapaz de intervenir por sí mismo, felicitó a Carthew, previniéndole de que otra vez quizá no saliera indemne de semejante empresa.

—Una canalla peligrosa, ¿sabe?

—¿Acaso cree usted que yo no pertenezco a esa canalla? —objetó el noble vagabundo.

El otro se echó a reír y protestó, diciendo que sabía distinguir entre un caballero y un granuja. Norris, con aquella familiaridad natural que le caracterizaba, se sentó en el banco junto a Hemstead y declaró que por el momento se hallaba sin ocupación.

—¡Toma! Igual que yo—replicó el pelirrojo—. Entonces, ¿no hace usted nada?

—Sé gastar dinero, y eso es todo. A lo sumo, conozco un poco los caballos y la marina, pero las uniones y sindicatos obreros me impiden embarcarme.

—Puesto que es usted buen jinete, ¿por qué no ha probado a entrar en la policía montada?

—Ya me presenté, pero me rechazaron en el reconocimiento médico.

—Entonces, ¿qué opina usted de los ferrocarriles?

—¿Y usted? —preguntó Carthew con sorna.

—¡Oh, yo!... —contestó pomposamente el hombrecillo—. No sirvo para trabajos manuales, pero quien no tenga reparo en eso siempre puede estar seguro de encontrar trabajo en los ferrocarriles.

—¡Pardiez! —exclamó Norris poniéndose de pie—. Acaba usted de señalarme el camino.

Por entonces el país atravesaba un largo período de pertinaces lluvias. Con las lluvias y los desprendimientos de terreno, los ferrocarriles tenían urgente necesidad de mano de obra, y el director general de la compañía hacía insertar por todas partes carteles llamando a los trabajadores a alistarse. Pero éstos preferían vivir de limosnas y rapiñas, de modo que un peón, aunque sólo lo fuese de afición, se cotizaba alto en el mercado. El joven aristócrata fue contratado en cuanto se presentó, y aquella misma noche, después de un aburrido viaje con cambio de tren al pasar junto a un desprendimiento de tierras, se encontró dentro de una cenagosa trinchera cerca de South Clifton, dedicándose a servirse del pico y la pala por primera vez en su vida.

Las lluvias habían revuelto por completo el terreno. Se trabajaba día y noche. Los trenes no podían circular por aquel escabroso paraje sino con infinitas precauciones. Carthew estaba agotado por el desgaste de fuerza física, la falta de reposo y el abuso del café. Mojadas de lluvia y agrietadas por el trabajo, sus doloridas manos se hallaban en lastimoso estado, pero la vida al aire libre y la necesidad de trabajar continuamente dieron buena cuenta de su indolencia. El antiguo perezoso, el diletante se hizo notar pronto por su empuje en la faena. Oyó un día al ingeniero pronunciar palabras de elogio sobre semejante obrero, y ello le hizo poner verdadero empeño en su ruda labor. Se convirtió en hombre de confianza, una especie de capataz de brigada. Pero se acercaba el momento de cobrar su trimestre.

Desde un pequeño albergue de trabajadores escribió al abogado de Sydney para dar fe de vida, explicándole que tenía un buen empleo, y que lo perdería si se ausentaba. En consecuencia, pedía que tuviese a bien conservar su dinero hasta el próximo vencimiento. La respuesta llegó a vuelta de correo, no sólo favorable, sino encomiástica. El hombre de leyes le agradecía haberle notificado tan feliz novedad, a la cual no solía estar acostumbrado por sus otros «pensionistas».

Cesaron las lluvias. Los peones contratados en excesivo número fueron despedidos, a excepción de Norris, a quien el ingeniero quiso retener. Pero, terminados los días de agotadora tarea, la vida en las salvajes soledades de Australia se hizo monótona y fatigosa. Privado del sano cansancio y las excitantes alarmas, abandonó su empleo. Regresó a Sydney en traje de faena. Al azar de sus paseos, volvió a encontrar al pelirrojo Hemstead, que continuaba aguardando, sentado en su banco, una colocación digna de un hombre de pluma.

Carthew le dio las gracias por el buen consejo que le había salvado y expresó el deseo de que su consejero hubiera tenido durante su ausencia tanta suerte como él. Hemstead confesó alegremente que no había sido así. Su principal ocupación había consistido en leer

el periódico y contemplar el paso de los transeúntes. Había probado tres empleos: el primero en un bar de Woolloomooloo; el segundo, en una quincallería, y el tercero, en una academia de billar. Los dos primeros no eran del todo adecuados a sus aptitudes, y en cuanto al último, trabajo de noche, le había parecido perjudicial para la salud. Por otra parte entendía que no debía ser esclavo de nadie.

Carthew le suministró medio soberano a tan bravo campeón de la independencia. Luego fue a almorzar a la *Casa de París*. Por el camino se distraía con el espectáculo del movimiento callejero, cuando, de improviso, una voz le llamó:

—¡Ah, caramba!... Pero si es Carthew.

Se volvió y se encontró cara a cara con un joven de buen porte, un poco grueso, de cutis tostado por el sol, y bastante elegantemente vestido, con diez chelines de flores en el ojal. Norris le conoció durante una cena de despedida, al principio de su primera estancia en Sydney. Tommy Hadden, así se llamaba el muchacho, partía entonces para una travesía en goleta por las islas.

—Venga a tomar una copa —propuso Hadden, que no tenía reparo en ser visto en compañía de un trabajador.

Pronto estuvieron frente a una mesa, cambiando mutuas confidencias. Carthew relató su vida de vagabundo y de trabajador ferroviario. Hadden le enseñó los secretos de la existencia de un aficionado a negociante en copra¹⁹ de Melanesia. En realidad, no había hecho más que beber, comer y dormir, y quizá leer un poco.

Carthew sabía que Hadden era, en cierto modo, un soñador de los negocios. A la menor sugerencia sobre un nuevo comercio posible era capaz de llenar de cifras páginas enteras. Tenía mucho de Pinkerton. Planeó sobre una hoja de papel las bases de una asociación para el monopolio progresivo de los productos del cocotero. Podía dedicar a ella quinientas libras. Puesto que Carthew iba a disponer próximamente de ciento cincuenta libras, ¿por qué no reclutar otros dos socios, o uno solo, y emprender el cabotaje por su cuenta? Carthew era un excelente «*yachtsman*»; en cuanto a Hadden, nadie le discutía como notable hombre de negocios. Incontestablemente, había dinero que ganar. De otro modo, ¿bogarían tantas goletas «haciendo» las islas? Si utilizaran ellos mismos un navío que les perteneciera en propiedad, aún podrían aumentar los beneficios.

—Vaya a comprarse algo de ropa, luego tomaremos un coche e iremos a *La Australiana*.

—No compraré nada—declaró fríamente Carthew—. Iré con el traje que llevo, según está. Me importa poco lo que digan.

—¿De veras? Bien. Le admiro. Es usted un gran hombre. Eso es lo que se llama pitagorismo, si no recuerdo mal la filosofía.

—A eso lo llamo yo economía. Y si emprendemos ese negocio, quiero invertir en él hasta mi último penique.

—A propósito Carthew —agregó Hadden—. Yo lo haré todo en nombre de usted, porque no hay nada seguro en el comercio... ni aun en el oficio de corredor de apuestas... y usted, si la cosa no marcha por buen camino, a lo mejor desaparece...

19 Se trata de la carne seca (deshidratada) del coco, desmenuzada o molida; en definitiva, representa el tejido nutritivo de la semilla. Es el producto más importante del coco desde el punto de vista económico y se obtiene secando la carne del coco al sol o en un horno.

El salón de té llamado *La Australiana* representaba la modesta fortuna ganada por su propietario, el capitán Bostock, en el transcurso de una larga y activa carrera de cabotaje entre las islas. Había trabajado sucesivamente en madera de sándalo, aceite de coco, copra... Un verdadero pionero del comercio, el primero de todos los que habían traficado con las islas Gilbert. Por poco no dejó la piel en las Fidji, una piel diez veces agujereada por las azagayas. Sus proezas coloniales eran innumerables y célebres, aunque no siempre de riguroso acuerdo con los principios del derecho de gentes.

—¿Qué tiene que ver con lo nuestro ese viejo pirata? —dijo Carthew, un poco sorprendido.

—Espere a verle y comprenderá.

Al apearse del vehículo que les había conducido a *La Australiana*, Hadden se mostró asombrado del aspecto del cochero: grueso, con cara roja, ojos azules y miembros tan cortos como su respiración. Podía tener unos cuarenta años, y sus maneras eran propias de un hombre de mar.

—A usted le conozco —dijo el joven—. Debe de haberme llevado alguna otra vez.

—Más de una, señor Hadden —respondió el cochero—. La última fue el día de su partida para las islas. Le llevé a las carreras.

—¡Bravo! Entonces venga a tomar una copa con nosotros —ofreció Tommy al entrar en el establecimiento.

El capitán Bostock salió a su encuentro, enseñándole el camino. Era un viejo lento y rudo, con ojos de pez, que acogió con bastante brusquedad a Hadden, y —según recordaron después— cambió algunos guiños con el cochero.

—Una botella de champaña —pidió Tommy—. Una copa para usted, Bostock. Le presento a mi amigo el señor Carthew. Venimos a verle por cuestiones de negocios, querido Billy. Tengo que consultarle en calidad de amigo: quiero entrar en el comercio de las islas por cuenta propia.

Aunque lo que se trataba de obtener eran los consejos de Bostock, fue Hadden quien habló durante todo el tiempo. Carthew no podía menos de sonreír ante tan sonora prosopopeya.

—Tenemos el dinero y sabemos lo que nos proponemos. Lo que nos hace falta es un barco que se sostenga en el mar, un buen capitán y una recomendación para una casa susceptible de abrirnos crédito comercial, a fin de que alguien trague el anzuelo.

—Les diré —contestó Bostock—. He visto a tipos como ustedes cocidos y hechos picadillo por querer entenderse con los indígenas. Unos eran duros, otros blandos como la manteca.

—¿Qué monsergas viene usted a contarnos?

—Nada. No es asunto mío. No les he asegurado la piel. Sin embargo, que me muera de peste si no me daría pena ver a los caníbales mordiendo el cuero cabelludo. Les recomiendo ante todo que se entiendan con un empresario de pompas fúnebres y escojan un buen ataúd que no sea muy caro. Les buscaré una empresa que les abrirá cierto crédito para el entierro. ¡Vaya, vaya! Mire usted a su amigo: ¡ya no puede contener la risa!

Habría resultado difícil determinar si el capitán Bostock se desprendía de su mal humor, o

si se contentaba con una amable broma. La entrevista estaba a punto de terminar cuando, de repente, una nueva voz tomó parte en la conversación: era el cochero, que hasta aquel instante había permanecido sentado junto a una mesa a espaldas de nosotros y que se había vuelto para intervenir.

—Ustedes perdonen, señores, pero si me compran el barco que me gusta, les conseguiré las facilidades que piden a Bostock.

—¿Qué quiere usted decir? —inquirió Tommy.

—¡Bah! Diles quién soy, Billy —insinuó de pasada el cochero.

—¿No crees que es un poco arriesgado, Joe? —gruñó Bostock.

—El peligro corre de mi cuenta —repuso el otro.

—Señores —dijo entonces el dueño del café, poniéndose de pie—, permítanme que les presente al capitán Wicks, de la *Gracia Querida*.

—Así es —agregó el cochero—. Supongo que ya están al corriente de que me encuentro en apuros. Claro que golpeé primero, y por desgracia tropiezo con la imposibilidad de probar que se me provocó. Por eso me he retirado momentáneamente de la profesión. Al hacerme cochero he conseguido un buen escondrijo. Tres años hace que ejerzo este oficio.

—Usted dispense —dijo Carthew, interviniendo por primera vez—. ¿Qué cargos había contra usted?

—¡Homicidio! Confieso que lo cometí, como tampoco niego que eso de sentarme en el banquillo me daba bastante miedo. Pero tuve que plantar cara a un motín, ni más ni menos. Pregúnteselo a Billy. Conoce bien aquel asunto.

—Bien. ¿Y qué iba usted a decir?

—Verá. He oído las palabras del señor Hadden. No está del todo mal. Creo que juntos podríamos hacer algo. Además, son ustedes caballeros, y a mí me gusta que lo sean. Ya estoy harto de mi carromato. He aquí mi oferta: tengo algún dinero, cosa de cien libras, que puedo añadir a su capital. Mi antigua casa me confiará algunos negocios. Saben lo que valgo como comerciante de cabotaje. Jamás les hice perder un céntimo. En resumen, soy un buen capitán, perfectamente acostumbrado a esta clase de navegación. He manejado goletas por espacio de diez años. Billy les dirá si conozco o no el oficio al dedillo.

—No hay uno que pueda echarle la pata —confirmó Billy.

—En cuanto a lo que valgo como capitán, pregunten a mis antiguos armadores.

—Bueno —dijo Hadden—; pero, ¿cómo se arreglará usted para hacerse cargo de un mando? Mientras se pasee de una parte a otra con su carricoche, nadie se preocupará de hacerle preguntas. Pero si quiere volver a pisar una toldilla, no tendrá que esperar mucho para que le echen el guante.

—Eso no es nada. Bastará con que permanezca en la oscuridad hasta el último momento y me embarque con nombre supuesto.

—Pero —replicó Hadden, un poco sorprendido—, las autoridades marítimas no se contentarán con simples afirmaciones. ¿Qué nombre supuesto?

—Todavía no lo sé. Actuaré según las circunstancias. Quizá alquile el nombre de algún

antiguo camarada, como el viejo Kirkup, que se dedica ahora a la agricultura.

—Hace un momento —observó Carthew—, se habría dicho que tenía usted puestos los ojos en algún barco.

—En efecto. El *Sueño*, un antiguo yate de recreo, aparejado como goleta. Unas líneas magníficas. Corre como un pez. Hace tiempo que sueño con ese *Sueño*. Sólo que, desde la muerte de su último propietario, ha habido un pleito de nunca acabar y ha estado pudriéndose en rada. Pero el asunto ha terminado ya. Van a vender el *Sueño*, y el comprador lo adquirirá a bajo precio, a causa del tiempo que la embarcación ha estado desarmada. Tiene las dimensiones que nos convienen: sesenta y tres metros. Para completar la tripulación alistaremos indígenas baratitos; total, tanto como decirle la mitad de nada. Nos hará falta un cocinero. Dispongo de uno, un tal Joseph Amalou, de los mejores que hay.

Un poco enojado al principio por la charlatanería sin fundamento de Hadden, Carthew había vuelto a ganar confianza con la intervención del capitán Wicks, el cual —hubiera hecho o no lo que se le imputaba— daba la impresión de ser buen sujeto, ya como hombre, ya en cuestión de competencia. Puesto que la empresa le parecía buena y ofrecía poner dinero en ella, Carthew optó sin vacilación por seguir adelante. Bebieron una ronda de champaña para festejar la asociación, y se acordó cambiar el nombre del barco. Fuese cual fuere, se llamaría *La Australiana*, y también *La Australiana, sociedad para el comercio con las islas*, quedó fundada antes de anoecer.

A los tres días Carthew se presentaba ante el hombre de leyes para cobrar sus ciento cincuenta libras, y tras explicarle su nueva empresa, le decía:

—Es probable que dentro de tres meses no pueda presentarme aquí. Salgo a hacer una travesía de seis meses por las islas. ¿Me guardará el dinero, una vez más?

—Lo lamento mucho, señor Carthew, pero es imposible.

—Pero lo hizo la última vez.

—No es lo mismo. La última vez estaba usted en Australia, y aún así contravenía mis instrucciones. Al próximo vencimiento ha de estar aquí, o en caso contrario, cumpliendo con mi deber, suprimiré la pensión.

—Pero eso es muy duro, absurdo, injusto.

—No lo es por voluntad mía. Obedezco las instrucciones recibidas.

—Y usted las interpreta de modo que me impide ganarme la vida honradamente.

—Con franqueza, señor Carthew, no necesito ser muy sagaz para comprender que mis clientes tienen gran interés en obligarle a quedarse aquí, y digámoslo de una vez, desean firmemente no verle más. Pueden no ser justos, pero eso no es cuestión mía: yo sólo debo obedecerlos, puesto que para ello me pagan.

Carthew enrojeció de rabia y murmuró:

—Mis padres no quieren saber nada de mí. Conforme. Pero ahora no se trata de irme a Inglaterra. Voy a las islas. ¿En qué puede eso molestarles?

El procurador advirtió que no estaba oficialmente informado de tal partida para las islas. Carthew se lo notificó añadiendo a gritos que no acostumbraba a ver a los demás dudar de

su palabra. El procurador declaró que no permitía a nadie levantar la voz en su despacho. Si así lo deseaba, Carthew no tenía más que escribir a su casa y conseguir que se modificaran las instrucciones. De otro modo no había nada que hacer. Entonces, ¿no sería preferible dar por terminada aquí una entrevista ya de por sí bastante desagradable?

—Contaba en gran medida con esas trescientas libras anuales —dijo Carthew—, pero quieren hacérmelas pagar demasiado caras. En consecuencia, supongo que no tendré el gusto de volver a verle, caballero.

—Vistas las circunstancias, la pensión será suprimida, señor Carthew. Y si viene usted a pedirme dinero, sólo podré responderle que haga el favor de tomar la salida.

—Caballero, le deseo que usted lo pase bien —dijo Carthew a modo de conclusión.

—Caballero, lo mismo digo.

Así, durante los pocos días que aún siguió en Australia, Norris no volvió a ver a su pagador. Una vez en alta mar, cuando ya no se veían señales de tierra, tuvo nuevas noticias de él: Hadden le entregó un diario de Sydney, sobre el cual había estado dormitando a la sombra de la cocina, y en el que acababa de descubrir este anuncio:

Se ruega encarecidamente al señor Norris Carthew se pase por el despacho de su corresponsal habitual, donde le esperan importantes novedades.

A pesar de la curiosidad que le acuciaba, el noble peón caminero no pudo menos que decir: —Peor para él. Tendrá que esperarme seis meses.

15. — LOS NEGOCIOS DE «LA AUSTRALIANA»

El 26 de noviembre, poco antes del mediodía, salía del puerto de Sydney la goleta *La Australiana*. El propietario, Norris Carthew, desempeñaba las funciones, bastante inadecuadas, de segundo. El capitán figuraba bajo el nombre de Guillermo Kirkup. El cocinero era un joven hawaiano, Joseph Amalou. Había además dos hombres de tripulación: Thomas Hadden y Richard Hemstead, este último embarcado en consideración a su lamentable situación, así como por su habilidad para las chapuzas, familiarizado con toda clase de herramientas.

Partiendo para una travesía de cabotaje por las islas de los mares del Sur, *La Australiana* debía visitar en primer término Buritari, en las islas Gilbert; pero la gente del puerto suponía que aquel era un viaje de recreo. En la goleta de alta arboladura los entendidos reconocían todas las señales del antiguo *Sueño*, lo cual daba lugar a no pocos comentarios.

Durante tres años de inacción el yate había envejecido mucho. El precio pagado por la sociedad, precio realmente muy superior al valor real de la decrepita embarcación, no permitió a sus tres aventureros compradores ponerla en estado de navegar más que de un modo muy sumario. Aparejo y velamen, remendados, guarnecían una arboladura de solidez tan aleatoria que el capitán se había negado a hacerla a la mar sin la garantía de una ballenera grande y sólida. Había planteado el siguiente dilema:

—Elijan: o nueva arboladura, o una ballenera. De otro modo no hay nada de lo dicho.

Sus compañeros tuvieron que consentir, de suerte que en un abrir y cerrar de ojos se volatilizaron otras treinta y seis libras esterlinas del capital social.

Durante la preparación de la travesía cada cual había trabajado a conciencia. Aunque el capitán no hiciera acto de presencia en el curso de aquellas seis semanas, se sumó un quinto operario cuyos brazos constituyeron una ayuda preciosa. Llevaba barba roja e hirsuta —la cual, al hallarse lejos de miradas indiscretas, parecía poder cambiar de sitio—, y guardaba una extraña semejanza con el señor Wicks, excochero de ocasión. Hasta una hora antes de la partida no se vio llegar al capitán Kirkup bajo el aspecto de un hombre corpulento y barbudo como un patriarca. Una vez pasada la boca del puerto, a bastante distancia del faro, descendió a la cámara, y cinco minutos después reaparecía completamente afeitado. Nada menos que toda esta mascarada había sido necesaria para lograr la salida de un barco de dudosa navegabilidad mandado por un capitán a quien buscaba la policía. Tales precauciones quizá no hubieran bastado tampoco, de no ser por los corrillos de los muelles, en los cuales se aseguraba con aire indulgente que no se trataba sino de una nueva excentricidad del excéntrico Hadden.

Curioso barco, con su aspecto de yate, pero desfigurado por sus velas despedazadas y remendadas y sus paneles de escotilla cubiertos de planchas de madera apenas pulida, dispuestas a toda prisa para las necesidades del transporte. Curiosa tripulación y curiosa vida, también. Sólo Amalou dormía en el dormitorio de la marinería. Los demás ocupaban las cabinas o se acostaban sobre los divanes de seda del antiguo yate, tomando en el salón sus ágapes de vaca salada y patatas, todo de mala calidad y en cantidad exigua. Hemstead gruñía, y Hadden pasaba por eventuales raptos de rebelión que le empujaban a mejorar las comidas con una botella de jerez añejo y algunas latas de conserva. Pero Hemstead gruñía sobre todo por costumbre, y en cambio las rebeliones de Hadden se aplacaban al instante.

A la postre, todos estaban de acuerdo en que era necesario soportar las pruebas de aquella primera travesía. Por la misma razón se mantenía una disciplina acatada en general. Wicks era el único marino de a bordo; nadie tenía títulos para criticarle, y por otra parte todos le querían demasiado para darle mayores quebraderos de cabeza. Carthew le ayudaba como mejor podía. Amalou, además de la cocina, se encargaba de todo con excelente voluntad que, en resumidas cuentas, era compartida por los dos elementos subversivos, Hadden y Hemstead. Cuando Hadden no se ocupaba del almacén de vituallas, se echaba sobre un colchón hecho con periódicos viejos, amontonados sobre cubierta, y leía la *Historia de la civilización*, de Buckler, para dormirse regularmente antes de llegar al final de la primera página.

Hemstead, el encargado de las chapuzas, no tenía tiempo de aburrirse. Todo necesitaba ser recompuesto en aquel desvencijado navío. Las lámparas se salían de sitio, las manivelas de las puertas se le quedaban a uno en la mano, las cerraduras se cubrían de moho y la bomba se negaba a sacar agua. El capitán aseguraba que toda la herrumbre del barco había llegado ya al colmo de su rendimiento, y que las tablas se mantenían todavía juntas por la hipotética cohesión que da el orín. Pero se diría que tales chanzas servían para tranquilizar más a la tripulación, la cual vivía en completo acomodo donde el mismísimo Nelson hubiera temblado de pies a cabeza.

Desde luego, el tiempo estuvo espléndido, con una brisa que se mantuvo bien. *La Australiana*, a despecho de su estado de vetustez, corría como una bruja montada en su escoba, y a juicio del capitán Wicks ningún barco de su talla era capaz de vencerla. Se baldeaban los puentes y se relevaban los hombres en la caña del timón; por la tarde se remataba el trabajo del día, y por la noche se contaban cuentos o se hacía música: Amalou tenía una bonita voz hawaiana, y Hemstead, que tocaba el banjo, le acompañaba con mucha seriedad, cuando no cantaba también, con su espantoso acento australiano y unas pretensiones sentimentales que le daba una solemnidad irresistiblemente cómica... Y fue así, riendo, sin preocupaciones, como aquellas gentes, a bordo de su descoyuntada nave, se precipitaron de muy buen humor en la más horrorosa de las tragedias.

Veintiocho días después de su salida de Sidney llegaron a los acantilados de las islas Gilbert. Vino a su encuentro un buque, peligrosamente gobernado, con todas las velas desplegadas bajo el acoso continuo de las ráfagas que a cada instante amenazaban con hacerle capotar. Les abordó, y de su interior salió un hombre de semblante huraño, despeinado, ataviado con ropas mugrientas, que ofreció sus servicios para hacer entrar a *La Australiana* en la laguna. A Wicks se le antojó la broma muy pesada.

—¡Acabe de una vez! Usted nunca ha sido piloto. Y además está borracho.

—¡Borracho! —gritó el otro indignado—; no sabe usted lo que dice. Por las noches, sí; pero de momento no hay en toda la isla otro hombre más sobrio que yo, le doy mi palabra de honor.

—No importa. No es a un pelele como usted a quien confiaría yo mi goleta, a menos que quisiera convertirla en astillas.

—Ya verá lo que hace sin mí. Le ocurrirá lo que al *Leslie*, un barco cargado de copra que estábamos esperando aquí con la mayor impaciencia. Su capitán lo echó a pique por pasarse de listo. Y otros dos han seguido su camino. Tres cargamentos perdidos, y Topelius, el agente de Cohén & Company, debe doscientas toneladas de copra y otras

mercancías que se comprometió a entregar. ¡Ah, capitán! Si lleva usted copra a bordo y todo lo demás, ¡qué suerte la suya! Topelius se la comprará a cualquier precio, en dinero contante y sonante... Se lo asegura el capitán Dobbs...

Wicks enrojeció hasta las orejas. Sus ojos brillaban como carbunclos. Dobbs continuaba:

—Pero... ¡Cómo!... ¿Qué clase de goleta de mala muerte es ésta, donde no hay ni un mal trago de ron para el hombre que trae semejante noticia?

—Ya hablaremos luego del ron, capitán Dobbs —replicó Wicks—; pero aguarde, voy a decirle dos palabras a mi segundo. —Y volviéndose a Carthew, dijo—: Tiene razón ese borrachín. Si no miente, se nos presenta una ocasión como no encontraremos en veinte años. Conviene hacer el negocio sin demora; puede venir otra goleta y quitárnoslo delante de nuestras narices. Lo malo es que Dobbs parece ebrio. ¿Qué clase de confianza se le puede otorgar? No estamos asegurados.

—Súbale con usted al palo; haga que le muestre el canal y dé las voces de mando desde arriba. De ese modo quizá podamos correr el riesgo de la aventura.

—Al fin y al cabo todo es riesgo —dijo el capitán—. Tome usted mismo la rueda. Con tal de que entienda un par de órdenes, basta. Sígalas al pie de la letra. Dos hombres a la vela mayor, y el cocinero a proa, vigilando el fondo.

Así se hizo, y *La Australiana* llegó al fondeadero sin ningún incidente. Era la mañana del día de Navidad. Por ser su primer viaje, la goleta había gozado una suerte superior a toda esperanza. Se habían traído de Sydney dos toneladas de mercancías, y directa como una paloma, venía a dejarlas en el lugar donde más falta hacían. El falso capitán Kirkup se reveló como el hombre que convenía para sacar jugo al asunto. Durante dos días, pacientemente, anduvo de acá para allá con Topelius, bajo el mirador de la casa de éste, discutiendo, protestando, ofreciendo y regateando, mientras sus asociados vigilaban el curso de la batalla desde una taberna cercana. Y al anochecer del segundo día, cuando se encendían las luces, el enemigo se rindió. Rojo como un ladrillo, regresó Wicks al lado de sus amigos y les comunicó:

—Muchachos, he vendido nuestra pacotilla entera, no sin antes haberme reservado toda la conserva y la mitad de la harina y la galleta, con lo cual quedamos aprovisionados para cuatro meses. La cosa resulta tan sabrosa como si la hubiésemos robado.

—¡No! —protestó Hadden.

—Pero ¿en cuánto la ha vendido usted? —preguntó Carthew, que se impacientaba.

—Déjenme contarle poco a poco —dijo Wicks—, o reviento. No sólo he vendido todo, sino que aun he firmado para ir a tomar carga a San Francisco y volver aquí con nuevo cargamento, y los retrasos a conveniencia mía... ¡a conveniencia mía! ¡Le he pescado a ese Topelius! Empecé por hacerle perder la cabeza pidiéndole copra, y como no tiene, rabiaba como una culebra. Cada vez que me llevaba la contraria, yo insistía con la copra... Pero ¿quieren cifras? El negocio, incluyendo las dos mil libras adeudadas por las mercancías que nos confiaron, nos cuesta poco más de dos mil setecientas libras. Pues bien, en treinta días de navegación estará todo pagado, mercancías, goleta y lo demás, como lo digo, y además mil trescientas libras de beneficio para repartirnos. ¡Eh! ¡Bien he estado sangrándole al tipo ése!

Por un instante los componentes de aquella extraña sociedad se quedaron contemplando con estupefacción a su jefe. A pesar de toda su confianza en él, apenas podían creerle.

Pasado el estupor, Hadden se reanimó y sugirió, empleando el tono propio de un hombre muy ocupado:

—Bajemos pronto a la cámara. Tengo necesidad de echar un trago.

—No lo toméis a mal, muchachos —se excusó el capitán—, pero en este momento no podría tragar nada, ni un vaso de cerveza. Sería la apoplejía. Toda esa batalla y ese triunfo inaudito me han dejado hecho trizas.

—Entonces —propuso Tommy—, ¡tres hurras por el capitán!

Topelius aceptó la derrota de buen talante. Sus obreros indígenas retiraron la carga y la sustituyeron con lastre. Después de algunos días de dulce ociosidad, los socios de *La Australiana* levaron anclas el 1 de enero con destino a San Francisco, contentos de su increíble suerte. El buen tiempo les sonreía.

La Australiana corría más que nunca bajo viento fresco y favorable. Los miembros de la sociedad estaban encantados de ver considerablemente reducido su trabajo por la adición de un colaborador suplementario, que no era otro que el contraamaestre del *Leslie*. Al estar en malas relaciones con su capitán, gastado ya todo su dinero en las tabernas de Buritari, y aburrido de estar en tierra, había propuesto a Wicks que le tomara a bordo de *La Australiana* por el precio de su pasaje a San Francisco. Era un irlandés del Ulster, muy parecido al escocés, rudo, escandaloso y amable, aunque fácil de irritar. Excelente marino y conocedor de lo que se traía entre manos, no le faltaban buenas cualidades. Claro está que no podía estar en la misma disposición de ánimo que sus compañeros de viaje: mientras éstos acababan de amasar una pequeña fortuna, él había perdido su cofre en el naufragio del *Leslie* y no poseía sino la ropa que llevaba puesta. Por otra parte, la monótona y escasa alimentación que tenía allí pronto llegó a darle náuseas, por no hablar de los temores que le inspiraba el estado de vetustez de la goleta.

Cierto día, una puerta algo desquiciada se resistía como un diablo a ser abierta. Mac —que así le llamaban—empleo toda su fuerza y arrancó de cuajo la puerta con sus goznes, ni más ni menos.

—¡Sangre de...! —gritó—. ¡Pero este barco está podrido!

Al día siguiente Wicks encontró a Mac mirando a lo alto del aparejo.

—Oiga —observó el capitán—, si juega mucho rato a ese juego, le va a dar un vahído y saltará por encima de la borda.

—Lo que saltará por encima de la borda es el palo de mesana —contestó fríamente Mac—. Veo ahí, mírelo, un agujero de carcoma, dentro del cual podría meter el puño.

—Y luego la cabeza... ¿Por qué se preocupa tanto de enumerar los defectos de lo irreparable?

—Temo haber cometido un disparate al embarcar en esta bañera. Me hizo usted tragar el anzuelo, capitán —declaró Mac, meneando la cabeza.

—Amigo mío, jamás dije que esta goleta fuese sólida. Dije que era rápida. ¿Es verdad o no? Sí, ¿verdad? O sea, que en vez de buscar carcoma en los mástiles, vaya a recoger la

corredera. Eso le ayudará a ventilar las ideas.

Mac no volvió a protestar, cosa rara en aquel compañero tan poco acomodaticio, que solía decir, no sin orgullo: «No es que yo sea malo; lo que pasa es que soy un poco violento.» En efecto, demostró ser muy impulsivo... y temible. Una vez, habiéndole llamado Hemstead «el irlandés» sin mala intención, arremetió contra aquel infeliz, derribándole de un terrible cabezazo. Y cuando el pobre muchacho apenas se hubo incorporado, el fogoso Mac iba de nuevo a empezar, de no haber intervenido Wicks:

—¡Alto ahí! No quiero estas escenas a bordo.

Con suma urbanidad, Mac indicó a su jefe:

—Hay que enseñar a vivir a ese ganso de Sydney. Me ha llamado irlandés.

El 28 de enero, a los 27 grados 29 minutos de latitud Norte y 177 grados de longitud Oeste, el viento saltó bruscamente al Oeste; sin ser muy fuerte, soplaba a ráfagas algo violentas, acompañadas de algunas rachas de lluvia. El capitán, deseoso de torcer el rumbo más hacia el Este, quiso aprovecharse y se dejó llevar. Tommy estaba en el timón, y Wicks no vio ninguna necesidad de reemplazarle. Las ráfagas parecían no comportar peligro alguno para la nave ni para su frágil arboladura. Estaban todos sobre cubierta, poco antes de la hora del almuerzo.

La cocina humeaba. Todo el barco olía a café. Cada cual se regocijaba de correr a la velocidad de nueve nudos hacia California. Inopinadamente, la deshilachada vela de mesana se rasgó de un solo golpe, como si un arcángel hubiese abierto en ella con su espada dos hendiduras en forma de cruz.

Todos se lanzaron a sujetar los desgarrones que se agitaban al aire, cuando, dominado por su propio azoramiento, Hadden perdió la cabeza. ¿Qué intentaba hacer? Jamás se supo con exactitud. El hecho es que dio a la rueda un giro en falso. La botavara²⁰ del palo mayor cambió repentinamente de amura²¹, y arrastrando consigo el palanquín²² de amurada, rompió a un metro de la cubierta el palo mayor, el cual saltó por la borda. Durante un minuto, el palo de mesana, cuyo estado de carcoma tanto había alarmado a Mac, resistió el doble esfuerzo que recayó sobre él; luego se rompió también y siguió a su compañero. En un abrir y cerrar de ojos todo quedó arrasado. Ni rastro de arboladura ni de aparejo. Dos muñones se erguían lastimosamente sobre la desolada cubierta.

En las vastas soledades oceánicas no hay peor calamidad para una tripulación que la de desarbolar. Que la nave zozobre, capote y se hunda, no es al fin y al cabo sino cuestión de un desgraciado momento que hay que pasar. En un santiamén el asunto queda definitivamente zanjado. Pero ¿qué suplicio para unos hombres el de permanecer durante meses enteros encadenados a un casco imposible de dirigir, y desde la aurora hasta el anochecer inspeccionar el horizonte sin ver surgir jamás la salvación tan anhelada! Entretanto van contando uno por uno los pasos de la muerte que se acerca... No tienen más recurso que las lanchas. ¡Precaria ayuda cuando enormes distancias los separan de la costa!

20 Palo horizontal que, apoyado en el coronamiento de popa y asegurado en el mástil más próximo a ella, sirve para cazar la vela cangreja.

21 Cabo que hay en cada uno de los puños bajos de las velas mayores de cruz y en el bajo de proa de todas las de cuchillo, para llevarlos hacia proa y afirmarlos.

22 Cada uno de los cabos que sirven para cargar los puños de las velas mayores, llevándolos a la cruz de sus vergas respectivas.

Se sentaron a almorzar llenos de preocupación. El capitán, esbozando una sonrisa, probó a levantar los abatidos ánimos, y luego, echándose café en su taza, dijo con marcada frialdad:

—Y ahora, muchachos, se acabó *La Australiana*. No cabe la menor duda. Ningún reproche haremos a la valiente moza. Ha servido, y ha servido bien hasta el final; ha metido dinero en nuestro cofre. Hoy nuestra esperanza está en la ballenera. Ya sabéis a quién se la debéis. Tenemos seis vidas que salvar, amén de nuestro dinero. ¿Hacia dónde vamos a dirigirnos? La costa más cercana, una de las islas Sandwich, está a más de mil millas. Para un viaje de esta clase no conviene confiarse demasiado al azar.

Y como los demás permanecían callados, agregó:

—Pero hay otra cosa: no estamos muy lejos de los islotes de coral llamados Midway, o Brooks. Están a cuarenta millas, poco más o menos, de donde nos encontramos.

Veo en la *Guía del Navegante* que hay instalado allí un depósito de carbón de la Compañía del Pacífico.

—Falso —interrumpió Mac—. He sido segundo timonel en esa línea. No hay nada.

—¡Vaya! —insistió el capitán Wicks—. Aquí tiene el libro. Lea.

Le tendió la *Guía* de Hoyt, señalando con la uña la información que nos consta como errónea, pero que, al ser tan explícita, no dejaba lugar a dudas. Todos se vieron abandonando la ballenera en una isla bien cuidada, con muelles, depósito de carbón, jardines, y la blanca casita del gobernador, con la bandera estrellada flotando al viento. Allí esperarían con calma el paso del correo de China. Había dinero: no tendrían otra cosa que hacer sino dar órdenes a los mayordomos del hotel para que les sirvieran champaña, mientras el público se compadecería de los románticos náufragos. Y el almuerzo, tan tristemente comenzado, acabó en medio de una especie de tranquila y general satisfacción. Todos se apresuraron a hacer los preparativos necesarios en la ballenera.

Pero sin mástiles el lanzamiento no fue tan fácil como creían. Ante todo, se colocaron en la lancha parte de las cosas más indispensables, y en particular el dinero, bien guardado en un cofre sólido y fuertemente amarrado a un banco en previsión de un capotaje, siempre posible. Hecho esto cortaron con la sierra una ancha brecha en la borda, y por allí se logró sin mucha fatiga botar el arca de salvación. Para un trayecto de cuarenta millas hacia una estación donde encontrarían todo lo necesario no era menester llevarse muchas provisiones, ni mucha agua potable. Añadieron al cargamento el cofre de marino de Amalou. Hadden no olvidó su última caja de jerez y el capitán no quiso separarse de sus libros ni de sus utensilios de navegación, compás, sextante y cronómetros. En cuanto a Hemstead, llevó consigo el banjo y un pañuelo lleno de conchas nacaradas que recogió en Buritari.

A eso de las tres de la tarde embarcaron y tomaron el nuevo rumbo. El viento soplaba sin tregua del Oeste. Se ajustaron los remos y el capitán dirigió a *La Australiana* una despedida sin cumplidos:

—Hemos sacado de ti todo lo bueno que te quedaba. ¡Adiós, vieja ruina!

Ya desaparecía el dismantelado casco en lontananza. El turno de descanso durmió. Pasó la tarde, y después de un poco de lluvia llegó la noche. En momentos así es cuando los

hombres, perdidos en mitad del océano, tienen más clara percepción de la inmensidad de los mares y de la pequeñez de su pobre esquiife. Silenciosos, miraban el cielo, y luego a las aguas. Un escalofrío de soledad y de temor les estremecía.

Sin embargo pasó la noche, y al salir el sol, izada la vela, pronto estuvieron a la vista de Midway. De pie en la proa, apoyándose contra el palo, el capitán examinaba con su anteojo la isla, cuando Mac le preguntó irónicamente:

—¿Y qué? ¿Dónde está su famosa estación?

—Confieso —respondió Wicks— que hasta el momento no veo la menor señal.

—Esté tranquilo—repuso el irlandés—. No la verá jamás.

Su voz expresaba al mismo tiempo triunfo y desesperanza. A ninguno le quedaba la menor duda: ni boyas, ni balizaje, ni faro, ni carbón, ni estación. Los náufragos entraron en una laguna y desembarcaron en una isla desierta y salvaje, donde nada anunciaba la existencia del hombre, salvo los maderos procedentes de naufragios, esparcidos en abundancia por la playa. No se oía más ruido que el de las olas contra las rompientes, pues en aquella época del año las aves marinas, tan numerosas a mi paso con Nares, se encontraban dispersas por el mar.

Todo lo que recordaba su última estancia en la isla se limitaba a algunas plumas caídas y algunos huevos podridos. ¿Era, pues, por la conquista de tan miserable asilo por lo que habían trabajado tanto con los remos? Casi echaban de menos su barco. Aquí les aguardaba el hambre, la sed y la desesperación. Hadden, autor incontestable de la catástrofe, no había oído todavía una palabra de reproche. Ahora, empero, las miradas que se detenían en él y el capitán habían perdido mucha benevolencia.

No obstante, a la voz de mando de Wicks vararon la ballenera más allá de la última faja de arena bañada por la pleamar. Después levantaron un campamento en el punto más alto de la isla. Una vela tendida sobre los remos les sirvió de tienda. Por la fuerza de la costumbre, Amalou encendió fuego y empezó a cocinar algo. Mientras tanto Hadden había abierto su caja de jerez. Una botella circuló de mano en mano, pero la conversación tardó todavía un poco en restablecerse. Mac preguntó:

—Entonces, ¿habrá que ir a las Sandwich?

—¡Menudo viaje! —gruñó Hadden—. ¿Y si nos quedáramos aquí?

—Al fin y al cabo —señaló Mac—, Midway se encuentra en el itinerario regular entre China y Honolulu.

—En ese caso, quedémonos —dijo Carthew—, y mantengamos encendida una buena fogata. No será leña lo que nos falte, ¿no os parece?

—Lo que me fastidia —comentó el capitán— es el dinero. Las dos mil libras en billetes podemos distribuirlas por los bolsillos, pero ¿y el metálico? Tenemos ahí más de veinte kilos de monedas de oro y dos quintales de plata de Chile, calculando por lo bajo. Hay suficiente para atraer a toda una flota. Tamaña cantidad de metal debe influenciar forzosamente las brújulas. Se huele desde lejos. Imanta, y quizá nos atraiga algún socorro. Pero hay que tener en cuenta, y eso se ve como la nariz en medio de la cara, que tanto dinero puede tentar a la gente...

Mac, que no tenía parte en el tesoro, se echó a reír con amargura:

—Uno de estos días acaso estéis muy contentos de poder hacer una hoguera con vuestro dinero.

Dio media vuelta bruscamente sobre sus talones, salió del círculo de luz aureolado por el fuego y se quedó con los brazos caídos contemplando el mar a lo lejos, como estatua del desaliento y la inquietud. Esta explosión tuvo el inmediato efecto de apagar el ligero retorno del buen humor suscitado por la cena y la satisfacción de saberse ricos. Se hizo un impresionante silencio, turbado poco más tarde por el gangoso rasgueo del banjo que Hemstead se puso a tocar como de costumbre. Pero no tuvo la mano afortunada, y eran las notas de la vieja y tierna melodía *Hogar, dulce hogar*, las que cayeron de sus dedos y salieron de su garganta.

Apenas había acabado el verso «por pobre que sea» nada vale lo que un hogar», el instrumento le fue arrancado súbitamente de las manos y tirado a la hoguera. Lanzó un grito de sorpresa y vio a Mac presa de gran furor.

—¡Que me condene si soporto semejantes modales! —gritó el capitán, levantándose con ademán belicoso.

Mac hizo un gesto de súplica realmente inesperado en un hombre de su carácter, y gimió:

—Ya le dije que era violento. Entonces, ¿por qué no me deja tranquilo? Bastantes cosas hemos de soportar en el punto a que hemos llegado.

Con verdadero asombro e incluso malestar general, exhaló una especie de sollozo, mientras proseguía, redoblando la intensidad de su acento irlandés:

—Me avergüenzo de mí mismo. Os pido perdón a todos por mi violencia, y en particular a ese buen hombre inofensivo, a quien ofrezco mi mano, si no tiene reparo en estrecharla.

Tan extraña escena de brutalidad y sentimentalismo pasó pronto, pero todos los asistentes a ella permanecieron bajo la desagradable impresión de un profundo disgusto. En realidad las excusas de Mac y su conducta inmediata no hicieron sino realzarle en la estima de sus compañeros de infortunio. Pero había una nota falsa que se prolongaba en todos los cerebros: experimentaron una especie de presagio de lo que pueden acarrear las pasiones humanas, y se preguntaban qué nuevas escenas de horror iban a desencadenarse con el tiempo en aquella isla desierta y salvaje. Sólo de pensarlo temblaban.

Se acordó que todos montaran la guardia por turno, y Tommy se ofreció para hacer la primera centinela de la noche. Entre tanto sus camaradas se deslizaban al interior de la improvisada tienda a fin de gozar ese incomparable don del sueño que procura al hombre, dondequiera que esté, consuelo a sus angustias y olvido del tiempo que pasa.

De improviso, sin que el centinela hubiera podido observar la llegada de ninguna nube —según afirmó—, el cielo estrellado se fundió en diluvio. A partir de aquel momento, y durante tres días, llovió sin cesar. A través de la espesa cortina que formaban las aguas no se veía nada sobre el mar. Se apagó el fuego y fue imposible encenderlo otra vez. Comieron conservas frías y crudas, y mascaron pan reseco. Luego, el 2 de febrero, desaparecieron las nubes antes del amanecer. El sol empezó a brillar de nuevo, los naufragos volvieron a encender lumbre y con brutal júbilo bebieron por fin café caliente. La única labor por hacer consistía en conservar el fuego; su única diversión era bañarse en la laguna. El resto del día vagabundeaban, contaban historias, discutían. Los itinerarios y fechas de los paquebotes procedentes de China fueron calculados casi al segundo. Pero

resultaba inútil hacer o decir lo que viniera en gana: el terror vivía en ellos. La conversación decaía constantemente, y de cuando en cuando se sorprendían mutuamente escrutando el horizonte. Entonces buscaban con ansia un tema de conversación, y siempre era el tesoro contenido en el cofre lo que se ponía sobre el tapete.

Cada cual soñaba con su parte, con poseerla de una vez. Acabaron por decidir el reparto de las libras esterlinas. En cuanto a los chelines y los peniques, harían un fondo común que Mac propuso jugarse a los naipes, sacando a relucir una baraja que llevaba en el bolsillo. Jugaron con alternativas de suerte y desgracia, se levantaron tarde y reanudaron en seguida el juego.

Toda la jornada del 10 continuaron jugando, pagando y cobrando, sin detenerse más que para comer a toda prisa. Carthew y Mac ganaban una enormidad; Hemstead y Amalou se sostenían con un poco de ventaja, mientras el capitán y Hadden perdían a manos llenas.

Cuanto más imprudencias arriesgaba Carthew con el propósito de devolverlo todo, más dinero recogía. Le venció el cansancio, porque el juego resultaba positivamente agotador. Cuando no pudo soportarlo más, rompió los naipes, con gran aturdimiento y extremo desagrado de los demás, gritando:

—¡Basta, basta! ¡Es estúpido! ¡Esto os enloquece!

Haciendo gala de loable generosidad, Mac acudió en ayuda de su compañero de ganancias:

—Tiene razón. Todo esto, claro está, era sólo para pasar el rato. He aquí mis ganancias: las devuelvo al fondo.

Y empezó a echar de nuevo en el cofre todas las monedas amontonadas delante de él. Carthew fue a tenderle la mano:

—Mac —declaró—, lo que acaba de hacer le honra. Jamás lo olvidaré.

—Bueno —dijo Mac en voz baja—, pero ¿qué hacemos con el chapuzas y el canaca? Los dos han ganado algo.

—Es justo —repuso Carthew—. Amalou y Hemstead, contad lo que habéis ganado; Tommy y yo os lo pagaremos.

El problema desapareció. Amalou y Hemstead estaban encantados de poder guardar sus beneficios, cualquiera que fuese su procedencia, y Tommy, que había perdido quinientas libras, brincaba de alegría por haber salido tan bien librado del aprieto. Hemstead, sin embargo, pareció extrañarse:

—¿Y Mac? ¿Va a perderlo todo?

Mac protestó:

—Oiga, chapuzas, le agradezco su buena intención; pero, si me perdona la frase, mejor hubiera hecho cerrando el pico. No suelo comer de ese pan. Si creyera haber ganado legítimamente ese dinero, no habría en la tierra hombre capaz de quitármelo. He podido equivocarme, pero desde el primer momento pensé que jugábamos por pasar el rato. Eso es todo.

—Mac —observó Carthew, ayudándole a terminar su restitución—, es usted todo un caballero.

—Tengo la condenada impresión de que sólo soy un marinero un poco borracho — contestó el irlandés.

En cuanto al capitán, había permanecido sentado, manteniendo la cara hundida entre las manos. De repente se levantó con un rígido movimiento de autómeta y se quedó un instante de pie, quieto, como en equilibrio inestable de embriaguez. Su cara era toda una mueca, y con estentórea voz gritó:

—¡Una vela!

Todos siguieron con los ojos la dirección de su mirada. A la luz de la mañana, un bergantín, que después supieron que era el *Nube Volante*, de Hull, singlaba a toda vela hacia las islas Midway.

16. — EL TRATO

Tras zarpar de Londres dos años antes, aquella nave que apareció repentinamente ante los náufragos había errado durante largo tiempo por el océano, de un puerto a otro, al azar de los fletes, entre el Extremo Oriente y Polinesia. A la sazón se dirigía a San Francisco, con la esperanza de encontrar en la populosa ciudad de California carga para Inglaterra, vía Cabo de Hornos. Su capitán era un tal Jacob Trent. Por espacio de cinco años este marino había vivido en tierra, retirado al abrigo de una casita de campo en las afueras de Cardiff, para plantar coles al mismo tiempo que para regentar lo que él llamaba una banca, aunque en síntesis no era sino una agencia de préstamos usureros.

Allí vivía como una rata, y su físico había llegado a parecerse al de ese roedor, cuando una inesperada pérdida y un pleito en el cual el juez no se dejó ablandar en su opinión sobre semejante comercio, acabaron por disgustarle.

—Señor Trent —le había dicho el magistrado—, usted practica el préstamo con intereses, a pesar de no tener licencia para ello, según parece. Le aconsejo que se ande con mucho cuidado, o volveremos a vernos pronto.

En una semana el capitán liquidaba la banca, la casita de campo, las coles, el cabriolé y el caballo. Volvió al *Nube Volante*, cuyo mando había asumido anteriormente con gran satisfacción de sus armadores. Pero aun cuando fuese un buen marino en realidad, jamás olvidaba mencionar su breve carrera de «banquero», como la llamaba él.

Su segundo, Goddedaal, un vikingo gigantesco, de un metro noventa y macizo en proporción, era fuerte, sobrio, industrioso y sentimental, con una viva inclinación a la música. Se trataba de un hombre sin miedo, sin reproche, sin dinero, y hasta sin esperanzas de tenerlo jamás.

El contramaestre de la tripulación, Holdorsen, dormía a popa, pero habitualmente comía con los hombres. Podemos citar, además, como digno de mención entre estos últimos, a un cierto Brown, pequeño, negro y rollizo, con ojos de perro, por más que tenía la pésima costumbre de embriagarse a todas horas.

Tal era el barco que tanto alborozo produjo a los náufragos. Rendidos y agitados por la emoción de la absurda noche de juego, los infelices habían perdido casi el control. Sus manos temblaban, sus ojos relampagueaban. Al levantar el campamento reían y lloraban a la vez, como niños. Pero Wicks, que tenía la cabeza más firme, puso a sus hombres en guardia:

—Muchachos, vamos a embarcarnos en un buque del cual nada sabemos, llevando con nosotros un cofre lleno de dinero cuyo peso traicionará en seguida el contenido. ¡Imposible negarlo! Por tanto, para el caso de que hayamos de habérmolas con filibusteros, piratas u otra clase de granujas, creo que será mejor tener las pistolas al alcance de la mano.

Todos poseían revólveres, menos Hemstead. Con las armas cargadas y la ballenera a flote, bogaron a fuerza de remos hasta el *Nube Volante*, en cuya cangreja ondeaba la bandera inglesa. La tripulación entera se inclinó sobre la liza²³. El cocinero salió a la puerta de la cocina. El capitán, con el casco tropical puesto y los gemelos en batería, examinaba a los recién llegados. El corazón de éstos les saltaba dentro del pecho sólo de pensar que iban a

23 Hilo grueso de cáñamo.

proporcionarse la relativa comodidad de un navío.

Wicks fue el primero en subir la escala, y ayudado por las manos que se le tendieron, subió a cubierta.

—¿El capitán, supongo? —dijo inclinándose ante el delgado vejete del casco tropical.

—Sí, señor —confirmó el otro—. Soy el capitán Trent.

—Yo soy el capitán Kirkup y ésta es la tripulación de *La Australiana*, de Sydney, desarbolada el 28 de enero en alta mar, y que abandonamos al día siguiente.

—Muy bien. No creía encontrarme tan cerca de esas malditas islas, y han tenido ustedes verdadera suerte en que hayamos visto su señal esta mañana al subir a cubierta. Creí que era un barco ardiendo.

Habían acordado que mientras el falso Kirkup se presentaba al dueño del *Nube Volante*, el resto de los náufragos permanecería en la ballenera a fin de vigilar el tesoro. Les echaron una guindaleza a la cual amarraron el cofre con grandes precauciones, gritando: «¡Izad, muchachos!» Pero fue necesaria la ayuda de otros dos hombres para dejar el cofre sobre cubierta. La sagaz y pronta vista del capitán Trent sorprendió la escena.

—¿Qué es eso? —se informó—. Nunca vi un cofre que pesara tanto.

—Dinero —contestó Wicks.

—¿Qué?

—Dinero, le digo. En metálico.

Trent miró a su colega con desconfianza.

—Deje eso en la ballenera, señor Goddedaal —ordenó—. Haga pasar la lancha a popa, y amárrela a distancia con un cabo largo.

—Bien, señor —contestó el segundo.

—¿Hay algo que no le guste? —inquirió Wicks.

—¡Oh! Poca cosa —replicó Trent—. Sin embargo, resulta bastante extraño eso de encontrar en pleno océano una embarcación cargada con media tonelada de calderilla, y cuyos hombres están armados.

Señaló el bolsillo de Wicks, abultado por la forma de una pistola, y añadió:

—Su embarcación se quedará donde he mandado dejarla, hasta que haya usted respondido de una manera satisfactoria a mis preguntas.

—¡Oh! ¡Si no es más que eso! —dijo Wicks—. Mi libro de navegación y mis papeles se hallan tan en orden como los de un navío correo. No hay nada turbio entre nosotros...

Dando una voz a los hombres, ordenó:

—Esperad ahí, muchachos, y tened un momento de paciencia.

Y siguió a su colega a la cámara.

—Por aquí, capitán Kirkup —advertía Trent mostrando el camino—. Disculpe mis precauciones. No tengo la intención de ofenderle, ¿sabe? Pero cuando uno acaba de pasar por aguas chinas, tiene los nervios un poco irritables. Cumpló con mi deber de caballero al

comprobar que es usted, en efecto, lo que pretende ser. En un caso semejante obraría usted del mismo modo. No he estado navegando siempre: he sido banquero, y la práctica de los negocios enseña la necesidad de la prudencia.

Dicho esto sacó una botella de ginebra. Brindaron. Una vez examinados los papeles, Wicks contó el asunto Topelius, lo cual disipó todas las sospechas que Trent hubiera podido albergar. Pero el inglés no las abandonó sino para caer en una profunda meditación, mientras tamborileaba con los dedos encima de la mesa.

—¿Eso es todo lo que tenía que preguntarme? —dijo Wicks.

—Esa laguna —dijo el otro con la brusquedad de un autómatas disparado por un resorte—, ¿qué tal resulta como fondeadero?

—No está mal del todo. Alguna punta de roca; nada de importancia.

—Me convendría abrigarme en ella —dijo el inglés—. Reparé mi aparejo en China. Creo que no quedó muy bien. Tengo miedo por la arboladura. En un día, con la ayuda de sus hombres, podríamos ponerlo todo a punto.

—De acuerdo.

—Entonces, manos a la obra.

Volvieron a cubierta. Wicks anunció la noticia a los de *La Australiana*. Una vez fondeado el *Nube Volante* con total seguridad, y tomado el desayuno, las dos tripulaciones la emprendieron con el defectuoso aparejo, rivalizando en fuerza y diligencia. Los marineros almorzaron sobre cubierta, en tanto que los oficiales comían bajo la lona de la toldilla. De muy buen humor, Trent hizo servir un *grog* a cada uno de los hombres, y luego, habiendo descorchado una botella de vino del Cabo, entretuvo a sus huéspedes con el relato de los sugestivos pormenores de la vida de un financiero en Cardiff. Éste era el único lapso de su propia vida que estimaba interesante un hombre que, como él, había pasado cuarenta años en el mar, corriendo toda clase de aventuras.

La tarde fue de prueba para los de *La Australiana*. Extenuados ya por una noche de insomnio transcurrida bajo la sobreexcitación del juego, acabaron deslomándose con el trabajo de acondicionar el bergantín. Impacientes, esperaban que cuando el capitán Trent se declarara satisfecho, daría orden de levar ancla. Pero Trent no parecía tener prisa. Andaba de un lado para otro despacio, como quien medita. Por fin mandó llamar a Wicks.

—En resumen, capitán —dijo—, usted forma con sus hombres una especie de sociedad comercial, ¿no es eso?

—Sí. Cada uno trabaja por determinada participación en los beneficios.

—No tendrá inconveniente en que les pida que bajen todos a la cámara, para el té.

Wicks pareció asombrarse un poco; pero, naturalmente, no se permitió la menor observación, y poco después los seis de *La Australiana* se sentaban con Trent y Goddedaal en torno a una mesa cargada de platos con mermelada, mantequilla, tostadas, sardinas, lengua a la escarlata y té humeante, artículos un tanto defectuosos que, de estar presente Nares, el críticón de las raciones servidas a bordo de los barcos ingleses, no hubiese dejado de vilipendiar. Pero para los náufragos eran el maná. Goddedaal se ocupó de ellos con solícita amabilidad, muy superior a una simple cortesía. Su bondadoso trato recordaba las maneras de alguna fresca campesina al hacer los honores de su casa. En cuanto a Trent, su

conducta era cada vez más singular. Siempre volvía a hundirse en sus absorbentes pensamientos, y tan pronto olvidaba como recordaba la presencia de sus invitados. Por último ordenó al chino que saliera. Salió el otro, y el capitán usurero habló así:

—Señores: puesto que forman ustedes una compañía, a todos les debo una aclaración importante. Están viendo lo que es el barco y el trato que damos en él. La mesa es de lo mejor para marinos.

Hubo un murmullo de aprobación, mientras, haciendo bolitas con el pan y con la mirada fija en el centro de la mesa, proseguía Trent:

—Tendré sumo gusto en facilitarles pasaje hasta San Francisco. Los marinos deben ayudarse entre sí; es mi divisa. Pero todo favor se paga, y no hay razón alguna para que mi bondad me cause perjuicios.

—Estamos completamente de acuerdo, capitán — dijo Wicks.

—Aceptaremos cualquier petición razonable —agregó Carthew.

—¿Razonable? —repitió el capitán haciendo una mueca—. Aquí no hay más que una razón: la mía, puesto que soy el amo. Si quieren utilizar mi barco, deben ustedes pagar mi precio. Es la ley de la oferta y la demanda. Yo no tengo ninguna necesidad de ustedes, pero ustedes la tienen de mí, ¿no es así?

—Bueno —intervino Carthew—. ¿Y cuál es su precio?

—Ustedes eran quienes tenían la sartén por el mango cuando desplumaban a ese Topelius en las islas Gilbert. Aquí ahora soy yo quien la tiene. No usaron muchos miramientos entonces, y opino que obraron con cordura. De modo que yo... ustedes comprenden...

—¿Qué? —apremió Carthew.

—Este barco es mío, según parece.

—Claro —gruñó Mac.

—Pues —continuó Trent, adoptando el tono propio de alguien que se mosquea artificialmente—, si yo fuese de su escuela, me quedaría con todo. Pero de ese dinero que están ustedes paseando, hay dos mil libras que no son propiamente suyas. Soy un hombre honrado, y he aquí lo que les propongo: denme las dos mil libras que les corresponden como beneficio. En ese caso los llevo a San Francisco y, al desembarcar, les devuelvo a cada uno quince libras, aumentando la parte del capitán hasta veinticinco libras.

Goddedaal bajó la cabeza, como avergonzado.

—¡Usted se está burlando de nosotros! —exclamó Wicks, rojo como una langosta.

—Nada de eso, ni tampoco trato de coaccionarlos. Son ustedes libres. Este bergantín es mío, pero reconozco que no tengo ningún derecho sobre las islas Midway, y si quieren, pueden quedarse en ellas toda la vida. A mí me da absolutamente igual.

—Es más de lo que vale su asqueroso bergantín —rugió Wicks.

—Quizá, pero es mi precio.

—En resumen —dijo Hadden—, si no nos doblegamos a su voluntad, ¿nos dejará usted morir de hambre en estas islas desiertas?

—¿Quién habla de semejante cosa? —contestó Trent con una sonrisa petrificada—. De ningún modo. Les venderé todas las provisiones que quieran.

—Usted dispense, caballero —interrumpió Mac—, mi caso es especial. Trabajo para pagar mi pasaje y no tengo ninguna participación en ese dinero, ni siquiera un penique en mis bolsillos. Me gustaría saber lo que decide usted en mi caso.

—No seré duro con usted. Le tomo con los otros, aunque al desembarcar no cobrará las quince libras.

La impudicia de aquel hombre era tal que ninguno pudo reprimir un grito de espanto. Goddedaal miró a su alrededor con aire de reproche. Pero Mac no se detuvo aquí:

—¡Y a eso —exclamó— le llaman un marino británico! ¡Mala peste le mate!

—¡Una palabra más y mando ponerle grilletes! —amenazó Trent, enfrentándose con él.

—¿Y qué cree que voy a hacer yo, viejo cerdo indecente? Tiene usted menos humanidad que un pijo. ¡Ya le enseñaré yo a portarse como es debido!

Ni siquiera había levantado la voz. Nadie pudo imaginarse lo que iba a suceder. De debajo de la mesa, la mano de Mac salió afuera: una navaja de muelles completamente abierta descansaba de plano sobre la palma extendida. ¡Fue como un relámpago! Trent se levantó a medias para huir de la mesa, y este movimiento le perdió. Rápida como una flecha, la afilada arma le atinó la vena yugular y se clavó a fondo. El capitán cayó de bruces. La sangre corría a borbotones entre los platos encima del mantel.

A tal punto llegó el estupor que de momento permanecieron todos atónitos ante la mesa, con la boca entreabierta, espantados. De repente Goddedaal se levantó a su vez, y esgrimiendo el taburete sobre el cual se sentaba, lo hizo voltear en el aire. Su rostro estaba transfigurado por completo. Rugía de un modo ensordecedor que rompía el tímpano. Los compañeros de *La Australiana* estaban tan lejos de toda intención belicosa que ni uno de ellos echó mano a su revólver. Se atropellaban mutuamente para escapar a los golpes del formidable agresor. Del primero, derribó a Mac, rompiéndole un brazo. Del segundo, machacó el cráneo a Hemstead. Ora amagaba a uno, ora a otro, con furia horrible, bramando como un elefante herido, pataleando con inmenso y rabioso furor. No quedaba ya rastro de razón en aquella hirviente cabeza. Entregado de lleno al paroxismo de la pelea y del homicidio, volvió a encarnizarse contra el pobre cadáver del infeliz Hemstead, hasta destrozar el taburete. La cámara retumbaba con la violencia de los golpes. La vista de aquella loca y vana brutalidad despertó en Carthew el instinto de defensa. Antes de saber siquiera lo que hacía, empuñó su revólver y disparó. Ala detonación respondió un grito de dolor. El coloso se detuvo, tambaleándose sobre sus pies, vaciló y cayó de rodillas sobre el cuerpo de su víctima.

Reinó el silencio. Inmediatamente se oyeron unos pies correr sobre cubierta y precipitarse bajo la capota. La puerta de la cámara se abrió y apareció la cara de Holdorsen, horrorizada, en el marco. Estalló un segundo disparo y el marinero se desplomó. Carthew era un tirador de primera categoría.

—¡Pistolas! —gritó, corriendo hacia la puerta, seguido de Wicks, Hadden y Amalou.

Pisotearon los cuerpos caídos, se lanzaron escalera arriba y se diseminaron por la cubierta a la roja luz de una puesta de sol sanguinolenta. Sin explicarse el por qué del ataque,

Brown y el chino quisieron, no obstante, hacer frente, y pronto pagaron con sus vidas aquella veleidad. Hardy, de Londres, trepaba por la arboladura para dominar a los asaltantes: se le cazó como a un faisán. Rodó y quedó exánime, plegado en dos sobre una cargadera, como un horripilante fante. La matanza no duró más que unos minutos.

Wicks, con el rostro descompuesto, haciendo un gesto de trágico espanto, vomitó y rué a sentarse luego sobre un panel de la escotilla, donde acudieron los demás para unirse a él. Había envejecido veinte años. Él y sus compañeros siguieron allí, temblando como niños, en tinieblas. No se oía más que el murmullo regular del océano, mientras quebraban suavemente las olas contra la arena y los arrecifes. El silencio era sólo turbado de cuando en cuando por el hipo de Hadden, que sollozaba. De pronto Carthew exclamó:

—¡Dios mío! ¡Si ahora llegara otro barco!...

Wicks se estremeció. Miró a lo alto y vio la lúgubre silueta de Hardy. Tiritó de frío.

—No puedo subir hasta allí —dijo sencillamente—. Me caería.

Amalou se sacrificó. Trepó hasta la cabeza del mástil, echó una ojeada circular al horizonte y anunció que nada había a la vista.

—No podremos dormir... —murmuró Wicks.

Carthew, como un eco, suspiró:

—¡Dormir!

Sentían cómo todas las imágenes del terror, todos los fantasmas de *Macbeth* pasaban a galope por su espíritu.

—Bueno —propuso Wicks—, podemos quedarnos aquí charlando, si queréis, hasta que hayamos limpiado la nave. Pero no voy a poder hacer nada sin haber tomado un trago de ginebra. La ginebra está en la cámara. ¿Quién irá a buscarla?

—Yo —se ofreció Carthew—, si alguien me da un fósforo.

Amalou le dio una caja. Fue hacia popa, desapareció bajo la capota de la cámara, descendió, tropezó con los inanimados cuerpos, frotó un fósforo, y a su luz vio dos ojos perfectamente vivos que perforaban la oscuridad, perdidos en medio de aquella carnicería: eran los ojos de Mac, que le interrogaban.

—Se acabó —dijo—. Todos están muertos.

—¡Dios mío! —gimió el irlandés, desmayándose.

Carthew encontró la ginebra en la cabina del difunto capitán Trent, y la llevó a cubierta. Todos tomaron un trago para recobrar el vigor, y luego se entregaron a la tarea más urgente. La noche era oscura y la luna tardaría mucho en levantarse. Colocaron una linterna sobre la gran escotilla para alumbrar a Amalou, que baldeaba los puentes. Los otros se sirvieron de la linterna de la cocina para su trabajo funerario. Holdorsen, Hemstead, Trent y Goddedaal pasaron los primeros por encima de la borda. Luego le tocó el turno a Wallen. Entonces, reanimado por la ginebra, Wicks subió al aparejo, y provisto de un gancho, acabó por descolgar el cuerpo de Hardy. Finalmente se desembarazaron del cuerpo del chino y de Brown.

Durante todo el tiempo que requirió la macabra tarea no cesaron de beber ginebra, como si

fuese agua. Había en tres lugares distintos de la cubierta tres botellas, ante las cuales nadie pasaba sin llevarse el gollete²⁴ a la boca por un buen rato. Borracho perdido, Tommy cayó de bruces al pie del palo mayor, y ya no se movió de allí. Wicks, sin fuerzas, se derrumbó sobre la escalera de la toldilla, e instintivamente empezó a emitir ronquidos como estertores. Amalou había desaparecido. Sólo Carthew quedó en pie, titubeando junto a la borda del castillete de popa, conforme la linterna que sostenía en la mano oscilaba, siguiendo el balanceo de su cuerpo. Tuvo una súbita inspiración de beodo:

—¡Esto no puede continuar así! —pensó.

Bajó otra vez a la cabina de Trent para recoger la caja, que aún contenía quince botellas de ginebra, y cargó con ella. Mac había vuelto en sí. Tenía los ojos turbios, el rostro contraído por el sufrimiento, enrojecido por la fiebre. Carthew recordó que el irlandés no había recibido el menor cuidado, que le habían dejado allí como un perro a solas con sus males. El infeliz pasaría toda la noche así, herido, moribundo acaso. Pero era demasiado tarde para intentar algo útil. Toda razón había desertado de aquel silencioso navío. Carthew pensaba que si lograba subir de nuevo podría darse por satisfecho. Dedicando una piadosa mirada a su desventurado compañero, el trágico borracho subió la escalera tambaleándose, levantó la caja de ginebra y acto seguido la tiró por la borda. Después se tendió cuan largo era sobre el puente, apoyándose contra el pavés, y se quedó dormido.

24 Cuello estrecho que tienen algunas vasijas, como garrafas, botellas, etc.

17.— UN MAL PASO

Carthew se despertó con las primeras luces del alba y se incorporó sobre su asiento, mirando sorprendido a su alrededor. ¿Qué había pasado? ¿Qué desgracia había de afligirle? Luego, súbitamente, como una masa de agua rompiendo sus diques, se le impuso la verdad. Acudieron a su memoria espantosos gritos, palabras e imágenes que jamás olvidaría. De un salto, se levantó y echó a andar, convulso, de arriba abajo de la cubierta. Al andar, juntaba las manos y murmuraba: «¡Señor... Señor!...», pero ni su voz aterrada ni su tono de verdadera agonía moral denotaban la menor intención de rezo.

Sintió sobre sí el influjo de una mirada: bajo las fruncidas cejas, las pupilas febriles del capitán Wicks se fijaban en él. Caín veía su propio rostro en el espejo. Precipitadamente, desviaron los ojos y se estremecieron de vergüenza. Carthew fue a asomarse por encima de la borda.

Transcurrió una hora. El sol, al ascender, disipó las nubes. ¡Qué indecible tortura! El descendiente de aristócratas no se perdonaba ni se acusaba; no pensaba siquiera. Sufría, acosado por las escenas de la matanza atroz. Pasaba el tiempo, y el sol se elevaba en el firmamento, pero no disminuía la tortura.

Amalou, el sufrido Amalou, se despertó, y a pesar de ser el más débil entre todos aquellos fornidos marineros, llevó algún alivio a sus camaradas sobreponiéndose al malestar que atenazaba su cuerpo y a la angustia que turbaba su espíritu. Acostumbrado a servir, se avergonzó de su propia tardanza y se apresuró a encender el fogón de la cocina para preparar el desayuno. Al conjuro del crujir de las astillas y del tintineo de la vajilla se rompió el terrible hechizo. Los infelices lograron enderezarse de nuevo sobre el resistente suelo de la costumbre y encontraron el hilo conductor de las actividades cotidianas. El capitán sacó un cubo de agua y empezó a lavarse. Lánguidamente, Tommy siguió su ejemplo. Carthew se dirigió a la cámara, como la noche anterior, y vio a Mac desvelado. ¿Habría dormido acaso? Sobre la cabeza del herido, dentro de su jaula, el canario de Goddedaal gorjeaba a pleno pulmón.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó el segundo de a bordo.

—Tengo un brazo roto —respondió Mac—, pero puedo soportarlo. Quisiera salir de aquí. Iba a subir a cubierta, aunque fuese a rastras.

—Sin embargo, será mejor que se quede —dijo Carthew—. Arriba hace un calor tremendo y no llega un soplo de aire. Voy a baldear²⁵ esta pieza.

—Gracias, le estoy muy agradecido —concluyó el irlandés.

Hablaba con una voz dulce y débil, al igual que un niño enfermo habla a su madre. Se había extinguido la violencia en aquel hombre violento. Armado de un cubo de agua, una esponja y un lampazo, Carthew se dedicó con afán a limpiar la cámara. Mac le seguía con la mirada, cerrando los ojos de cuando en cuando, como a punto de desfallecer, e insinuó:

—Tengo que pedirles perdón... Lo más vergonzoso de todo es pensar que después de haberles metido en esta abominable aventura, no puedo hacer nada por ayudarles. Me ha salvado usted la vida, caballero. Es un tirador formidable.

²⁵ Regar con baldes cualquier suelo, en especial las cubiertas de los buques con el fin de refrescarlas.

—¿En nombre de Dios, no me hable usted más de eso! ¡Qué horror!

Y apretando contra su cara la ensangrentada esponja, el segundo de *La Australiana* se defendió contra la locura que empezaba a asaltarle. No dialogaron nada más. Carthew reanudó su trabajo de limpieza y continuó hasta que un campanillazo le anunció que era hora de almorzar. Encontró a Hadden disponiéndose a esconder dentro de la ballenera, amarrada a uno de los costados, un barrilete de buey en adobo. Evidentemente Tommy tenía una sola idea: huir del teatro de la tragedia.

—¿Para qué permanecer aquí? —dijo—. Vamonos en seguida a Hawaii.

—Mac —advirtió Carthew— tiene un brazo roto. ¿Cómo podría resistir semejante viaje?

—¿Un brazo roto? —intervino el capitán—. ¿Eso es todo? Voy a arreglárselo en cuanto termine de almorzar. Le creía muerto también. Aquel loco golpeaba como un gorila.

Y al recordar la batalla, su voz se apagó en un murmullo. Después de almorzar los tres hombres bajaron a la cámara.

—Vengo a curarle el brazo —anunció Wicks al entrar.

—Le suplico que me perdone, capitán —objetó el irlandés—, pero lo primero que debe hacerse es poner este barco en condiciones de navegar otra vez. Luego hablaremos de mi brazo.

—No tenemos tanta prisa —contestó Wicks.

—¿Y si se presenta otro buque? Ya sabe lo que ocurre, capitán; cuando más falta hace la llegada de un socorro, se puede esperar seis años seguidos, y no viene; pero cuando no lo desea uno, se presenta toda una escuadra.

—Es lo que yo digo —apoyó Hadden—. Así se habla. No perdamos tiempo y preparemos la chalupa.

—Deje en paz la chalupa —contestó el capitán—. Tenemos bajo nuestros pies un bergantín bien aprovisionado. Ésta es la embarcación que necesito.

—¡Qué disparate! —protestó Tommy—. ¿Osaría usted entrar en algún puerto a bordo de esta nave?

—Esta nave irá al puerto *del fondo*, muchacho. Este bergantín se irá a pique, y yo sé en qué lugar: a cuarenta millas a sotavento de Kauai. Le veremos hundirse, y cuando desaparezcan ya los mástiles, se acabó el *Nube Volante*. La tripulación de *La Australiana* se dirigirá a tierra, donde esperará la primera ocasión de embarque para Sydney.

—Querido capitán —observó Mac—, ésa es la única palabra sensata que oigo desde hace varios días. Ante todo pongamos de nuevo el bergantín a flote y luego ya echará un vistazo a mi fractura.

—Todavía no hay bastante viento, Mac. Mientras esperamos, será mejor que nos ocupemos un poco de ese brazo.

Los huesos del miembro roto fueron cuidadosamente encajados y el brazo sujeto con tablillas. Toda la limpieza del buque terminó a mediodía, y a eso de las tres un pequeño soplo vino a rizar la pulida superficie de la laguna. Poco después se estabilizó una buena brisa regularmente sostenida.

Nadie notó, sin embargo, la inquietud que agitaba en secreto al capitán Wicks. Este excelente marino no había conducido más que barcos de velas cangrejas, foques, bergantinas, etcétera, orientadas en un plano perpendicular al eje longitudinal del barco: cúters, goletas y otros, de aparejos similarmente dispuestos. Guiaba esa clase de monturas por los caminos más escabrosos, adivinando sus cualidades y sus debilidades, con el tacto de un jinete consumado. Sin embargo las velas cuadradas no eran, ni con mucho, su fuerte. ¿Qué iba a hacer, pues, de aquel bergantín? Más de diez veces en el transcurso de la mañana había repasado sus libros de maniobra, pero no se sentía seguro de sí mismo y se sabía a merced de la casualidad, buena o mala. Llamó a Carthew y le hizo con paciencia todas las indicaciones necesarias.

—Espero acordarme de todo —declaró el segundo cuando hubo concluido—, aunque esto es endiabladamente embrollado.

—¡Ah! ¡Qué maldito sistema de velamen!

Ni uno ni otro sentían el terreno firme bajo sus pies. Con todo, era menester seguir adelante. Así pues, una vez orientadas las velas y levada el ancla, Wicks mandó izar los foques. No se encontraba muy a sus anchas y ordenaba las maniobras torpemente, temiendo al mismo tiempo causar mala impresión en el ánimo de sus marinos improvisados. Rojo como un tomate, gritaba órdenes, y después, viendo que no surtían el resultado apetecido, lanzaba la contraorden, izando velas, bajándolas, inclinándolas en determinado plano o en otro, modificándolo todo luego y anulando la acción de una con la de otra; en resumen, nada iba por buen camino. Aquel gran instinto marinero que le permitía maniobrar tan finamente una goleta a través del peligroso laberinto de los pasos oceánicos no se manifestaba en modo alguno. No tardó, por fin, en llegar lo que el capitán se temía: el *Nube Volante* brincó y encalló sobre un banco de arena y corales.

Ahora bien, si como comandante de un bergantín no valía nada, Wicks tenía un corazón de jefe y de marino. Sin desalentarse ni perder la cabeza dio órdenes para poner pronto a flote el barco, lo cual parecía muy posible. Pero Hadden, agobiado, se negó a proseguir el trabajo y se sentó sobre la escotilla grande.

—El diablo me lleve si levanto un solo dedo. Usted nos ha metido en el avispero. Sáquenos usted.

Wicks quería a toda costa aprovechar la marea para desencallar la nave.

—Os aseguro —decía— que pasar otra noche aquí está por encima de mis fuerzas.

Esta debilidad del hombre en cuya moral se apoyaban todos les aterró. Mac se había arrastrado hasta la cubierta y había oído los golpes que el bergantín dio al encallar. Empezó de nuevo con sus lamentaciones:

—Y que sea yo la causa de que nos encontremos tan mal parados... ¡Perdón... perdón!

Carthew insistió al capitán para que no se precipitaran las cosas antes de la noche. Aquellos hombres habían llegado al límite de sus fuerzas. Tomaron el té sobre cubierta, y náufragos por segunda vez, se acostaron en medio de la noche cálida y sin viento.

Despuntó el día. Su sueño había sido hartamente pesado para darles descanso. Se despertaron agotados, sin arrestos, lanzando a su alrededor tristes miradas. El más dinámico fue como siempre Wicks, consciente de que tenía frente a él una jornada de ruda labor. Con una

mueca de descontento en el rostro se desnudó, subió a la borda y levantó los brazos para zambullirse, pero no se lanzó al agua. Vieron cómo se quedaba inmóvil, con los ojos clavados en el horizonte. Gritó:

—¡El catalejo!

Le entregaron el catalejo. Su cuerpo desnudo se destacaba sobre el cielo mientras escrutaba la lejanía con el alma en tensión. Sus compañeros procuraban seguir la dirección de su mirada. A lo lejos, un poco de humo ponía una borrosa mancha sobre el cielo, trazando en el aire brumoso y entorpecido algo así como un signo de admiración.

—¿Qué ve usted, capitán? —preguntaron ansiosamente todos a una.

—No se ve más que la punta del mástil. No puedo decir nada todavía, pero parece acercarse directamente hacia nosotros. Podría ser el correo de China o algún maldito barco de guerra que viene a buscar náufragos... ¡Ea! ¡Vamos! No es el momento de quedarse con los ojos así. ¡A cubierta, muchachos!

Fue el primero en llegar. Se puso en seguida su pantalón y dictó instrucciones.

—Escuchad bien lo que voy a deciros. Todos esos barcos de guerra llevan siempre una prisa de todos los diablos, como todos los que no tienen nada que hacer. O sea, que no les quedará tiempo de mirar dos veces y darán por buena cualquier cosa que se les diga. En fin, yo soy el capitán Trent; Carthew, usted es Goddedaal; Tommy será Hardy; Mac, Brown; Amalou... ¡ah, diablo! A un canaca no podemos transformarle en chino. Entonces diremos que Ah Wing había desertado, que Amalou embarcó fraudulentamente, y en vista de ello le obligué a aceptar las funciones de cocinero, sin haber podido, por falta de espacio, hacerle firmar un contrato en regla... ¿Comprendido?... Vamos a ver: díganme sus nombres.

Atentos y dóciles, todos los náufragos recitaron su lección.

—¿Cómo se llamaban los otros dos? —inquirió Wicks.

—Holdorsen y Wallen —explicó alguien.

—Bueno. Esos dos se han ahogado al intentar botar una lancha al agua. Anoche hemos tenido un mal viento que nos ha echado a la costa.

Fue a examinar el compás y agregó:

—Una turbonada nornoroeste, un cuarto al oeste. Diremos que sopló de firme. Rodábamos unos contra otros. Holdorsen y Wallen cayeron por la borda. Acordaos de todo esto.

Mientras hablaba, había acabado de vestirse. Con febril impaciencia, muy parecida a la cólera, se endosó la chaqueta.

—¿Está usted seguro de lo que hace? —preguntó Tommy.

—¡Seguro!... Digamos más bien que estamos dando traspies al borde de un precipicio, amigo. Si el buque que se acerca va a China, cuente usted con que nos encerrarán en cuanto embarquemos. Si viene de allá, mejor para nosotros, siempre y cuando no haya a bordo nadie que haya visto a Trent o a cualquier otro de sus tripulantes, en cuyo caso al cabo de dos horas arrastraremos cadenas. Lo que les propongo es nuestra única oportunidad de escapar a la cárcel. Debe usted pensar cómo, por más que lo pretendamos, para toda persona al corriente de nuestra identidad, no somos gentes que obraran en

defensa propia, sino unos asesinos, ni más ni menos.

Todos se escalofriaron de terror.

—¿No sería mejor probar a quedarnos a bordo del bergantín e intentar desencallar? —consultó Carthew.

—No perdamos el tiempo charlando, muchachos. Cuando he sondeado la cala, esta mañana, he encontrado sesenta centímetros de agua en lugar de seis que había anoche. Puede existir una avería grave.

—Sus carpinteros nos ayudarán.

—Y cuando sus carpinteros bajen, encontrarán la sangre, que se habrá infiltrado por todas partes, y ya estamos todos con el nudo corredizo al cuello, por asesinos. ¡Basta de tonterías! Tengo trabajo en la cámara. Vosotros, los de cubierta, quitad la lona de la lancha. Subid cinco cofres de los marinos del *Nube Volante* y abrid el del dinero. Repartid el dinero por partes iguales entre los cinco. Esconded cada parte en el fondo, y hacedlo pronto y bien. El metálico lo envolvéis con cobertores, telas, ropas o lo que sea, de manera que no suene. Los cofres pesarán, pero ¿qué le vamos a hacer? Usted, Carthew, ¡maldita sea!, digo, señor Goddedaal, venga abajo conmigo.

Echó una nueva ojeada a la mancha de humo, ya más cercana, así como a la arboladura, ya más visible, y descendió corriendo a la cámara, seguido de Carthew. Encontraron los libros de navegación en un estante, detrás de la jaula del canario.

Había dos: uno, llevado por Trent, y otro por Goddedaal. Al examinarlos, Wicks se mordió los labios y preguntó:

—¿Sabe usted imitar la escritura de otro?

—No —contestó Carthew.

—Yo tampoco. Y lo peor es que el libro de Goddedaal está al día. Tuvo tiempo de escribir: «Observada una humareda sobre la isla Midway. Encontramos en ella al capitán Kirkup y a cinco marinos de *La Australiana*.» El otro está mejor. Trent no había anotado nada desde quince días atrás. Haremos desaparecer el suyo, señor Goddedaal, y nos atendremos exclusivamente al del capitán Trent. Pero tengo poderosas razones para no escribir de mi puño y letra. Siéntese usted y póngalo al corriente, según las indicaciones que le daré.

—Pero ¿cómo explicaremos la desaparición del mío? —objetó Carthew.

—No lo llevó usted nunca. Grave negligencia en el servicio.

—¿Y el cambio de letra? Usted empezó a llevar este libro, ¿por qué, pues, ha dejado de hacerlo, y por qué Goddedaal lo continúa en su lugar?

—Me habrá sobrevenido algún accidente que me impidiera escribir.

—¿Un accidente? Eso huele a falso. ¿Qué accidente?

Wicks extendió la mano sobre la mesa, con la palma abierta hacia arriba, y fríamente clavó en ella un cuchillo. Luego explicó:

—Éste es el accidente. Uno puede salir de todas las dificultades con un poco de presencia de ánimo.

Acto seguido, por medio de un pañuelo, empezó a vendarse la mano herida, sin dejar de

recorrer con la vista el libro de a bordo de Goddedaal.

—¡Eh! ¡Alto! —exclamó de repente—. Aquí hay algo que no concuerda. Según parece, ese capitán Trent navegaba a capricho. En una página se encuentra a más de mil millas al sur del Ecuador. En otra, el día seis, está muy cerca de esta isla; luego, siempre navegando, vuelve a estar cerca de acá el día once. Esto no se parece mucho a la vida real.

—Con todo, así es —dijo Carthew.

—De acuerdo. Sin embargo, no nos sirve la verdad mientras no sea verosímil... Pero, arrégleme usted esta venda, estoy sangrando como un cerdo degollado.

Mientras Carthew se esforzaba por ceñir el vendaje, Wicks parecía meditar. Apenas hubo terminado Norris, saltó sobre sus pies:

—¡Ya está! ¡Ya lo tengo! —proclamó.

Corrió a cubierta, donde llamó a la tripulación y les comunicó:

—Muchachos, no fue el día once cuando llegamos aquí, sino la noche del seis, y nos quedamos a causa de una calma chicha. Luego, apenas acabéis de acondicionar los cofres, llevad unos barriles de carne y las pipas de agua a la ballenera, como si la tuviéramos preparada para el viaje. Eso dará el pego.

Después volvió abajo. El libro de Goddedaal fue cuidadosamente destruido, tras lo cual buscaron la documentación del bergantín. Ése resultó uno de los momentos más penosos de aquella mañana.

Los dos hombres buscaban y registraban todos los rincones, maldiciendo, blasfemando, revolviéndolo todo, empapados de sudor, asfixiándose de calor y estremeciéndose de miedo. Desde cubierta les gritaron que el barco era, en efecto, un navío de guerra, y que al estar ya bastante cerca de la isla, botaba una lancha al agua. Entre tanto las pesquisas de Wicks y Carthew continuaban en vano. Es algo difícil comprender cómo no descubrieron el cofre de hierro que contenía la caja del buque y la contabilidad, pero lo cierto es que no pudieron echarle mano. A pesar de todo, los documentos más importantes se descubrieron, por fin, en un bolsillo de una chaqueta usada por Trent la última vez que estuvo en tierra. La había colgado simplemente al regresar a la cámara. Wicks sonrió por primera vez durante aquel día.

—Nos ha costado, pero aquí están —comentó—. Tome usted estos papeles. Tengo miedo de mezclarlos si los guardo yo.

Y entregó a Carthew los papeles de *La Australiana* y del capitán Kirkup, murmurando:

—¡Quiera el cielo que nunca más volvamos a necesitarlos!

—¡La chalupa entra en la bahía, señor! —señaló Mac, sentado sobre la claraboya, que montaba la guardia mientras los demás trabajaban.

—¡Vamos! —exclamó Wicks.

Cuando iban a salir, el canario de Goddedaal rompió a gorjear con todo brío su aguda canción. Carthew tuvo un escalofrío:

—No podemos dejar morir de hambre a ese pájaro. Pertenecía al pobre Goddedaal. Me lo llevo.

Una vez arriba divisaron a poca distancia la fea y brutal silueta de un moderno buque de guerra preparando una maniobra. Más cerca, una blanca chalupa iba acercándose bajo el empuje de numerosos remos. A proa ondeaba el pabellón británico.

—Mac —dijo Wicks—, otra cosa: ¿ha estado usted en algún puerto de China?... Bien. Entonces puede hablar por sí mismo. En cuanto a los demás, os hice permanecer a bordo durante todo el tiempo que pasamos en Hong—Kong, precisamente por temer que desertarais. Pero me habíais fastidiado quedándoos en el bergantín. Esto os permitirá mentir con más aplomo.

La chalupa llegaba al *Nube Volante*. El oficial que la mandaba, casi un niño todavía, subió a bordo y fue acogido respetuosamente por el capitán.

—¿Es usted el dueño de este barco?

—El *Nube Volante*, de Hull. Sí, señor. Me llamo Trent.

—¿Se han metido entre los arrecifes?

—Si tiene la amabilidad de bajar a la cámara, caballero, le daré toda clase de detalles.

—Pero ¿qué le pasa a usted, que tiembla de ese modo?

—Usted también temblaría como yo si hubiera pasado por semejantes pruebas.

Y acto seguido narró toda aquella historia del agua corrompida, de la calma chicha, del aguacero, de los marinos ahogados, etcétera. Tenía la impresión de hablar con la cabeza metida en la boca de un león, como si estuviera defendiendo su propia causa, sentado en el banquillo de los acusados. Si hizo su relato tal como se lo oí referir en el bar de San Francisco, su actitud debió de parecer de lo más sospechosa. Pero el joven oficial no era muy observador.

—Nuestro comandante —indicó— tiene mucha prisa. Sin embargo, me ha ordenado que les preste toda la ayuda posible. ¿Qué podemos hacer por ustedes?

—¡Oh —exclamó alegremente Wicks—, mil gracias! Estamos preparados. Los hombres, sus cofres, los instrumentos, los papeles y todo.

—¿Quieren ustedes abandonar la nave? Pues no me parece en mala posición. ¿No podríamos ayudarlos a ponerla a flote?

—Ponerla a flote no es difícil, pero ¿flotaríamos mucho tiempo? Esa es la cuestión.

El aprendiz de marino se sonrojó hasta las orejas. No conocía su profesión, y lo sabía. Temió poner demasiado de relieve su ignorancia y contestó con viveza:

—Muy bien. En ese caso diga a sus hombres que lleven los cofres a la chalupa.

Los tripulantes de *La Australiana* estaban aguardando el resultado de la entrevista como sobre ascuas. La orden les vino a pedir de boca. Hadden se deshizo en lágrimas cuando el palanquín le bajaba a la embarcación. No tardó en verificarse el trasbordo. ¡Qué dicha abandonar aquellos restos de naufragio y la proximidad de tantas acusadoras evidencias! No obstante, se dirigían a un buque de guerra, muy susceptible de convertirse en el vehículo celular que les conduciría a la cárcel, si no a la horca, porque aún desconocían de dónde venía y cuál era su punto de destino. Esta duda pesaba sobre el corazón de todos como una losa. Había que hablar para saberlo. Wicks se encargó de ello.

—¿Y cuál es su buque, caballero?

—*El Tempestad*, ya debe usted saberlo.

«¡Ya debe usted saberlo!» ¿Qué significaba esto? ¿Se habían encontrado antes los dos barcos? Wicks se lanzó al encuentro del peligro:

—Y ¿adonde van?

—¡Oh! Estábamos simplemente dando una vuelta por las islas, y después volveremos a San Francisco.

—Sí. Sin duda vienen ustedes de China, como nosotros —prosiguió el capitán.

—Hong—Kong —comentó el oficial, escupiendo por encima de la borda.

¡Hong—Kong! Todo estaba perdido. En cuanto llegaron a bordo del *Tempestad*, los encadenarían. El buque náufrago sería registrado, examinado minuciosamente. Se descubrirían las manchas de sangre; dragarían la laguna y se encontrarían los cadáveres. Carthew pasó todas las penas de este mundo para reprimir el fuerte impulso de levantarse, dar un alarido y saltar al agua. ¡Era una comedia tan inútil la de querer escapar a lo inevitable, para sustraer al destino sólo algunos segundos de agonía! Pero, a despecho de todo, Wicks fue más dueño de sí.

—Un sitio muy bonito, Hong—Kong —dijo.

—¿Qué sé yo? —contestó el oficial—. Sólo estuvimos día y medio, y luego nos dieron orden de zarpar directamente hacia Midway. ¡Que viaje tan fastidioso!

Y empezó a contar las desventuras del *Tempestad*, pero los otros ya no le escuchaban. Jadeantes, medio postrados, midiendo mentalmente el peligro que acababan de sortear, regocijándose en su fuero interno con un suspiro de alivio, evaluaban sus probabilidades de salvación. Ahora estarían tranquilos para todo el viaje hasta San Francisco, y después el horripilante recuerdo se borraría de su memoria, como si jamás hubiesen oído mencionar el *Nube Volante* ni las islas Midway.

Atracaron la chalupa a uno de los costados del navío de guerra, bajo una hilera de cabezas inclinadas y buen número de bocas de cañón. Subieron la escala como sonámbulos. Sólo se daban vaga cuenta de cuanto les rodeaba, y a las preguntas que les hacían respondían al azar, balbucientes. En aquel momento se posó una mano sobre el hombro de Carthew y una voz gritó:

—¡Caramba, Norris, viejo camarada! ¿De dónde diablos has salido? ¿Ignoras que el mundo entero anda buscándote? Todos saben que has heredado de tu padre... hasta el título de par...

El interpelado alzó la mirada y reconoció a Sebright, compañero suyo de Universidad, y cayó desvanecido...

Cuando volvió en sí en la cabina de Sebright estaba atendiéndole el médico de a bordo. Abrió los ojos, contempló el desconocido rostro, y en un tono extraño, no exento de solemne énfasis, musitó:

—Hardy está allá arriba...

Pero, recobrando el uso de la razón, se interrumpió y preguntó:

—¿Qué estaba diciendo? ¿Dónde estoy? ¿Quién es usted?

—Soy —respondió el otro— el comandante médico del *Tempestad*. Se encuentra usted en la cabina del teniente de navío Sebright y puede alejar toda preocupación. Sus malos ratos han acabado, señor Carthew.

—¿Por qué me llama así?... ¡Ah, claro!... Sebright me ha reconocido...

Agitado por una emoción inenarrable, Carthew gimió:

—¡Oh! Envíeme a Wicks, en seguida!

El doctor desprendió la mano que asía su muñeca con inconsciente violencia, y con aire pausado dijo:

—Conforme. Pero antes hagamos un trato: usted tomará esta poción y yo iré a buscar a Wicks.

E hizo ingerir al infeliz un narcótico que en diez minutos le sumió en un profundo sueño. Según todas las apariencias, el narcótico le salvó de perder la razón. Entre tanto, mientras se ocupaba de Mac, el doctor tuvo ocasión de hacer repetir al irlandés los nombres de cada uno de los naufragos recogidos. Acto seguido fue a ver al capitán Wicks-Trent. Pero éste, después de una abundante comida acompañada de un *grog* muy cargado, estaba muy lejos de arriesgar su instintiva seguridad, de modo que resultó imposible hacerle perder la cabeza.

—¿Cuándo se hizo eso? —interrogó el médico al examinar la mano lastimada.

Wicks, que no olvidaba su libro de navegación, contestó:

—Hace más de una semana.

—¡Ah! —se extrañó el doctor levantando la cabeza para mirar a los ojos del capitán.

—No me acuerdo con exactitud —tartamudeó Wicks.

Ante tan patente embuste las sospechas del doctor se multiplicaron sobremanera, y rápidamente, como afectando indiferencia, preguntó:

—Bien. ¿Quién de ustedes se llama Wicks?

El capitán miró al hombre que le hablaba, pero no despegó los labios. El otro le presionó:

—¿Y Hardy? ¿Quién es Hardy?

—¿De qué está usted hablando? ¿Qué significa...?

Hizo un gesto tan brusco que de su vendaje empapado de sangre saltó una gota al rostro del médico, que ni siquiera intentó limpiársela. Sin apartar los ojos de su víctima, arreció en sus preguntas:

—¿Qué hacía ese Hardy arriba?...

Temblando con todo su cuerpo, Wicks se desplomó sobre un sillón:

—¿Le ha dicho Carthew...?

—No —contestó el médico—. Pero entre los dos me han dado algo que pensar. Veo algo muy turbio en todo esto...

—Sírrame un poco más de *grog* por favor —pidió Wicks—. Prefiero contárselo todo a

dejar que usted lo descubra por sí mismo. ¡El diablo me lleve si somos la mitad de culpables de lo que podría creerse!...

Con auxilio de dos fuertes *grog*s narró del principio al fin la tragedia del *Nube Volante* por primera vez. El doctor era un hombre honrado y bueno. Comprendió la terrible situación de aquellos infelices y su relativa inocencia. Tuvo piedad de ellos y decidió ayudarlos. Celebró varias veces consejo con Wicks y Carthew a fin de preparar un plan de actuación para cuando llegaran a San Francisco. Fue él quien certificó que Goddedaal no se hallaba en estado de transportarle e hizo desembarcar, furtivamente a Carthew al amparo de las tinieblas; él quien mantuvo abierta la herida del falso Trent para que no pudiera firmar sino con la mano izquierda; él, también, quien cambió por oro todas las monedas de plata de Chile. Utilizó su influencia sobre la oficialidad con ánimo de contener todo desbordamiento de lenguaje, de modo que Carthew no tuviera nada que temer de la indiscreción de los periódicos. Les hizo un favor todavía más importante: como era amigo de un millonario, le presentó en secreto a Carthew como un joven de la alta sociedad que acababa de heredar un considerable patrimonio, aunque, preocupado por la actitud de los acreedores, buscaba la manera de solucionar su situación sin publicidad alguna. El millonario abrió su caja con generosidad, y merced a este dinero pudo Bellairs sostener el combate contra la «banda de Longhurst». El nombre de tan amable prestatario habría podido cotizarse alto, puesto que no era otro que el propio Douglas Longhurst, que de esta forma proporcionó sin saberlo látigos con que fustigar a uno de sus fieles. Añadamos que, por su parte, el doctor Urquart ignoraba las concomitancias existentes entre el millonario y Pinkerton.

Mientras los compañeros de *La Australiana* pudieran esconderse bajo falsos nombres, poco importaba que el bergantín fuese comprado, como tampoco que se descubrieran algunas irregularidades en el naufragio. Era la identificación de uno de ellos —Carthew— la que lo había echado todo a rodar. El menor escándalo atraería la atención sobre él. Se preguntarían cómo habiendo partido de Sydney a bordo de una goleta, podía encontrarse tan poco tiempo después en un bergantín procedente de Hong—Kong. De una pregunta a otra, todos los compañeros se habrían visto sucesivamente implicados en el extraño asunto. De ahí la idea de hacer frente al peligro comprando los restos del naufragio mediante la fortuna heredada por Carthew.

Habiendo delegado para tal operación a Bellairs, que como buen leguleyo había exigido que se le indicara un límite de precio, creyeron sobrepasar toda posibilidad fijando la cantidad en diez mil dólares. Durante ese tiempo el capitán había tenido que dar cumplimiento a todo el tráfico y satisfacer todas las preguntas de una investigación iniciada por las autoridades marítimas y los agentes del Lloyd, firmando con la mano izquierda una gran cantidad de papelotes, exponiéndose siempre a que algún conocido le llamara por su nombre propio y le privara automáticamente del de Trent. Se comprende asimismo que el capitán y su exsegundo convinieran en no cometer ninguna torpeza capaz de revelar el menor enlace entre la tripulación y aquel Dickson que intentaba comprar los restos del bergantín. Pero, hecha la adjudicación a favor de un desconocido, había pasado ya la hora de las precauciones. Presa de los nervios, Wicks tomó un tranvía que le condujo a la calle de la Misión. A la puerta encontró a Carthew—Dickson, quien le dijo:

—¡Pronto! Vamonos de aquí. ¡Todo está perdido!

—¡Oh! —se extrañó Wicks—. ¿Sabe usted el resultado de la subasta?

—¿La subasta? —murmuró el otro.

Ni se acordaba ya.

Y contó la historia del teléfono, de la voz que pretendía saber por qué tenía tanto empeño en comprar el *Nube Volante*. Había, en las extraordinarias circunstancias de la subasta y subsiguientes, algo como para hacer zozobrar la razón de un Immanuel Kant. Toda la tierra parecía conjurarse para conseguir su perdición. No pensaban más que en huir. Se llevaron el tesoro de *La Australiana* por partes en cinturones especiales; los cofres fueron expedidos a una falsa dirección de la Columbia británica, en Canadá, y abandonaron San Francisco para dirigirse a Los Angeles aquella misma tarde. Desde allí prosiguieron su fuga por la vía del Pacífico Sur, cuya ruta siguió Carthew hasta el final, camino de Inglaterra, mientras los otros tres bifurcaban hacia Méjico.

EPÍLOGO

Carta del autor, R. L. Stevenson a su amigo H. Low

Querido Low:

El otro día, en Massihiki, tuve el gusto de encontrar a Dodd. Estuvimos sentados, charlando por espacio de dos horas, en esa iglesia de la isla, tan bonita, que parece un juguete. Pude hacerle un montón de preguntas, y Dodd me respondió de buena gana.

Le rogué que me refiriera lo que siguió a aquella noche en Barbizon, cuando Carthew le contó su historia, y le pregunté cómo pudo librarse de Bellairs. Carthew se había tomado muy poco en serio las tentativas de estafa posibles por parte del picapleitos.

—Me río de él. Soy rico y él no dispone de un céntimo. No tengo más que irme a cualquier país lejano donde la vida esté algo cara. Venga usted conmigo.

Y a la mañana siguiente habían salido para Constantinopla, en ruta hacia Teherán. Cuanto se sabe de Bellairs es que, de un modo u otro, logró regresar a San Francisco y murió en el hospital.

—Otra cosa —dije—. Si estaba en Persia con un millonario, ¿cómo ha acabado usted por capitanear una goleta mercante en los mares del Sur?

—Eso se debe —me explicó— a que usted ignora la última quiebra de Jim Pinkerton. Estuve a punto de caer otra vez en la miseria. Entonces Carthew mandó construir esta goleta y me nombró sobrecargo. Es su yate, y al mismo tiempo mi buque mercante. Como el yate carga con casi todos los gastos, mi comercio no va mal. En cuanto a Jim, ya ha vuelto a salir a flote. Allá, en el Oeste, se ocupa de buenos negocios: frutas, cereales, operaciones inmobiliarias... Pero tiene un magnífico socio: Nares. Tal como se lo cuento. Nares tiene muy buena cabeza y sabe hacerle volver al buen camino cada vez que se desvía. Ahora viven uno cerca de otro, en dos lindas casas de Sausalito. Jim es dueño de un diario que dará dinero dentro de poco. Quería que dejase la goleta para ponerme a escribir *editoriales*. Sustenta opiniones muy firmes acerca de la constitución del Estado. Mamie también.

—¿Y los otros miembros de *La Australiana*?

—Se corrieron la gran juerga en Méjico; luego, el irlandés y Hadden se fueron a Venezuela, mientras Wicks se dirigía, solo, a Valparaíso. Creo que hace poco tiempo hubo en la marina de guerra chilena un tal capitán Kirkup que, después de la última revolución, combatió a favor o contra Balmaseda. Hadden se cansó muy pronto de las minas y no hace mucho le encontré en Sydney. Últimas noticias de Venezuela: Mac murió en el ataque a un tren que llevaba oro. Amalou vive en Maire, en las Hawai, sobre la vertiente del Hale-aka-la, y sigue cuidando al canario del pobre Goddedaal. El pájaro le paga con música. Parece que ese Amalou, a pesar de ser canaca, sabe guardar su dinero, lo cual es prodigioso. Por otra parte tiene un buen montón de monedas, pues no sólo fue dividida entre los cuatro la parte de Hemstead: Carthew dio la suya.

—¿Cuánto era en total?

—Ciento veintiocho libras, diecinueve chelines y once peniques y medio. No está mal para un canaca.

Íbamos a separarnos. Dodd partía aquella misma noche hacia Nueva Zelanda, en busca de Carthew. Le pregunté entonces por Topelius, el de Buritari, y me comunicó que precisamente Carthew le había pedido que fuese a echar una ojeada al estado de los negocios de aquel a quien Wicks había embaucado tan despiadadamente y a cuya costa hizo *La Australiana* tan excelente beneficio. Pues bien: Topelius marchaba viento en popa. Hizo negocios con Dodd, y fue él quien guardó esta vez los triunfos en la mano y obligó a pasar al antiguo socio de Pinkerton bajo sus horcas caudinas²⁶.

—Supongo —añadió Dodd—, que Carthew lo celebrará, pues tenía algunos remordimientos a este respecto.

Éstas son las explicaciones que pude obtener de mi amigo Loudon Dodd, las cuales, según presumo, aclararán cuanto deseaba usted saber.

Su buen amigo.

Robert-Louis STEVENSON

26 Sufrir el sonrojo de hacer por fuerza lo que no se quería.